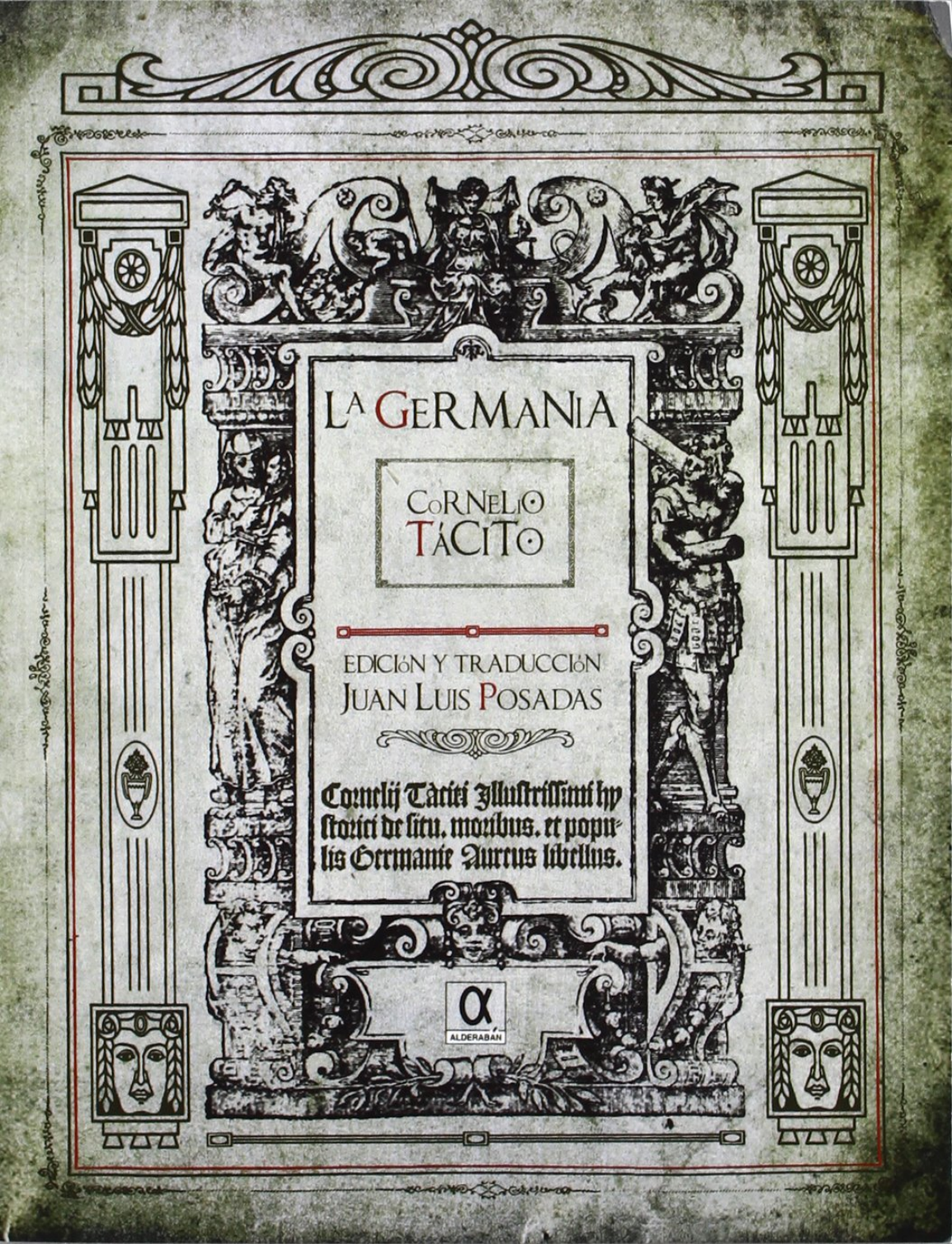
LA GERMANIA
CORNELIO TÁCITO
EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
JUAN LUIS POSADAS
Cornelij Tacitj Illustrissimi hy
storici de situ. moribus. et popu
lis Germanie Aureus libellus.
ALDERABÁN

CORNELIO TÁCITO: GERMANIA

Estudio preliminar, texto latino, traducción y notas de Juan Luis Posadas

© Juan Luis Posadas

© De la edición, Editorial Alderabán
Apartado de correos 292 16080 Cuenca
alderabaneditor@terra.es

CREATIVE COMMONS

Diseño y Maquetación: Ruth García
Imprime:

I.S.B.N.: 978 – 84 – 95414 – 83 -0
Depósito Legal:

Publicado: 2011

CORNELIO TÁCITO: GERMANIA

Estudio preliminar, texto latino, traducción y notas de Juan Luis Posadas

PREFACIO

A Paco Posadas: hermano y mecenas

Vale la pena justificar la aparición de este libro y comentar el proceso de gestación y escritura del mismo. El estudio de la obra de Tácito lo realicé entre los años 1990 y 1992, con motivo de los trabajos que me llevaron a la realización de mi tesina o Memoria de Licenciatura, titulada *Mujeres en Tácito: una aproximación prosopográfica*. Pero mi afición a la *Germania* venía de muy atrás: en 2º curso de la Licenciatura en Geografía e Historia, la profesora de Historia Medieval, creo que era Cristina Segura, nos dio una fotocopia con textos de Tácito que serían, para ella, precedentes claros del feudalismo germánico. Aquel mismo año estudiaba yo la materia de Etnología en la Facultad (con matrícula de honor, he de decir), y me fascinó ver en Tácito a un etnógrafo primitivo. Esa fascinación, y mi

interés etnológico, me llevaron en aquel año 1987 a trabajar como voluntario en el Programa "Fuentes de la Etnografía Española", del Instituto de Filología del CSIC, dirigido por D. Julio Caro Baroja y supervisado por el investigador Antonio Cea. Durante casi tres años estuve colaborando en el archivo del Programa, y asistiendo a cursos y congresos de Antropología, con mucho interés, a la vez que leyendo todo lo que podía sobre esta difícil disciplina. De ese interés etnológico, y de mi progresiva especialización en la Historia Antigua, sobre todo romana, sobre todo Tácito, sobre el que hice mi Tesis, vino la natural necesidad de trabajar específicamente en la *Germania* y, como colofón, traducirla y anotarla.

Por supuesto, en 1993 era yo un doctorando de veinticinco años cumplidos, con pocas o nulas conexiones editoriales, y con una edición bilingüe de los fragmentos de las *Historias* de Salustio mucho más necesitada de publicación[1]. Así que la *Germania* durmió el sueño de los justos en una copia en papel de impresora (de esos que ya no hay), y en solo un archivo incompleto (hasta el parágrafo 20) en un disquete (de esos que tampoco se usan ya).

La oportunidad de publicarlo se presentó cuando conocí al editor de Alderabán, Santiago Catalá Rubio, a quien ofrecí el texto y, generosamente, accedió a publicarlo. Este libro es una versión mejorada del anterior e incluye el texto latino como apéndice, y con una bibliografía y texto puestos al día. El estilo, aunque retocado, sigue siendo el propio de un joven que cree saberlo todo y escribe como quien realmente lo sabe. Espero sea acogido con benevolencia por los lectores, muchos o pocos.

Finalmente, deseo agradecer a Daniel su aprecio y comprensión, a mi madre todos sus desvelos, a mis amigos alemanes Margaret, Oliver, Carsten, Elke, Jochen y Ellen enseñarme a apreciar su tierra, y a aquella lejana profesora de Historia medieval el placer que me han proporcionado los más de veinte años de estudiar a Cornelio Tácito.

1. Gracias a la mediación de mi amigo el profesor Federico Lara, fue aceptada por Ediciones Clásicas en 1993, aunque tardó más de 13 años en aparecer: J. L. Posadas, *Gayo Salustio Crispo: fragmentos de las Historias*, Madrid, 2006.

Indice

Estudio preliminar 11
1. El autor y su época 11
2. Las obras 17
3. La Germania 25
4. Bibliografía básica 30

Libro de Cornelio Tácito sobre el origen y situación de los germanos 35

Índice de nombres 87

Apéndice: el original latino 91

ESTUDIO PRELIMINAR

Nosti me, et quidem ex studiis
Palabras de Cornelio Tácito transmitidas por Plinio el Joven

1. El autor y su época

La vida de Tácito es una incógnita total para nosotros, debido a que él mismo no nos lega sino unos pocos detalles de ella[2]. Algo más podemos inferir de la correspondencia que mantuvo con él su amigo Plinio el Joven[3]. De hecho, el nombre propio (*praenomen*) de Cornelio Tácito nos es desconocido: se han propuesto, con alguna base en todos los casos, Gayo, Publio y Sexto[4]. Yo no opto por ninguno de ellos, aunque la auto-

2. En esos pocos detalles se basan todos los estudios biográficos como el aquí presente.
3. Véanse, al respecto, a R. Syme, «Juvenal, Pliny, Tacitus», *AJPh* 100, 1979, pp. 250-278. Las abreviaturas de revistas aquí utilizadas son las que se usan en la publicación *Année Philologique*, comúnmente aceptadas por todos los filólogos e historiadores.

ridad más antigua, Sidonio Apolinar, que menciona el nombre de Gayo, me parece la más fiable.

Si el nombre propio de Tácito es dudoso, ¿cuánto no lo será su lugar de nacimiento? En efecto, nada sabemos del origen de Tácito, aunque los investigadores insisten en creerle provincial y, más concretamente, oriundo de la Galia Narbonense[5]. En apoyo de esto, además, estaría el matrimonio de Tácito con la hija del general Gneo Julio Agrícola, al pertenecer ambos a una familia oriunda de la Narbonense[6]. La evidencia más conocida sobre su origen es la anécdota contada por su amigo Plinio el Joven: «Nunca, sin embargo, he sentido tanto placer como recientemente a raíz de un comentario de Cornelio Tácito. Contaba que en los últimos juegos circenses se encontraba sentado a su lado un caballero romano, y que este, después de haber mantenido con él diversas conversaciones eruditas, le había preguntado: "¿eres de Italia o provincial?". Entonces Tácito le respondió: "Tú me conoces, y ciertamente por mis escritos". A estas palabras el otro le dijo: "¿eres Tácito o eres Plinio?"»[7]. Esta conversación, la única que nos transmite palabras exactas de nuestro autor,

---

4. Sidonio Apolinar, *Epp*. 4.14 y 22, le llama Gayo. El *Codex Mediceus* I suscribe los libros I y III de los Anales con P(*ubli*). *Corneli* (cf. con R. P. Oliver, «The first Medicean Ms. of Tacitus and the titulature of ancient books», *TAPhA* 82, 1951, pp. 232-261, esp. pág. 234; y S. Borzsác, «P.Cornelius Tacitus», *RE*, supp. XI, col.375). El praenomen de Sexto tiene una base epigráfica, según H. B. Mattingly, «Tacitus' praenomen. The politics of a moderate», en *RSA* 2, 1972, pp. 169-185.

5. J.-L. Laugier, *Tacite*, París, 1969, pág. 7; E. Paratore, *Tacito*, Roma, 2ª ed., 1962, pp. 30-33. R. Syme, *Tacitus*, Oxford, 1958, pp. 614-624, opina que su origen debe ser la Narbonense, pero que pudo nacer en la Bélgica, durante el destino administrativo de su padre, quizá en Augusta Trevirorum (Trier) o en Colonia. Su admiración por los germanos, visible en toda su obra mayor y, sobre todo, en *Germania*, le ha hecho incluso acreedor de una posible ascendencia celta o germana. Véase al respecto a M. L. Gordon, «The patria of Tacitus», *JRS* 26, 1936, pp. 145-151.

6. R. Syme, pp. 614-616.

7. Plin. *Ep*. 9.23.2-3. Traducción de J. González Fernández, *Plinio el Joven: Cartas*, Madrid, 2005.

hace evidente que Tácito era reconocido por su acento provincial, y que tenía cierta fama por su obra en la época en que se escribió dicha carta, probablemente entre los años 110 y 112[8].

Poco puede decirse acerca de su padre o familia, si bien hay quien opina que quizá fuese ese "Cornelio Tácito, caballero romano y procurador de la Galia Bélgica", mencionado por Plinio el Viejo[9]. En todo caso, parece probable que el padre de Tácito fuera un caballero ilustre que consiguiera para su hijo el privilegio de ingresar en el orden senatorial, constituyendo uno de los frecuentes casos de *homo nouus* del siglo I d. C.[10]

Otro problema abordado por los historiadores es el de la fecha de nacimiento de Tácito. El dato conocido de su cuestorado bajo Tito, hacia el año 80, y el hecho de que este se desarrollara generalmente a los veinticinco años de edad, nos daría un nacimiento hacia el año 55. Francamente, lo espinoso de la cuestión, dado que se trabaja con hipótesis, deducciones e inferencias, hace que renuncie a escoger una u otra, y me limite a señalar una banda cronológica probable para su venida al mundo, entre los años 54 y 57 d. C.[11]

A comienzos del principado de Nerón, pues, nace Tácito. Es una época

---

8. Para esa época ya habría publicado toda su obra, salvo los *Anales*. La contemporaneidad de las producciones de Tácito y Plinio es patente, así como sus relaciones de amistad, con correspondencia mutua, entre ambos, todo ello estudiado bien por M. Schuster, «Tacitus und der jüngere Plinius», *NS* 46, 1928, pp. 234-240.

9. Plinio *NH* 7.76. Así, Laugier, pág. 7; Paratore, pág. 31; y Syme, pp. 60, 63 y 452.

10. R. Syme, pp. 566-610; Cf. con el polémico libro de I. Muñoz Valle, *La verdad sobre Tácito*, Valladolid, 1975, pp. 7-10. R. Reitzenstein, «Tacitus und sein Werk», en *Neue Wege zur Antike* 4, 1926, pp. 1-32, esp. pág. 6.

11. Sobre el año 56 se pronuncian, entre otros, R. Syme, pág. 63, y R. Martin, *Tacitus*, Londres, 1981, pág. 26. C. W. Mendell, *Tacitus: The Man and his Work*, Hamden, 1957, pág. 4, cree que habría nacido algo antes, entre el 54 y el 56. P. Grimal, *Tacite*, París, 1990, pág. 13, también opta por el año 55. Véase la reseña de J. L. Posadas, «Pierre Grimal: Tacite», *Gerión* 10, 1992, pp. 306-307.

de intrigas políticas en la Corte y de cambio social y económico en Roma. Todo ello quedará reflejado en los *Anales* de nuestro historiador, en los cuales el comienzo de este reinado ocupa un lugar destacado. Tras la crisis de los años 68 y 69, durante los cuales se suceden cuatro emperadores, apoyados todos ellos por diferentes unidades del ejército imperial (Galba, por las legiones occidentales; Otón, por la pretoriana y las ilíricas; Vitelio, por las del Rin; y Vespasiano, por las orientales)[12], acontecimiento que centra las *Historias de Tácito*, empieza la dinastía Flavia, en la que nuestro historiador comienza su *cursus honorum*.

En efecto, Tácito nos dice en *Hist*. 1.1.3 que su carrera política empezó con Vespasiano. Dado que Tácito casó con la hija de Julio Agrícola, ex cónsul de gran influencia, en el año 78, y, puesto que la ley Papia-Popea permitía adelantar en un año la edad legal mínima para desempeñar las magistraturas por cada hijo vivo habido en el matrimonio, algunos autores creen que Tácito fue vigintiviro y cuestor bajo este emperador[13]. Bajo el corto reinado de Tito, que duró hasta el 81, alcanzó Tácito los cargos de edil o, quizá, de tribuno de la plebe[14].

Fue en el reinado de Domiciano cuando Tácito alcanzará sus mayores cargos en la carrera política. En este principado dominaron las luchas entre el Senado y la Corte Imperial, lo cual fue seguido por Tácito con interés y cierta astucia. En efecto, precisamente el año 88, en el que L. Antonio Saturnino, gobernador de la Germania Superior, se pronunció contra Domiciano, es el único en que sabemos a ciencia cierta que Tácito ostentó un cargo: pretor y quindecínviro, encargado de los Juegos Secu-

12. Véase al respecto a J. L. Posadas, Año 69. *El año de los cuatro emperadores*, Madrid, 2009.
13. Tac. *Hist*. 1.1. Otros piensan que Tácito tuvo un cargo militar ya en el año 76, tribuno laticlavio, en el Rin: J.-L. Laugier, pp. 21-23, y R. Syme, pág. 64. Alcanzaría el grado de cuestor bajo Vespasiano según R. Martin, pág. 27, o bajo Tito o Domiciano, según R. Syme, pág. 65.
14. J. L. Requejo, *Cornelio Tácito: Agrícola-Germania-Diálogo* sobre los Oradores, Madrid, 1981, pág. 12. Cf. con Laugier, pág. 23, y Syme, pág. 65, quienes opinan que ello se produjo durante el principado de Domiciano.

lares[15]. Está claro, pues, que Tácito, lejos de conspirar contra Domiciano, seguía su carrera política sin novedad y sin demasiados aspavientos opositores.

A partir de este año comenzó un período de represión contra los núcleos senatoriales, caracterizado por la delación. Durante esta época, hasta el año 96, Tácito permaneció fuera de Roma, no se sabe si con motivo de alguna proscripción o, como sería más probable, con la encomienda de algún gobierno provincial, quizás como *legatus Augusti pro praetore* en la Galia Bélgica, lo que, desde luego, explicaría la exactitud de los datos transmitidos en la *Germania*[16].

Tácito regresó a Roma a finales del 96 o comienzos del 97, quizá en los últimos momentos del reinado de Domiciano. Debió de ser terrible para él participar, como senador, en los juicios de sus propios compañeros,

---

15. Según el propio Tácito *Ann*. 11.11.1, asistió como pretor a los juegos seculares celebrados en el año 88.

16. Tácito, *Agr*. 45.5, dice sobre la muerte de su suegro en el año 93: «Pero a tu hija y a mí, aparte de la cruel pérdida de un padre, nos aumenta la aflicción el no haber podido asistirte en tu enfermedad, aliviar tu agonía, saciarnos con tu vista y tus abrazos. Al menos hubiéramos recogido tus recomendaciones y tus palabras y las hubiéramos grabado en el fondo de nuestro pecho. Este es nuestro dolor, nuestra herida: haberlo perdido cuatro años antes por la circunstancia de una ausencia tan larga». Traducción de J. L. Requejo ya citada. Laugier, pp. 31 y 45, cree que Tácito no sería legado en Germania, ya que la suya no era una carrera estrictamente militar, sino basada en su prestigio como intelectual. Por ello, para ser cónsul no le habría sido necesario el comando de una legión: Laugier cita como ejemplos de este *cursus literarius* a Plinio y a su colega en el consulado del año 100, Cornuto Tértulo, quienes no habrían comandado legión alguna. Tácito podría haber sido durante esos años quizás *praefectus Aerarii Saturni* (algo parecido a un cargo importante en "Hacienda"), una especie de sustitutivo civil de la legación. En el año 93, como él mismo dice en *Agr*. 45.5, llevaba ya cuatro años fuera de Roma. R. Syme, «Tacitus on Gaul», en *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970, pág. 28, cree que pudo estar como legado en la Galia, aunque en su *Tacitus*, pp. 466-474, sostenga que conoció Asia, por lo que pudo estar allí con una magistratura civil o militar.

bajo la atenta mirada imperial, bajo el permanente temor a la delación. Sin embargo, la muerte de Domiciano no se haría esperar, a manos de un sirviente palaciego a las órdenes probablemente de la propia emperatriz Domicia Longina. El sucesor de Domiciano fue el senador M. Cocceyo Nerva, elegido por sus cualidades y por su ascendencia. Su gobierno restableció las relaciones con el Senado y cabe considerarlo como de transición.

Este año 97 sería Tácito nombrado cónsul sufecto, en virtud de lo cual pronunció una celebrada *laudatio funebris* en honor de su antecesor en el cargo, Verginio Rufo, el general que derrotó a Julio Víndex en el 68 y que rechazó varias veces el trono ofrecido por los soldados durante la crisis del 69[17].

Nerva había elegido como sucesor al gobernador de la Germania Superior, M. Ulpio Trajano, típico ejemplo de aristócrata municipal de provincias que había conseguido llegar a la cumbre de la carrera militar y administrativa. Bajo su gobierno, el Imperio alcanzaría su máxima expansión[18].

El último dato de la vida de Tácito que nos ha llegado es de ese principado, ocurriendo que nuestro autor debió ser procónsul de Asia en el año 112 o en el 113[19]. Su muerte debió de acaecer en los primeros años del principado de Adriano, hacia el año 120[20].

---

17. Plin. *Epp*. 2.1. Sobre Rufo y Tácito, véanse a Syme, pp. 127 y 420; Laugier, pp. 45-51; y R. Martin, pág. 29. Sobre la influencia de Verginio Rufo, protector, por cierto, de Plinio el Joven, G. Townend, «The reputation of Verginius Rufus», *Latomus* 20, 1961, pp. 337-341. Sobre Verginio Rufo durante la crisis de los cuatro emperadores, J. L. Posadas, *Año 69*, pp. 50-53, 69-70, 130 y 170.
18. Al respecto pueden verse dos artículos de J. L. Posadas, «Un emperador hispano: Trajano», *Revista de Arqueología* 166, 1995, pp. 36-45; y «Trajano. Un general hispano en el trono de Roma», *Historia National Geographic 81*, 2010, pp. 52-63.
19. Como tal aparece en una inscripción encontrada en Milasia de Caria y publicada en *OGIS* 487.
20. E. Paratore, pp. 330-335 y 444-446; y R. Martin, pp. 30-32. Laugier, pp. 74-

2. Las obras

Tácito fue bien conocido por diversos autores a través de los siglos. Hasta el siglo VI fue mencionado por Ptolomeo, Casio Dión, Tertuliano, Lactancio, Eumenio de Autun, Vopisco, Amiano Marcelino, Sulpicio Severo de Aquitania, San Jerónimo, Claudiano, Eutropio, Hegesipo, Sidonio Apolinar, Orosio y Casiodoro. Durante los siglos VII y VIII no aparecen menciones a Tácito, aunque Mendell defiende su utilización por Jordanes, el escoliasta de Juvenal, Dictys de Creta y otros[21]. En el siglo IX aparece citado por Einhard de Fulda y por Rodolfo de Fulda, sobre todo la *Germania*. Esta vinculación de la *Germania* con el monasterio de Fulda ha llevado a algunos autores a pensar que existiría una copia de tal obra allí o en Hersfeld, o incluso que el Codex Mediceus I procediera de Alemania[22].

Hacia el 1100, al menos la segunda mitad de los *Anales*, las *Historias* y, también, el *Agrícola* eran conocidos en la abadía de Monte Cassino, ocurriendo que el Codex Mediceus II debió ser escrito allí no mucho después[23]. A partir de ello, los ecos de Tácito son varios ya en el siglo XII. Giovanni Bocaccio será uno de los que más citen a Tácito en el siglo XIV[24]. Lo más antiguo que queda de la obra de Tácito son dos manuscritos

---

75, cree que, tras su consulado, Tácito no continuaría su carrera militar, sino una civil, fuera de Roma, como atestigua Plinio; quizá fuese simplemente un senador dedicado a sus fincas y a sus estudios, siendo designado como procónsul de Asia, una provincia senatorial. Sobre Tácito bajo Trajano, debe verse el libro de A. Michel, *Tacite et le destin de l'Empire*, París, 1966, pp. 81-103, y cf. con R. Syme, pp. 471-476.

21. C. W. Mendell, pág. 234, nª 1. Sobre Tácito en estas épocas, véase a F. Haverfield, «Tacitus during the Late Roman Period and the Middle Ages», *JRS* 6, 1916, pp. 196-201.

22. Mendell, pág. 235.

23. Sobre el *Agrícola* en Monte Casino, véase a H. Bloch, «A Manuscript of Tacitus' Agricola in Monte Cassino about A.D. 1135», *CPh* 36, 1941, pág. 185. Cf. con D. Schaps, «The found and lost manuscripts of Tacitus' Agricola», *CPh* 74, 1979, pp. 28-42.

24. Boccaccio visitó Monte Cassino y su Biblioteca antes de 1362, según Men-

conservados en la Biblioteca Laurenciana de Florencia, los Códices Mediceos I y II, el primero de los cuales está escrito en minúscula carolingia del siglo IX, procedente quizá de la Abadía de Fulda, y el segundo, en minúscula lombarda del siglo IX, procedente de Monte Cassino; en ellos se conservan las obras mayores de Tácito: los *Anales* y las *Historias*. Es en el Codex Hersfeldensis, del Monasterio de Hersfeld (Hesse), donde se conservan las obras menores: el *Agrícola*, la *Germania* y el *Diálogo de los oradores*.

La primera obra de Tácito fue *de uita et moribus Iulii Agricolae*, más conocida como *Agrícola*, que apareció tras la muerte del emperador Domiciano, hacia el año 97[25]. La obra describe las costumbres, rasgos, carácter y carrera de Julio Agrícola, el suegro de Tácito. Dado que la cumbre de su carrera fue su campaña en Britania, el grueso de la obra describe diversos aspectos geográficos y etnológicos de Gran Bretaña y de sus habitantes. Esta multiplicidad temática, y el estilo utilizado por Tácito, han sido el origen de una larga controversia sobre el género al que pertenece la obra en cuestión. En primer lugar, algunos autores creen que sería una *laudatio funebris* sobre *Agrícola* [26]. Si bien hay aspectos que podrían indicarlo, sobre todo el final y el comienzo del escrito, lo cierto es que gran parte del mismo podría ser considerado una biografía[27]. Pero la mayoría de los autores creen que Tácito incluyó características de diversos géne-

---

dell, pág. 240. En opinión de P. de Nolhac, «Boccace et Tacite», en *Mélanges d'archéologie et d'histoire* 12, 1892, pág. 8, debió tener allí acceso a un manuscrito taciteo. En todo caso, Boccaccio alude a nuestro historiador en una carta suya a Niccolo da Montefalcone y en su obra *Comento sopra la Comedia*.

25. Tales datos pueden extraerse de las propias palabras de Tácito en *Agr*. 3.1-3. Para otros autores, la fecha de publicación sería el año 98: E. de Saint-Denis, *Tacite: Vie d'Agricola*, París, 1972, pág. V. Una teoría complementaria es la de A. Gudeman, *Tacitus: Agricola*, Leipzig, 1902, pág. IX, según la cual el grueso de la obra habría sido escrito años antes de su publicación, dado el carácter patético y vehemente del epílogo. Cf. con M. Marín Peña, *Tácito: Vida de Julio Agrícola*, Madrid, 1958, pág. 27.

26. A partir de E. de Saint-Denis, «Qu'est-ce que l'Agricola de Tacite?», *LEC* 10, 1941, pp. 14-30.

27. Esta opinión, que se remonta a F. Leo, es sustentada por, entre otros, H.

ros en su *Agrícola*: biografía, historia, propaganda, literatura moralista, panegírica, apologética, o incluso martirológica[28]. En todo caso, *Agrícola* se presenta como ejemplo de la imposibilidad para un general o un político de mantener su dignidad y su virtud intacta en medio de la tiranía.

La segunda obra de Tácito fue *Germania*, que dejamos para más adelante. Tras ella aparece *Dialogus de oratoribus*, o *Diálogo de los oradores*, obra problemática en cuanto que muchos la atribuyen a Quintiliano[29]. La obra, que toma una forma estilística conocida en Roma desde los *Diálogos* de Cicerón, trata de explicar el declive de la oratoria romana, lo cual era también un lugar común entre los rétores y los escritores del siglo I d. C.[30]. En cuanto a la fecha de su publicación, diversos indicios internos, y el propio hecho de que Quintiliano, a quien Tácito parece responder con su *Diálogo*, escribiera a finales del principado de Domiciano, llevan a casi todos los autores a opinar que su aparición debió ocurrir entre el 99 y el 106, antes, en cualquier caso, que la de las *Historias* [31].

Bardon, «A propós de l'Agricola», *LEC* 12, 1943, pp. 3-7. Cf. con J. M. Alonso-Núñez, «Características de uita et moribus Iulii Agricolae de Tácito», *BSEAA* 48, 1982, pág. 191.

28. Cf. con A. G. Woodhead, «Tacitus in Agricola», *Phoenix* 2, 1947-48, pp. 45-55; T. A. Dorey, *Tacitus*, Londres, 1969, pp. 1-18; y L. Alfonsi, «Struttura Letteraria dell' Agricola e caratterizzazione del personaggio», en *Studi in memoria di L. Ferrero*, Turín, 1971, pp. 149-166. Sobre la intención apologética, véase a P. Steinmetz, «Die literarische Form des Agricola des Tacitus», en G. Radke (Ed.), *Politik und literarische Kunst im Werk des Tacitus*, Stuttgart, 1971, pp. 129-141.

29. Aparece atribuida a Quintiliano en las ediciones parisinas de las *Declamationes*, en las de Pithou de la *Institutio Oratoria* (primera mitad del siglo XVII), y en diversas ediciones del siglo XVII de Leipzig, Oxford, Strassberg...

30. Quintiliano escribió una obra parecida, hoy perdida, llamada *de causis corruptae eloquentiae*. C. O. Brink, «Quintilian's de causis corruptae eloquentiae and Tacitus' dialogus de oratoribus», *CQ* 39, 1989, pág. 499, piensa que el diálogo taciteo apareció como respuesta anti-ciceroniana a esa obra de Quintiliano.

31. H. Bardon, «Dialogue des Orateurs et Institution Oratoire», *REL* 19, 1941, pp. 113-131, opinaba que el Diálogo taciteo debía ser posterior a la *Institutio* de Quintiliano, datable entre el 93 y el 96, con lo que la obra de Tácito no podía ser,

El *Diálogo de los oradores*, pese a diversas consideraciones, posee una sólida unidad interna en la que se desarrolla el tema del declive de la elocuencia, desde un punto de vista, y es mi parecer, político: la imposibilidad de mantener dignamente las ideas propias y de expresarlas libremente en un régimen tiránico como el de Domiciano.

Las *Historias* son la siguiente obra de Tácito. El problema fundamental que presentan es el de establecer si se trata de una obra independiente, con entidad propia, o si ha de subordinarse a los *Anales* de alguna manera. En efecto, las primeras ediciones nos presentan los primeros cuatro libros de las *Historias* como continuación de los *Anales*, tomando una numeración correlativa, esto es, *(Annales) ab excessu diui Augusti XXI libri* [32]. Tal circunstancia, así como la propia configuración temática de las dos obras, han servido para elaborar la conocida teoría según la cual Tácito habría dispuesto su obra histórica mayor en cinco héxadas o grupos de seis libros, dedicados a diferentes temas: Tiberio (I), Calígula-Claudio (II), Nerón (III), Guerras Civiles-Vespasiano (IV) y Tito-Domiciano (V)[33]. Son tales los problemas derivados de la aceptación de esta teoría que muchos autores han optado por descartarla y por considerar a las *Historias* como obra independiente[34].

Por otra parte, existe la constancia de que las *Historias*, que serían la última parte de esos hipotéticos "Anales de Tiberio a Domiciano", habrían sido escritas y publicadas entre el 106 y el 110, años antes, en todo caso, de la publicación de los *Anales* [35]. Me pregunto por qué habría de escri-

---

en todo caso, anterior al 97. C. E. Murgia, «The Date of Tacitus' Dialogus», *HSPh* 84, 1980, pp. 99-125, y en «Pliny's Letters and the Dialogus», *HSPh* 89, 1985, pp. 171-206, estaba a favor del año 97. Como defensores de una fecha más tardía están R. Syme, pág. 116 y 670-673; F. R. D. Goodyear, *Tacitus*, Oxford, 1970, pág. 14; y J. M. Requejo, pág. 162.

32. J. L. Moralejo Álvarez, *Tácito: Historias*, Madrid, 1990, pág. 25.

33. R. Syme, pp. 118 y 213-216; y R.Martin, pág. 7.

34. F. R. D. Goodyear, pág. 18; y E. Paratore, pp. 403-414 y 424-451.

35. R. Syme, pp. 118-120, opina que Tácito debió de comenzar el libro I hacia el año 98, publicando la "primera héxada" de las *Historias* hacia el 105, y la "segun-

bir Tácito la segunda mitad de su obra diez años antes que la primera; además, el propio Tácito, en *Hist*. 1.1, viene a prometer que, tras las *Historias*, trataría del "principado del divino Nerva y del imperio de Trajano". Por todo ello, la mayoría de los especialistas consideran esta obra como independiente de los *Anales*.

El último escrito de Tácito son los *Anales*. En general, se admite que Tácito debió de empezar su composición antes de su proconsulado en Asia, hacia el 112 o el 113, y publicarla a finales del principado de Trajano, hacia el 116, o comienzos del de Adriano[36]. El debate sobre las fechas se concreta en la identificación del mar citado por Tácito en *Ann*. 2.61.2, como nueva frontera del Imperio, y que parece referirse, bien a las campañas de Trajano en Arabia y el Mar Rojo de los años 105-106, bien a las de Mesopotamia y el Golfo Pérsico de los años 116-117, hipótesis esta que parece la más acertada.

Lo primero que se aprecia al leer el Libro I es el cambio en la línea temática de la obra histórica de Tácito. En efecto, tras el principado domicianeo, del que se supone tratarían los últimos libros, hoy perdidos, de las *Historias*, se pasa ahora a tratar de la dinastía Julio-Claudia; es un "salto temático" de casi un siglo. En general, las razones que tuvo Tácito para proceder así deben de relacionarse con la decepción que le produjo el principado de Trajano, debido a la adopción, por la vía familiar, de su sucesor Adriano[37]. De ello se deriva una consideración general sobre la finalidad de los *Anales*: ¿es una obra meramente histórica?, o, más bien,

---

da", en 109. Cf. con E. Paratore, pág. 426.

36. R. Martin, pp. 30-31 y 38, cree que, en la época de su proconsulado asiático, hacia el 113, Tácito habría publicado ya la primera parte de los *Anales*. Es, más o menos, la misma opinión de P. Wuilleumier, *Tacite: Annales*, París, vol.I, 1974, pp. XII y ss. E. Paratore, pág. 421, opina que los libros I-IV datan de los últimos años del principado trajaneo, fechándose los demás en época de Adriano. H. Goeltzer, *Tacite: Annales*, París, vol.I, 1923, pág. VI, creía que la totalidad de la obra se publicó hacia el 116. Es la misma opinión de R. Syme, pág. 770: "It follows that almost all the books of the Annales are Hadrianic".

37. R. Martin, pág. 35. R. Syme, pp. 465 y ss., opina que el ascenso al trono de

¿no será una reflexión política sobre el principado y los orígenes de su constitución?[38]. Desde luego, tres grandes temas dominan la obra: el problema de la conjugación de principado y libertad, el papel del Senado en el nuevo orden, y el problema de la sucesión en el poder imperial[39]. Si estas cuestiones políticas de las obra de Tácito son más o menos importantes que sus meros contenidos históricos, es algo que solo puede ser objeto de hipótesis: su utilización de fuentes variadas y contrastadas hace que pensemos que los *Anales* son una obra fundamentalmente histórica, pero es posible ver también cómo Tácito vierte sus opiniones personales (y políticas) en algo que la tradición historiográfica ha dado en denominar su "hondura psicológica", y que no es sino su "técnica del

---

Adriano le recordó a Tácito lo similar del caso de Tiberio. Es posible que sea, en todo caso, y según palabras de Moralejo, pág. 10, "un acto de premeditada autoalienación ante una perspectiva comprometida".

38. Desde luego, me sitúo más en la segunda opción. El pasaje de *Ann*. 4.32, «Sin embargo, tiene su utilidad el examinar por dentro hechos a primera vista intrascendentes, pero de los que con frecuencia surgen grandes cambios de la situación» (traducción de J. L. Moralejo, *Cornelio Tácito: Anales*, Madrid, 1984), puede interpretarse como justificación del trabajo historiográfico, y como reflexión de tipo político. La doble faceta del género en Tácito, al concebir la historia como oratoria, o arte de convencer, queda bien estudiada por E. Aubrion, *Rhétorique et Histoire chez Tacite*, Metz, 1985. Desde luego, toda su reflexión política se ve dominada por el pesimismo ante lo que Tácito considera como fatal separación entre el ideal y el funcionamiento real de los procesos políticos en el principado. Véase al respecto a L. Miori, «L'ideale di Tacito e il suo pessimismo», *AARov* 16-17, 1978, pp. 23-29. Cf. con el excelente estudio de E. Mastellone Iovane, *Paura e angoscia in Tacito: implicazione ideologiche e politiche*, Nápoles, 1989, que viene a mostrar cómo ese pesimismo político taciteo queda reflejado en su propio léxico con la utilización de un repertorio notablemente frecuente en expresiones que connotan angustia.

39. Tácito era un decidido partidario del principado, siempre y cuando este asegurase la libertad al pueblo de Roma y el ejercicio del derecho. En *Agr*. 42.6 y en *Ann*. 4.20.3, Tácito aparece como defensor de una especie de "camino medio" entre la servidumbre y la libertad. Cf. con R. Syme, «The political opinions of Tacitus», en op.cit., 1970, pp. 121 y ss. Por otra parte, la actitud del Senado le merece una franca repulsa, mostrando sus críticas más feroces hacia los delatores y aduladores. Por fin, parece que Tácito era partidario de la sucesión no

retrato"[40]. Algunos autores han pensado que Tácito insertaría su atención por los retratos de aquellas personalidades que, a su juicio, causaban los hechos históricos en una tendencia historiográfica, la biografía de raíces republicanas, que culminaría justo unos años después de la muerte de Tácito con las *Vidas de los doce Césares* [41].

Esta tesis "biográfica" para explicar los *Anales* debe ser examinada algo más profundamente. Si bien es cierto que Tácito no se preocupó demasiado por las explicaciones de tipo económico o social de la historia, no cabe suponer tampoco que explique todo en función de la personalidad humana, pues utiliza argumentaciones políticas, morales y religioso-filosóficas para explicar la causalidad de los hechos históricos[42]. En ese contexto, la tesis biográfica podría caer por su propio peso; sin embargo, subsiste el hecho de la importancia dada por Tácito a la personalidad, lo cual no puede despreciarse por las buenas. En primer lugar, Tácito utilizaría las técnicas propias de los biógrafos si pensara en el carácter como en algo

---

hereditaria, por lo que se deduce del discurso de Galba en *Hist*. 1.15-16, y que estaba más a favor del sistema seguido por los Julio-Claudios que el de Trajano, según R. Syme, pág. 132. J. Miquel, en *El problema de la sucesión de Augusto*, Madrid, 1969, pp. 17-39, establece claramente que Tácito analizó la propia legitimidad del poder del *princeps* y lo "aconstitucional" de su sucesión hereditaria por Tiberio. Cf. todo ello con lo dicho por J. Percival en «Tacitus and the Principate», *G&R* 27, 1981, pp. 119-133.

40. Esto de la «hondura psicológica de Tácito» es uno de los grandes mitos interpretativos construidos en torno a su técnica de descripción de personajes. En realidad, era un buen retratista, pero psicólogo malo. Cf. con lo que dicen S. G. Daitz, «Tacitus' technique of character portrayal», *AJPh* 81, 1960, pp. 30-52; W. H. Alexander, «The psychology of Tacitus», *CJ* 47, 1952, pág. 326; H.Bardon, «Sur Tacite psychologue", *Anales de Filología Clásica* 6, 1953-54, pp. 19-35; y J. Cousin, «Rhétorique et psychologie dans Tacite», *REL* 29, 1951, pp. 228-247.

41. Es la opinión de, entre otros, S. G. Daitz, citado en la nota anterior, pp. 30-33.

42. La causalidad de los fenómenos históricos ha recibido diversos tratamientos, desde los puramente positivistas, hasta los irracionales en los que predominan los conceptos de *fatum* y *fortuna*. Sobre todo ello, en general, debe verse a M. von Albrecht, «L'interprétation de l'histoire romaine chez Tacite», *LEC* 55, 1987, pp. 367-375. Sobre su positivismo, fundamentado en la concepción azarosa pero

estático e inmutable. Tal circunstancia no ocurre, pues ya demostré en mi tesis[43], mediante técnicas que llamé "prosopo-historiográficas", la complejidad inherente a todo retrato de alguien importante o relevante desde el punto de vista histórico. Y, en segundo lugar, Tácito sería biógrafo en tanto en cuanto pensara que las acciones de las personas sirven para gobernar el mundo (en especial, los actos del Emperador); en la aceptación de este aserto se encuentra la tendencia psicologicista de la exégesis tacitea[44]. Si pensamos que esa tendencia interpretativa parte del estudio del retrato de Tiberio como representativo de la amargura y del universo

---

mensurable de la fors, véase a P. Beguin, «Le positivisme de Tacite dans sa notion de fors», *AC* 24, 1955, pp. 352-371. Y, sobre su irracional visión de la Historia, son fundamentales los trabajos de J. Lacroix, «Fatum et Fortuna dans l'oeuvre de Tacite», *REL* 29, 1951, pp. 247-264; P. Beguin, «Le Fatum et Fortuna dans l'oeuvre de Tacite», *AC* 20, 1951, pp. 315-334; y J. Kroymann, «Fatum, fors, fortuna und Verdwandtes in Geschichtsdenken des Tacitus», *Festschrift Weinreich*, Baden-Baden, 1952, pp. 71-102. J. L. Posadas, «El Hado y la Fortuna de los Emperadores (según Tácito)», *Boletín de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 14, 2001, pp. 88-100, esp. pág. 98, concluye que Tácito "asignaba indistintamente a *fatum* o a *fortuna* los principales hechos de los emperadores que retrataba (aunque los más positivos los achaca a esta última fuerza), manteniendo, así, un halo de irracionalidad sobre el hecho historico que conviene no olvidar a la hora de enjuiciar su técnica del retrato o su supuesta hondura psicológica".

43. *Retratos y caracteres femeninos en la literatura latina* (época de Trajano), tesis que permanece inédita, por cosas del Hado más que de la Fortuna, en el limbo de la Universidad Complutense donde se leyó en abril de 1994. Pero he publicado sus conclusiones, en lo referente a Tácito, en los siguientes artículos: «Mujeres en Tácito: retratos individuales y caracterización genérica», en Gerión 10, 1994, pp. 145-154; «Las mujeres en la historiografía tacitea», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, vol. III, 1992, pp. 541-546; «Tópicos sobre mujeres en la literatura de época de Trajano», Arx. *World Journal of Prehistoric and Ancient Studies* 2-3, 1997, pp. 173-179; «Extranjeras en la historiografía romana del siglo II d.C.», en G. Bravo Castañeda-R. González Salinero (Eds.), *Extranjeras en el mundo romano*, Madrid, 2005, pp. 67-80.

44. Aunque sea una tendencia, en su seno hay algunas diferencias de matiz. Por ejemplo, W. H. Alexander, citado, pág. 328, sostuvo que Tácito trataba de explicar todas las acciones de sus personajes en virtud de la definición de sus perso-

moral de Tácito, no puedo dejar de opinar que la tendenciosidad hacia Tiberio responde más al encono contra la sucesión imperial que a los méritos o deméritos del primer emperador de la dinastía Claudia[45].

Por todo ello, creo que Tácito no escribió biografía, sino una obra histórico-política en la que sus opiniones se deslizan por las inciertas pendientes de la insinuación, la sugerencia y el comentario insidioso, campos todos ellos bien representados en su técnica del retrato. Por ello, Tácito podría calificarse como "retratista histórico", como teórico político que utilizó el retrato de sus personajes como técnica fundamental para la construcción de su discurso historiográfico.

3. La Germania

La historia del texto del *de origine et situ germanorum* se liga a la del Codex Hersfeldensis, que contiene, además, el *Agrícola* y el *Diálogo de los oradores*, transmitidos a nuestra época a través de cuatro manuscritos[46].

---

nalidades o caracteres. J. Cousin, pp. 240-247, creía que el uso de alternativas como *siue*... *siue* representa la incertidumbre de Tácito en la correcta explicación psicológica de una acción. En el extremo contrario está H. Bardon, citado, pp. 30-33, que afirmó que Tácito no es psicólogo en tanto en cuanto no analiza a fondo sus personajes: lo que hace es reflejar tipos característicos transmitidos por la filosofía griega y por la retórica.

45. La figura de Tiberio en Tácito ha suscitado un amplio debate historiográfico, del cual señalaremos algunos hitos: F. B. Marsh, *The reign of Tiberius*, Oxford, 1931; G. Marañón, *Tiberio: historia de un resentimiento*, Madrid, 1939; R. S. Rogers, *Studies in the reign of Tiberius*, Baltimore, 1943; D. M. Pippidi, *Autour de Tibère*, Bucarest, 1944; R. J. Seager, Tiberius, Londres, 1972; y B. Levick, *Tiberius the politician*, Londres, 1976.

46. El *Vaticanus* 3.429, el *Vaticanus* 4.498, el *Toletanus* y el *Aesinas*. Véase al respecto a Marín Peña, pp. 34-41.

Esta obra fue publicada, con toda seguridad, en el año 98, después del *Agrícola* [47]. Como en aquella, en esta el principal problema de los exégetas es establecer el género literario a que pertenece. Desde luego, cabe considerar a la *Germania* como obra independiente, dado que si se aceptara la teoría de que es un excursus de las *Historias*, al estilo del de los judíos del libro V, habría que convenir que su magnitud desequilibraría la de las *Historias*. Además, no puede ser un excurso de las Historias un libro que aparece nueve o diez años antes, y sobre un tema tan distinto. Por otra parte, los antecedentes ya vistos del *Diálogo* y del *Agrícola* hace que pensemos que, en una primera etapa, Tácito prefiera las obras pequeñas, dado que sus preocupaciones son las propias de un político en activo (no olvidemos que acababa de salir de su consulado sufecto, con la probable ambición de ocupar algún gobierno provincial).

Muchos son los que opinan que la *Germania*, como obra independiente, tiene un carácter informativo-político: se trataría de constatar los problemas que acarreaba a Roma la vecindad con un mundo bárbaro como el germano[48]. La opinión de Tácito sería que los vicios de Roma llevarían al Imperio al desastre frente a las virtudes germanas, si los propios bárbaros no anduviesen siempre enzarzados en querellas internas[49].

---

47. Tac. *Germ*. 37.2: más bien sería “a partir” del 98, quizá el año siguiente. M. Hutton, *Tacitus: Agricola-Dialogus-Germania*, Londres-Cambridge, Mass., 1963, pág. 256. Véase también a F. R. D. Goodyear, pág. 8.

48. Como dato para subrayar la independencia de la obra, véase el paralelismo existente entre el principio de la misma, *Germania omnis a Gallis... separatur*; y el del de *bello Gallico* de César, *Gallia est omnis diuissa*... Por otra parte, L. Alfonsi, «Su un passo della Germania e sulla sua tradizione», *Aevum* 27, 1953, pág. 261, cree que el punto de partida de la obra es poner de manifiesto el problema histórico-cultural fundamental del mundo antiguo, la vecindad entre civilización y barbarie, en este caso, entre Roma y Germania. J. L .Riestra, «La idea del Estado Universal en C. C. Tácito», *HAnt* 8, 1978, pág. 224, abunda en esta idea al considerar a Tácito un continuador del concepto polibiano de ”Estado Universal Romano”, aunque pesimista ante la oposición de los bárbaros.

49. Es el ampuloso debate sobre *Germ*. 33.3, *urgentibus imperii fatis*. La frase tiene paralelos en Tito Livio 5.22.8, *postremo iam fato quoque urgente*, 5.36.3, *iam urgentibus Romanam urbem fatis*, y 12.43.9, *urgente fato*, en Virgilio, *Aen*.

Otros críticos han pensado en la oportunidad de la obra, considerando que la fecha de la publicación del opúsculo coincide con la entronización de Trajano y con su permanencia en la frontera germana. Tácito habría, pues, escrito esta obra como hábil oportunista, para dirigirla a un público culto, aunque vano[50]. En todo caso, no son difíciles de entender las razones que pueden mover a un escritor a publicar un libro justo después de terminar su consulado, en la cima de su carrera.

Es preciso reconocer que la obra presenta todas las características de ser un tratado, aun de bolsillo, de tipo geo-etnográfico: cita los posibles orígenes de los germanos, describe sus usos y costumbres, y presenta una relación de todas y cada una de las tribus, haciendo hincapié en sus peculiaridades diferenciadoras, poniéndolo todo en conexión con Roma y su decadencia. Muchos son los autores que apoyan esta hipótesis y creen que la Germania es una monografía etnográfica e histórica[51], dentro de la tradición herodotiana sobre los persas, o polibiana sobre los propios romanos[52].

Desde luego, uno de los fundamentos de cualquier monografía histórica es la diversidad de las fuentes utilizadas y su crítica, punto en el que parece que Tácito se esforzó notablemente: parece que utilizó a César,

---

2.653, *fatoque urgenti incumbere uellet*, y 12.587, *fatis urgetur acerbis*; y en Lucano, Fars. 10.30, *perque Asiae populos fatis urgentibus actus*. G. Viré, «Urgentibus imperii fatis (Tac., Germ 33)», *LEC* 47, 1979, pág. 331, piensa que Tácito estuvo más influido aquí por Tito Livio y por Virgilio que por Lucano. El problema queda bien resuelto por N. Santos Yanguas, «Tácito y la decadencia del Imperio», *Emerita* 50, 1982, pág. 32, cuando afirma que Tácito ve el peligro en la sincronización entre las discordias internas de Roma y la concordia germana (como en el año 69), con lo cual su visión no es pesimista, dado que la guerra civil no había llegado a estallar en el 97, y la paz germana aún no había llegado.

50. M. Hutton, pág. 259; Cf. con J. Perret, *Tacite: La Germanie*, París, 1949, pp. 10-11.

51. P. e., J. M. Alonso Núñez, «Significación de la Germania de Tácito», *Zephyrus* 25, 1974, pp. 473-478. Cf. con G. Walser, «Die Ethnographie des Germanen», *Studien zur Glaubwürdigkeit des Tacitus*, Baden-Baden, 1951, pp. 77-82.

52. F. R. D. Goodyear, pág. 11; y J. Perret, pp. 16-24.

Posidonio, Salustio, Aufidio Baso, una obra perdida de Plinio el Viejo, Livio, Varrón, Marino de Tiro y el mapa de Agripa, amén de otras fuentes oficiales, documentales y testimoniales[53] (si se acepta su presencia en la Galia Bélgica, bien pudo consultar con oficiales destacados en el limes germano o con comerciantes, trajineros y arrieros que conocieran la zona).

Personalmente, dada la estructura del libro[54], su temática, la veracidad de los datos transmitidos[55], y la minuciosidad en la recogida de los mismos, me inclino por considerar a la *Germania* como tratado etnográfico, si se quiere de bolsillo, y si se apura de "salón", con una finalidad política clara: llamar la atención de Roma sobre el "peligro germano". De esta forma, Tácito se situaría en la línea historiográfica de su predecesor Salustio, siguiendo su teoría del *metus Punicum*, es decir, la idea de que el miedo a los cartagineses frenó la decadencia de Roma hasta la conquista y destrucción de Cartago, que supuso un acicate para el lujo desmesurado y un punto de partida para la corrupción moral y política de la Ciudad[56]. No

53. A. Gudeman, «The sources of the Germania of Tacitus», *TAPhA* 31, 1900, pp. 93-111.

54. Desde el punto de vista estructural, hay autores, como Requejo, pp. 110-111, que han creído ver un cierto desorden en la *Germania*, propio de una tradición etnográfica especialmente proclive al caos programático. No obstante, Alonso Núñez, pág. 475, observa un "método" en la estructura de la obra, según el cual Tácito trataría primero del medio geográfico (situación y naturaleza del país) y del origen del pueblo en cuestión, para estudiar luego las tradiciones, las costumbres alimentarias, sexuales, de vestimenta y de vivienda, en las diversiones y en los ritos funerarios, así como las instituciones militares, políticas y jurídicas, asuntos sociales y económicos, y para terminar con el tratamiento de las tribus particulares. Creo que es necesario comprender que, con la ordenación de temas dispuesta por Tácito, se sigue una tradición de tipo etnográfico como necesidad de estilo impuesta por el género elegido para presentar una obra con clara finalidad política de apoyo al nuevo príncipe, Trajano.

55. Sobre este tema, debe verse el libro de H. Jankuhn, *Archäologische Bemerkungen zur Glaubwürdigkeit des Tacitus in der Germania*, Gotinga, 1966, esp. pp. 411-426.

56. J. L.Posadas, *Gayo Salustio Crispo*, citado, pág. 54. La destrucción de Car-

sería raro que la historiografía posterior intentara crear nuevos "miedos al enemigo" para presentarlos como freno a la degeneración del Imperio: posiblemente, lo intentara el propio Salustio en sus *Historias* con un *metus Parthicum*, y, quizá, nuestro Tácito en su *Germania* y en sus *Historias* con un *metus Germanicum*.

En esta traducción he seguido, fundamentalmente, la edición oxoniense de J. G. C. Anderson y H. Furneaux, y la he confrontado con las versiones inglesa de Hutton, francesa de Perret, italiana de Valmaggi, y españolas de Coloma y de Requejo[57].

---

tago hizo que "las costumbres tradicionales, que antes habían decaído gradualmente, se precipitaran tanto en su caída como en un torrente el agua" (Sal. *Hist*. 1.16). Sobre el *metus*, D. E. Koutroubas, «Metus Hostilis as a factor of Roman History according to Sallust», *Ariadne* 4, 1988, pp. 81-90.

57. J. G. C. Anderson-H. Furneaux, *Cornelii Taciti Opera Minora*, Oxford, 1962 (reed.); M. Hutton, *Tacitus: Dialogus, Agricola, Germania*, Londres-Cambridge, Mass., 1963; J. Perret, *Tacite: La Germanie*, París, 1949; J. M. Requejo, *Tácito: Agrícola, Germania, Diálogo de los Oradores*, Madrid, 1981; J. Rubió y Ors, *Las Historias de C. C. Tácito* (contiene también la *Germania*, trad. por D. Carlos Coloma), Barcelona, 1866; y L. Valmaggi, *Tacito: Germania*, Turín, 1921.

4. Bibliografía básica

BIRLEY, A. R.: «The life and death of Cornelius Tacitus», *Historia* 49, 2000, pp. 230-247.

BORZSÁK, S.: «P. Cornelius Tacitus», en Pauly-Wissowa, *RE*, Sup. XI, Stuttgart, 1968, cols. 373-515.

BRATHER, S.: «Ethnische Gruppen und archäologische Kulturen: Identität und Sachkultur in der archäologischen Forschung», *Altertum* 47, 2002, pp. 111-126.

ČERNÂK, A. B.: «Tacitus on the Veneds: (Germ. 46, 2)», *VDI* 197, 1991, pp. 44-60.

DEVILLERS, O.: «La composante biographique dans l'historiographie romaine impériale avant Tacite», en G. Lachenaud-D. Longrée, *Grecs et Romains aux prises avec l'histoire*, Rennes, 2003, pp. 609-619.

FAUTH, W.: «Asen und Vanen in der Germania des Tacitus», *Klio* 89, 2007, pp. 454-464.

FAVROD, J.: «De la Germanie de Tacite à la germanité des Burgondes: permanence de quelques coutumes», *EL* 1-2, 2004, pp. 211-221.

GRIMAL, P.: *Tacite*, París, 1990.

GOODYEAR, F. R. D.: *Tacitus*, Oxford, 1970.

JANKUHN, H.: *Archäologische Bemerkungen zur Glaubwürdigkeit des Tacitus in der Germania*, Gotinga, 1966.

KRAPT, L.: *Germanenmythus und Reichsideologie: Fruhhumanistische Rezeptionsweisen der taciteischen Germania*, Tübinga, 1979.

LAUGIER, J.-L.: *Tacite*, París, 1969.

LUCAS, J.: *Les obsessions de Tacite*, Leiden, 1974.

LUND, A. A.: «Zur "interpretatio Romana" in der Germania des Tacitus», *ZRGG* 59, 2007, pp. 289-310.

---: «Die Erfindung der Germanen», *A* 38, 1995, pp. 4-20.

MARTIN, R.: *Tacitus*, Londres, 1981.

MENDELL, C. W.: *Tacitus, the man and his work*, Hamden, 1957.

MICHEL, A.: *Tacite et le Destin de l'Empire*, París, 1966.

MICHEL, J.-H.: «Quid ad Germaniam Taciti explanandam anthropologia et palaeoethnologia afferre possint?», *RomBarb* 15, 1998, pp. 117-125.

MUÑIZ COELLO, J.: «Claudio Druso y las pieles de los frisios: anotaciones a Tac. Ann. IV.72», *REA* 106, 2004, pp. 537-546.

NOWAKOWSKI, W.: «Cornelii Taciti de gentibus barbaris relatio cum archaeologorum perquisitionibus confertur», *Meander* 45, 1990, pp. 75-96.

ONIGA, R.: «Tac. Germ. 26, 1», *Eikasmos* 12, 2001, pp. 275-278.

PAGAN, V. E.: «Beyond Teutoburg: transgression and transformation in Tacitus Annales 1.61-62», *CPh* 94, 1999, pp. 302-320.

PARATORE, E.: *Valore della Germania di Tacito*, Roma, 1964.

---: *Tacito*, Roma, 2ª ed., 1962.

PERL, G.: «Interpretationen der Germania des Tacitus mit Hilfe römischer Denkmäler», *Altertum* 39 (2), 1993, pp. 99-116

PERRET, J.: *Recherches sur le texte de la Germanie*, París, 1950.

POLOMÉ, E. C.: «Die Religion der Suebi», en *Beiträge zum Verständnis der Germania des Tacitus*, II, Göttingen, 1992, pp. 167-189.

POSADAS, J. L.: «Ritual de poder e imaginería cívico-religiosa en la *Germania* de Tácito», en J. Alvar-C. Blánquez-C. G. Wagner, *Ritual y conciencia cívica*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, pp. 123-128.

R.-ALFÖLDI, M.ª: «Germania magna-nicht libera: Notizen zum römischen Wortgebrauch», *Germania* 75, 1997, pp. 45-52.

RIESTRA, J. L.: *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Madrid, 1985.

SAVINO, E.: «Per una reinterpretazione della Germania di Tacito», *AIIS* 11, 1989-1990, pp. 83-107.

SCHRAMM, G.: «Die germanische Seherin Aurinia bei Tacitus», en A. van Nahl e. a., *Namenwelten*, Berlín, 2004, pp. 577-582.

SCHUHMANN, R.: «Aurinia und Veleda: zwei germanische Seherinnen?: Personennamen im Sprachkontakt», *BN* 34, 1999, pp. 131-143.

SPEIDEL, M. P.: «Commodus and the king of the Quadi», *Germania* 78, 2000, pp. 193-197.

STAEDELE, A.: «Germania-Interpretationen: gestern und heute», en P. Neukam, *Motiv und Motivation*, Múnich, 1993, pp. 106-124.

---: «Neues von der Germania des Tacitus, oder Das Ende einer Legende», *Anregung* 36, 1990, pp. 156-168.

SYME, Sir R.: *Tacitus*, Oxford, 2 vols., 1958.

---: *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970.

TIMPE, D.: «L'insurrezione dei Batavi nell'interpretazione di Tacito», en M.ª A. Giua, *Ripensando Tacito (e Ronald Syme): storia e storiografia*, Pisa, 2007, pp. 201-219.

---: «Der Namensatz der taciteischen Germania», *Chiron* 23, 1993, pp. 323-352.

---: «Die Söhne des Mannus», *Chiron* 21, 1991, pp. 69-125.

WAGNER, N.: «Lateinisch-germanisch Mannus: zu Tacitus, Germania c. 2», *HSF* 107, 1994, pp. 143-146.

WAGNER, S.: «Neues Licht auf die Decumates agros bei Tacitus, Germania 29, 3», en Ch. Bücker, *Festschrift G. Fingerlin*, Rahden, 2002., pp. 99-103.

LIBRO DE CORNELIO TACITO SOBRE EL ORIGEN Y SITUACION DE LOS GERMANOS[58]

1 Toda la Germania[59] está separada de los galos, los retos y los panonios[60] por los ríos Rin y Danubio, y de los sármatas y dacios[61], por el mutuo recelo o por montañas: el resto queda rodeado por el Océano,

58. En el Codex Hersfeldensis figura el título *Cornelii Taciti de origine et situ germanorum liber*, si bien se conoce a esta obra como *Germania* desde la publicación del volumen *Cai Cornelii Taciti Equitis romanis Germania incipit*, Nuremberg, fechado en 1474.

59. *Germania omnis*… Es el paralelismo ya comentado con el comienzo del *Comentario de la guerra de las Galias* de César (*Gallia est omnis diuisa*…).

60. Es decir, de los habitantes de la Galia, la Recia (o Tirol), y del norte de los Balcanes (las actuales Eslovenia, Croacia y Bosnia).

61. Los sármatas vivían en la zona de Polonia, y los dacios, en Moldavia y Valaquia, la actual República Checa.

formando grandes penínsulas e islas de enorme extensión[62]. Recientemente se han conocido algunos de sus pobladores y reyes, a los que la guerra nos ha acercado[63]. [2] El Rin, que nace en un picacho inaccesible y escarpado de los Alpes Réticos, tras desviarse ligeramente hacia el occidente, desemboca en el Mar del Norte. [3] El Danubio fluye desde una altura poco elevada y suave del monte Abnoba[64] y transcurre entre muchos pueblos hasta que va a dar sus aguas al Mar Póntico[65] por seis bocas, quedando otra más absorbida por pantanos[66].

2 Creo casi con seguridad que los germanos son autóctonos y que de ninguna manera están mezclados con otros pueblos[67], tanto invasores como admitidos de grado, pues los que antiguamente querían cambiar de asentamiento no lo hacían por tierra, sino por mar[68], y son escasas las naves que se atreven a entrar en un Océano inmenso y, como si dijéramos, hostil, desde nuestro mundo. [2] Además, aparte del peligro que representa un mar horripilante y desconocido, ¿quién va a abandonar Asia, África o Italia con el ánimo de pretender la Germania, con su terreno difícil, áspero clima[69], y triste para habitar y contemplar si no es su propia patria?[70] [3] Celebran con cánticos antiguos, único modo que

---

62. La península de Jutlandia, es decir, Dinamarca, y las islas del Mar Báltico.
63. Desde la época de César, un siglo y medio de relaciones germano-romanas quedan resumidas en esta frase.
64. En la Selva Hercinia, la actual Selva Negra.
65. Esto es, el Mar Negro.
66. Hasta principios de los años treinta a. C., se creía que el Danubio medio y el de su desembocadura eran ríos distintos, llamándose al tramo final Istro.
67. Es uno de los pocos pasajes de autor clásico en que se afirma la autoctonía sin mezcla de un pueblo. Esta frase ha sido utilizada por los germanófilos para propagar algunas erróneas ideas de "pureza" racial.
68. El concepto de la emigración marina entronca con los geógrafos y compiladores helenísticos, y no tiene en cuenta los grandes movimientos de pueblos continentales, algunos de los cuales amenazaron a Roma en el pasado. Véase a J. Caro Baroja, *La aurora del pensamiento antropológico*. *La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, 1983, pág. 211.
69. Las únicas indicaciones al clima germano son esta (áspero) y la de 4.3 (frío).
70. Pregunta retórica de Tácito, que prefiere claramente la zona mediterránea,

tienen de conservar la memoria y los anales de los acontecimientos[71], al dios Tuistón, nacido de la tierra; le asignan un hijo, Manno, origen de la nación, y, como verdaderos fundadores, otros tres a Manno[72], de cuyos nombres provienen los de los ingevones (los más cercanos al Océano), los hermiones (los de la zona central), y los istevones (los restantes). [4] Dicen algunos autores, con la licencia que proporciona el tratar de lo más antiguo, que el dios tuvo otros hijos[73], de los que los nombres de más pueblos: marsos, gambrivios, suevos y vandilios; afirman que estos son los nombres verdaderos y antiguos, [5] y que, por el contrario, "Germania" es palabra reciente y de empleo nuevo, dado que a los primeros que atravesaron el Rin y expulsaron a los galos, y llamados ahora tungros, se les conocía antes como germanos; de ahí ese nombre de pueblo, y no de nación[74], se impuso paulatinamente a todos de prestado, siendo tomado primero por el vencedor para infundir miedo, y utilizado luego por ellos mismos para denominarse.

3 Recuerdan que hubo entre ellos un Hércules, a quien ensalzan

---

orbis noster (nuestro mundo: 2.2), a las "delicias" del terreno, clima, hábitat y paisaje del Norte.

71. Los cánticos eran la forma de tradición oral existente entre los pueblos del Norte de Europa en esta época. Aparte de los que nos describe en este pasaje, los que cuentan historias y hechos y los llamados "baritos", los germanos utilizaban otro tipo de canto, más marcial y animoso, citado por Tac. *Hist*. 5.15.2. También los britanos usaban de esta costumbre canora (Tac. *Agr*. 33.1).

72. Serían los grandes dioses tutelares de la mitología germánica, según Tácito. Véase el artículo de R. Hünnerkopf, «Die Söhne des Mannus», *Gymnasium* 61, 1954, pp. 542-554. Habría otros secundarios, a los que menciona en *Germ*. 9.1-2, denominados por nuestro autor como Mercurio, Marte, Hércules e Isis, y que son Wotan, Tiu, Donner y Nertho, así como Alcis, mencionado en *Germ*. 45.2-3. Y, por fin, los que Tácito llama dioses "internos" en *Ann*. 2.10, y que yo creo que pueden ser definidos como "genios locales". Cf. con N. Wagner, «Lateinisch-germanisch Mannus: zu Tacitus, Germania c. 2», *HSF* 107, 1994, pp. 143-146.

73. D.Timpe, «Die Söhne des Mannus», *Chiron* 21, 1991, pp. 69-125.

74. Utilizaré las palabras de "pueblo" para referirme a cada una de las tribus germanas, y de "nación" para aludir a la generalidad de los habitantes de Germania.

con cantos en la batalla como primero entre los valientes. Usan también de otros cantos, con cuya entonación, llamada "barito"[75], encienden los ánimos y auguran la fortuna de las luchas futuras[76]; además, con él causan terror o se atemorizan, según el volumen del tono de los guerreros, en una armonía más de valor que de voces. [2] Y es que se busca, sobre todo, aspereza en el sonido y un murmullo entrecortado, lo que se consigue tapando las bocas con los escudos, de tal forma que la voz, resonante, aumente, más plena y grave[77]. [3] Por otra parte, se ha dicho que Ulises, arrojado a este Océano durante aquel largo y fabuloso errar suyo, llegó a las tierras de Germania y fundó y dio nombre a Asciburgo, situada a orillas del Rin y habitada aún en nuestros días; y que fue encontrado en aquel lugar un altar consagrado a Ulises, hace tiempo, con un epígrafe relativo a su padre Laertes, y que todavía existen monumentos y túmulos con inscripciones en letras griegas en los confines de Germania y Recia[78]. [4] Pero no tengo intención ni de confirmar ni de refutar todo esto con argumentos: que cada cual le otorgue fe según su criterio[79].

4 Me uno a quienes piensan que los pueblos de Germania, al no

---

75. *Baritum* es una palabra de origen desconocido y, quizá, relacionada con el barrido de los elefantes.

76. Según esta traducción de la frase *futuraeque pugnae fortunam ipso cantu augurantur*; los cánticos germanos tendrían también un significado religioso y adivinatorio.

77. Costumbre similar tenían los vikingos para apoyar una propuesta en sus asambleas.

78. Coinciden, en mi parecer, tres tradiciones en este pasaje: la de situar en el lugar objeto del estudio, en esta ocasión, Germania, un episodio de la mitología griega, lo cual reflejaría la influencia de los geógrafos helenísticos en Tácito; la de ennoblecer a alguna ciudad importante para Roma con un relato mítico de fundación, en cuyo caso podría haber una fuente local, conocida por Tácito durante su estancia en la Galia Bélgica; y el conocimiento, muy probable en la época de Tácito, de algunas inscripciones griegas en la frontera germana, producto quizá de las relaciones comerciales en busca de metales por parte de aventureros griegos, a través del curso del Danubio y del Rin, procedentes de la no tan lejana colonia griega de *Massalia* (Marsella).

79. Tácito parece que no opta por ninguna de las soluciones, y se ampara en un silencio que, por despectivo, resulta revelador.

haber sido infectados[80] por matrimonios con ninguna otra nación, han conseguido constituirse en una raza propia, pura y semejante solo a sí misma; [2] de ahí que su físico, en tanto ello es posible para un tan gran número de hombres, sea el mismo para todos: ojos fieros y azules, pelo rubio y cuerpos grandes y capaces de esfuerzos momentáneos[81]; [3] no soportan con paciencia las fatigas y trabajos duros, y menos la sed y el calor, aunque sí el frío y el hambre, por el tipo de clima que sufren y de terreno en que viven[82].

5 El terreno[83], aunque variado en su aspecto un poco, está, en general, o bien lleno de bosques, o bien inutilizado por los pantanos. Es más húmedo cerca de las Galias, más ventoso por el Nórico y la Panonia; bastante feraz, es muy poco apropiado para los árboles frutales; abunda en ganados, aunque de poco tamaño en su mayoría. [2] Tampoco el ganado mayor tiene su apariencia normal o su cornamenta en la frente: se dan por satisfechos con su número, y este es su más apreciado y único recurso[84]. [3] Los dioses, dudo si airados o propicios[85], les negaron el oro y la plata; pero no me atrevo a asegurar que no existen en Germania yacimientos de plata y oro; ¿quién, sin embargo, los ha buscado?: su

---

80. *Conubiis infectos*, la traducción pretende ser literal. Podría leerse también, como hace Requejo, pág. 115, “degenerados por matrimonios”.

81. En otro lugar, *Hist*. 4.14.1, dice Tácito que los jóvenes guerreros germanos “descollaban por su belleza”.

82. Es una de las formulaciones del determinismo climático o ambiental, observado por J. Caro Baroja, pág. 213.

83. Comienza una sección que podría ser interpretada como el recuento de los recursos económicos de la zona. O bien Tácito reporta estos datos con interés descriptivo y erudito, o bien lo hace para llamar la atención sobre lo lucrativo de una futura conquista o relación comercial.

84. Aunque el paso de la ganadería a la agricultura parecía haberse generalizado entre la época de César y esta de Tácito, nuestro autor sigue concediendo mayor importancia a aquella sobre esta, al decir que la mayor parte del terreno está desaprovechado por los bosques y pantanos.

85. Tácito duda si la posesión de riquezas es un don o un castigo de las alturas: ello conecta a nuestro autor con las teorías estoicas que veían en la avaricia la causa principal de degeneración moral de un pueblo, quizá procedentes del magisterio de Posidonio. Cf. con las opiniones de M. L. Colish, *The Stoic Tradition*

posesión y su uso no les afecta en la forma que a otros; [4] hay que ver cómo desprecian los vasos de plata dados como regalo a sus embajadores y príncipes, del mismo modo que lo hacen con los hechos de barro[86]. Aunque los más cercanos a nuestro comercio conocen y aceptan algunas de nuestras monedas, los del interior usan del más antiguo y sencillo sistema de cambalache de mercancías. [5] Les atraen más nuestras monedas viejas y extendidas, como los serrados y los bigados[87]; y prefieren la plata al oro, no porque se sientan más afectos a ella, sino porque su mayor abundancia la hace más útil para adquirir ciertos bienes corrientes y baratos.

6 Tampoco están sobrados de hierro, como se colige del tipo de sus armas ofensivas[88]. Pocos usan de espadas o lanzas grandes; llevan unas picas, llamadas en su lengua "frámeas", con un hierro corto y estrecho, pero tan afilado y manejable que, con la misma lanza, según la ocasión, luchan cuerpo a cuerpo o a distancia. [2] Mientras que el jinete se contenta con el escudo y la frámea, los soldados de a pie lanzan a gran distancia, algunos de ellos muchas, armas arrojadizas[89], vestidos con un ligero sayo o desnudos. Y es que no existe jactancia en el vestir[90]: distin-

---

from Antiquity to the Early Middle Ages, Leiden, 1990, pág. 305, quien es contraria a asignar pensamientos estoicos a Tácito, pese a reconocer la influencia de Posidonio en la *Germania*.

86. No es una afirmación exacta. El hecho de que los príncipes germanos se entierren en túmulos y se hagan acompañar de estas vasijas de plata, como queda atestiguado por la arqueología, demuestra la consideración tenida por ellos hacia estos objetos de lujo.

87. Son denarios antiguos, algunos de época republicana.

88. El carácter moralizante de la obra lleva a Tácito al error de creer que los germanos utilizaban poco el hierro, ya que el afán minero no cuadraba con la imagen de "Buen Salvaje" que Tácito pretendía presentar. De hecho, la única alusión a pueblos mineros del hierro es la de los cotinos, *Germ*. 43.3, quienes "para mayor vergüenza, trabajan incluso minas de hierro". La aversión germánica a las minas se transmitió durante los siglos, y aparece claramente en las leyendas de los Nibelungos, donde los acontecimientos se desatan por la ambición de los enanos mineros.

89. Quizá, venablos; quizá, según se nos dice en *Hist*. 5.17.3, piedras y balas de plomo.

guen los escudos con colores llamativos; [3] pocos usan la loriga, y solo algunos un casco de metal o cuero[91]. Los caballos no se distinguen ni por su aspecto ni por su velocidad. No se les enseña a caracolear, como hacemos nosotros: maniobran con ellos en línea recta o girando a la derecha, para formar un círculo tan compacto que ninguno queda atrás. [4] En general, se puede estimar como más fuerte al infante, por lo que luchan mezclados: al ser la velocidad de los de a pie apropiada para la lucha ecuestre, se les coloca en vanguardia, escogiéndose a estos guerreros entre los jóvenes. [5] Está bien definido el número de ellos: son un centenar de cada distrito, y entre los suyos son llamados de esta forma, de tal manera que lo que primeramente fue un número, pasó luego a ser una mención honrosa. [6] Los soldados forman en cuña[92]; ceder terreno, mientras sea para volver a atacar, lo consideran más prudencia que miedo. Retiran los cuerpos de los suyos incluso en los combates comprometidos. Consideran la mayor vergüenza el abandonar el escudo en la huida, y no se permite a quien le ha ocurrido ni asistir a las actividades sagradas ni a las comunitarias, de tal forma que muchos supervivientes de las guerras limpian esa infamia ahorcándose.

7 Escogen a los reyes por su nobleza, y a los caudillos por su valor[93]. No es infinita ni libre la potestad que pueden usar los reyes, y los caudillos ejercen su mando más con el ejemplo que dan y con la admiración que producen, siendo prontos, destacados y valientes, que con su

90. Sobre su vestimenta, véase *Germ*. 17.1 y el artículo de G. Pasquali, «Come vestivano i Germani secondo Tacito», *SIFC* 16, 1939, pp. 129-163.

91. En *Ann*. 2.14.3 nos dice Tácito que "los germanos no llevaban lórigas ni cascos, ni escudos reforzados con hierro y cuero, sino simples trenzados de mimbre o tablas ligeras pintadas de colores".

92. Las tácticas guerreras utilizadas por los germanos eran la "formación en caña" (véase también *Hist*. 4.20.3: "los bátavos, que eran unos veteranos en la milicia, se agrupan en cuña, en formación cerrada y protegiéndose por el frente, espaldas y flancos") y la "formación en punta" (*Hist*. 5.18.1: "un escuadrón de brúcteros, formado en punta, pasó a nado contra los nuestros").

93. No estoy de acuerdo con la traducción de Requejo, op.cit., pág. 118: a los reyes los escogen por su nobleza (*ex nobilitate*), no de entre la nobleza; es decir, *nobilitas* sería más una cualidad, como la *uirtus* de los *duces*, de los reyes, y no un grupo social del que procederían, como la *nobilitas* romana. En cuanto a *du-*

autoridad[94]. [2] No les está permitido ni castigar, ni atar ni golpear; solo lo pueden hacer los sacerdotes, y no como pena ni como mandato del caudillo[95], sino porque lo mande el dios que creen les asiste en la batalla. [3] Llevan a la batalla ciertas efigies e insignias sacadas de los bosques sagrados[96]; el principal incentivo a su valentía es, ya que no se debe al azar la formación de la turma y de la cuña, su agrupación por familias y parentelas: tienen a su lado a sus seres queridos, y pueden oír el ulular de sus mujeres y el llorar de sus niños. [4] Estos son los testigos sagradísimos para cada uno, estos los que más les alaban: acuden con sus heridas a sus madres y esposas, las cuales las examinan sin aspavientos, y les llevan alimentos y ánimo para combatir[97].

8 Existen historias acerca de que algunos ejércitos, casi vencidos y desfalleciendo, se rehicieron gracias a las mujeres[98], por la perseverancia en sus ruegos y por la muestra de sus pechos, haciéndoles ver lo evidente de su cautiverio, ya que lo temen más por la suerte y el honor

---

ces, prefiero traducirlo como “caudillos”, en el entendimiento de que esta palabra comporta más connotaciones militares que “jefes”.

94. Admirable contraste con la ilimitada potestad de los emperadores romanos, contra la que se levantaron los defensores de la *libertas* republicana y senatorial, entre ellos el propio Tácito, durante todo el siglo I d. C.

95. No muy sutil paralelismo con lo que ocurría en Roma, y con la actuación dura y cruel de algunos mandos del ejército, o con los castigos corporales y penas de muerte ordenadas por el príncipe.

96. El sujeto de tal oración no puede ser sino *reges* o, en su defecto, *duces*. En un artículo poco citado llamé la atención sobre esta práctica de totemismo ligada a la magnificación sacra de la figura del *rex* germano por parte de Tácito: J. L. Posadas, «Ritual de poder e imaginería cívico-religiosa en la Germania de Tácito», en J. Alvar-C. Blánquez-C. G. Wagner, *Ritual y conciencia cívica*, Madrid, 1995, pp. 123-128.

97. El riesgo era algo que debía compartir una mujer con su esposo, dado que el matrimonio les hacía compañeros de penalidades y peligros, simbolizados por los regalos dados como dote por la mujer al hombre: armas (véase *Germ*. 18.1).

98. Tácito presenta a las mujeres germanas en su obra como ejemplo a seguir por las romanas: véanse las menciones de *Agr*. 31.4, *Germ*. 19.1-2 y 20.1: Las romanas tenían, según Tácito, mucho que aprender de las germanas. Es una

de sus mujeres[99], de tal forma que es más fácil asegurar la lealtad de las ciudades a las que se pide, entre los rehenes, muchachas nobles. [2] Y es que piensan que hay en ellas santidad y capacidad de prever[100], por lo que no desprecian sus opiniones ni desdeñan sus respuestas. [3] Vimos, bajo el divino Vespasiano, a Veleda, tenida por muchos como una deidad, y tiempo ha fueron veneradas Aurinia y otras muchas, aunque no por adulación ni por divinizarlas[101].

9 Entre los dioses, honran grandemente a Mercurio, a quien creen lícito hacerle sacrificios de enemigos en ciertos días, mientras que a Hércules y a Marte les aplacan con animales. [2] Una parte de los suevos sacrifican también a Isis[102]: no sé bien cuál es la causa y el origen de tal culto extranjero, aunque la propia imagen con forma de nave liburna parece dar a entender que es una religión importada. [3] Por otra parte,

---

de las conclusiones de J. L. Posadas, «Extranjeras en la historiografía romana», citado nota 43.

99. En esto coincidían con los britanos, según *Agr*. 31.1.

100. Otras alusiones a la adivina germana Veleda, de nación brúctera, son las de *Ann*. 4.61.2-3 (“esta doncella, brúctera de nación, ejercía un extendido imperio, de acuerdo con una vieja costumbre de los germanos por la que a muchas mujeres se las considera profetisas y, al crecer la superstición, también como diosas”), *Ann*. 4.65.3-4 (“se prohibía acceder a su presencia para que inspirara mayor respeto. Ella estaba en una alta torre, y un elegido de entre sus allegados llevaba las consultas y las respuestas como si fuera el intermediario de una divinidad”), y *Ann*. 5.22.3. Veleda fue trasladada a Roma y el propio Tácito nos dice que la vio en persona, en el principado de Vespasiano, en el que él comenzó su carrera política.

101. Es una alusión a las mujeres de la dinastía Julia-Claudia, algunas de las cuales, como Livia o Agripina Augusta, fueron tratadas en vida casi como diosas. Sobre Livia durante el principado de Tiberio, véase a J. L. Posadas, *Emperatrices y princesas de Roma*, Madrid, 2008, pp. 76-79; sobre Agripina durante el de Claudio, pp. 106-108. Sobre Veleda y Aurinia, véanse a G. Schramm, «Die germanische Seherin Aurinia bei Tacitus», en A. van Nahl e. a., *Namenwelten*, Berlín, 2004, pp. 577-582, y a R. Schuhmann, «Aurinia und Veleda: zwei germanische Seherinnen?: Personennamen im Sprachkontakt», *BN* 34, 1999, pp. 131-143.

102. Se trata de la diosa germana Nertho, según E. Polomé, «À propos de la

no juzgan adecuado para la grandeza de los cielos encerrar a los dioses entre paredes ni presentarlos en forma humana[103]; por ello, les consagran bosques y frondosidades y deifican el misterio que solo ven con su veneración[104].

10 Son los que mejor observan los auspicios y oráculos, para los que tienen un procedimiento sencillo: cortan en trozos una rama arrancada de un árbol frutal, los marcan con determinados signos[105], y los esparcen de forma fortuita sobre una tela blanca. [2] En seguida, el sacerdote de la ciudad, si es que la consulta es pública, o el propio caudillo del clan[106], si es privada, imprecando a los dioses y alzando la mirada al cielo, cogen tres trozos, uno a uno, y los interpretan según las marcas hechas anteriormente. [3] Si los dioses prohíben lo consultado, no se vuelve a insistir sobre el mismo asunto en el día; pero, si lo permiten, se exige la confirmación del auspicio. También se conoce aquí la consulta de los sonidos y del volar de los pájaros, aunque lo típico de estos pueblos es el examen de los presagios y augurios de los caballos: [4] son cuidados públicamente en los mismos bosques y arboledas sagradas, blancos y sin contacto con trabajo humano alguno; tras uncirlos a un carro sagrado, el sacerdote y el rey o señor de la tribu[107] los acompañan y observan

---

déese Nerthus», *Latomus* 13, 1954, pp. 167-200. Sobre el culto a esta diosa hay otra mención en *Germ*. 40.2-5.

103. Sin embargo, en la campaña de Germánico del año 15 d.C. dice Tácito que arrasó "tanto las edificaciones civiles como las sagradas, e incluso el templo más frecuentado entre aquellas gentes, llamado de Tanfana" (*Ann*. 1.51.1).

104. Estos bosques estaban consagrados a ciertos dioses, como el de advocación a Hércules (*Ann*. 2.12.1), o el de Baduhena (*Ann*. 4.73.4), protectores de la tribu.

105. Los signos serían parecidos a las runas escandinavas, también utilizadas en forma semejante para adivinación del futuro.

106. El *paterfamilias*, título alusivo en Roma al cabeza de una *gens* o familia amplia. La mención en relación con los germanos debe de hacer referencia a los caudillos de los distintos clanes de parentesco.

107. *Princeps ciuitatis*: prefiero traducir como el señor o principal de la ciudad o tribu a "príncipe", dado que había varios. En realidad, sería la forma genérica de llamar a los nobles. El léxico político es variado, como se ve: *reges*, *duces*, *principes*, *patres*, *proceres*, incluso *sacerdotes*...

sus relinchos y los sonidos que producen. [5] Ningún otro auspicio tiene más crédito, no solo entre el pueblo llano, sino entre los próceres y los sacerdotes: si ellos son los ministros de los dioses, piensan, aquellos son sus confidentes. Otro procedimiento para los auspicios, con el cual intentan saber el resultado de las guerras más importantes es [6] cautivar en cualquier forma a un guerrero del pueblo con el que están en guerra y hacerle combatir con uno escogido de los suyos, cada cual con las armas características de su tribu: la victoria de uno o de otro se acepta como premonitoria.

11 Los caudillos deciden sobre los asuntos menores, y sobre los mayores todos[108], aunque sobre lo que debe tratar la plebe es tratado previamente por los señores. [2] Se reúnen[109], si no ocurre nada imprevisto o fortuito, en ciertos días, en la luna nueva o en la luna llena; y es que creen que son los momentos más adecuados para emprender sus asuntos. No numeran los días, como nosotros, sino que computan las noches, y de esta forma fijan y arreglan sus negocios, como si la noche condujese al día[110]. [3] De la libertad que tienen proviene un escollo, consistente en que no se reúnen todos al tiempo ni cuando se les convoca, sino que pierden dos y hasta tres días por el retraso de los llamados[111]. [4] Cuando al pueblo le place, se reúnen armados[112]. El silencio es impuesto

108. Habría, pues, dos asambleas, la de los caudillos, restringida por nobiliaria, y la del pueblo, en oposición a lo que ocurría en Roma, donde la restringida, el Senado, era pasada por alto o airada directamente por el príncipe, y donde la popular hacía ya tiempo, más de un siglo, que había dejado de contar políticamente.

109. Comienza la exposición tacitea sobre las asambleas o concilios germanos. Tenían los siguientes atributos: decidir sobre asuntos de estado (11.3-6), constituirse en Tribunal Mayor de Justicia (12.1-2), elegir a los jueces y a sus consejos del ciento (12.3), e investir a los jóvenes con las armas, símbolo de ciudadanía (13.1). Su funcionamiento va explicado en los parágrafos 11-14.

110. De hecho, así lo creemos nosotros también, desde el momento en que el día comienza a las 0 horas de la noche.

111. Ello se debe a que estarían convocados todos los miembros de la tribu, algunos muy distantes en sus lugares de residencia del de reunión.

112. Es el símbolo de la ciudadanía (*Germ*. 13.1). La importancia de la frámea queda así resaltada. También la del escudo, cuya pérdida en batalla es un des-

por los sacerdotes, que en estas ocasionen tienen poder coercitivo. [5] A continuación, el rey o el señor, en relación a su edad, nobleza, valentía en la guerra, o riqueza, es oído más por su autoridad[113] que por su poder para obligar. [6] Si su discurso desagrada, lo rechazan ruidosamente[114]; si place al auditorio, agitan sus frámeas: alabar con las armas constituye el consenso más honorable[115].

12 En la asamblea o concilio es lícito también acusar y pleitear sobre delitos capitales. La diferencia en la pena depende de la calidad del delito: a los traidores y desertores los cuelgan de los árboles; a los cobardes, malos guerreros y a los de cuerpo deshonesto los sumergen en el cieno de los pantanos y les echan por encima cañas[116]. [2] La diversidad de las penas tiene por objeto mostrar la expiación de todos los crímenes y ocultar, en cambio, algunos actos vergonzosos. También los delitos leves tienen castigos adecuados[117]; los convictos son multados con la entrega de caballos o de ganado menor. Parte de la multa es para el rey, y parte para la comunidad; parte, para el demandante o para sus parientes[118]. [3] En los mismos concilios son elegidos los jueces[119] que

---

honor (*Germ*. 6.6), y sobre el que se elige y ensalza al príncipe o rey de una tribu (como en el caso de Brinón, caudillo de los caninefates en la época de la revuelta bátava de Civil: *Hist*. 4.15.2).

113. *Auctoritas*, ascendiente moral basado en la *dignitas* y el *honos*, en el prestigio que emana de la propia persona, relacionado, las más de las veces, con el recuerdo de sus antepasados y con el de sus propias acciones.

114. Otra vez el tema de los alaridos, cuya importancia en la cultura germana parece evidente.

115. De nuevo, las armas como símbolo de ciudadanía y de honor.

116. De hecho, en todo el Norte de Europa y en Gran Bretaña son decenas los cuerpos humanos encontrados en el cieno, conservados casi intactos por el ambiente anaerobio propio del barro.

117. Parece Tácito alabar la dureza de las penas impuestas por los germanos, lo cual podría interpretarse como una crítica a la pérdida del *mos maiorum* romano al respecto, con la relajación de las costumbres judiciales.

118. En Roma no había casi diferencia entre el tesoro privado del emperador y el público, contra lo que Tácito se manifestaría repetidas veces en los *Anales*.

119. *eliguntur in isdem consiliis et principes qui iura... reddunt*. Es de difícil interpretación. Requejo, pág. 122, traduce: “en las mismas asambleas se eligen

imparten justicia en los distritos y aldeas, asistidos cada uno de ellos con su consejo y autoridad por cien hombres del común[120].

13 No hacen nada, sea cosa pública o privada, sin sus armas. Pero nadie las toma antes de que, según su costumbre, la ciudad le haya considerado digno de llevarlas. Entonces, en el mismo concilio, alguno de los nobles, o el padre, o sus parientes, arman al joven con el escudo y la frámea; esta es para ellos su toga, este el primer honor para su juventud[121]. Antes de esto, se les veía como parte de la casa, ahora, de la colectividad. [2] La distinción de la nobleza o los grandes méritos de sus padres otorgan, incluso a los jovencillos, el aprecio del señor[122]; se juntan con otros más robustos y de mayor experiencia, y no se avergüenzan de que les vean en su comitiva[123]. [3] Esta tiene también sus grados, de acuerdo con el juicio de aquel a quien siguen; la rivalidad entre los seguidores es grande por conseguir el primer lugar ante el noble, y no menor

---

ciertos dignatarios, que imparten justicia...”; según él, sería la asamblea quien nombraba a los *principes*, una de cuyas funciones, dicho sea de paso, parece querer decir la traducción, era la de impartir justicia. Yo interpreto la oración de distinta manera: entre los *principes* o nobles, el concejo o asamblea elegía a los que iban a impartir justicia, a los jueces: la función o mandato, la magistratura, la otorgaba la asamblea, pero el orden, el estamento que detentaba el monopolio de ser elegible para tal función era el de los nobles. De esta forma, paralela a lo que ocurría en Roma, creo se debe interpretar el párrafo: los germanos no eran hombres igualitarios y demócratas que elegían a sus nobles; solo podían decidir cuál de ellos podría hacer de juez.

120. Es decir, los tribunales de justicia estarían presididos por un noble y formarían parte de ellos una representación popular.

121. Es la formulación de la importancia dada a las armas.

122. Esto es, solo los hijos de nobles o de personas de mérito serían considerados dignos del aprecio, de la protección otorgada por un noble: es un antecedente claro del feudalismo de origen germánico en el que un señor protegía a un joven de buena cuna a cambio de sus servicios militares.

123. El sentido debe ser que los jóvenes nobles se unían a la comitiva del señor, en donde figuraban jóvenes fornidos y de mayor experiencia, aunque plebeyos: el verbo *adgregantur* debe referirse a *principis*, no a *ceteris robustioribus*. Me pregunto si el origen de la posible vergüenza que, al parecer de Tácito, deberían sentir los jóvenes no era la sospecha de proselitismo o de amor homosexual,

entre los nobles por conseguir más y mejores seguidores para su comitiva. [4] Y es que esta es su dignidad, esta es su fuerza: estar siempre rodeados por un gran número de jóvenes escogidos, lo cual constituye un honor en la paz y un apoyo en la guerra[124]. Y el que sobresale por el número y el valor de sus seguidores mantiene esa gloria y fama, no solo en su propia tribu, sino entre las vecinas; se les solicita para las embajadas y se les honra con riquezas, y muchas veces ganan las guerras con su sola fama[125].

---

inclinación a la que pienso no era del todo ajeno el propio Tácito. En efecto, las menciones a hombres "bellos" en su obra (Silio, *iuuentutis Romanae pulcherrimum*, *Ann*. 11.12.2; Traulo Montano, *modesta iuuenta*, *sed corpore insigni*, *Ann*. 11.36.3) son más creíbles y, por decirlo así, "fogosas", que las menciones a "bellas". Los propios jóvenes germanos son alabados en forma que no deja lugar a duda en, entre otros pasajes, *Hist*. 4.14.1: "(los funcionarios de alistamiento romanos) a los adolescentes que descollaban por su belleza, y la verdad es que la mayoría de los chicos ya tienen una talla muy esbelta, les echaban mano para corromperlos". Quizá el propio Tácito lo sabía de primera mano, si es verdad que estuvo en la Galia Bélgica. Sobre el tema de su posible homosexualidad se han manifestado de igual manera B. Baldwin, «Women in Tacitus», *Prudentia* 4, 1972, pp. 83-101, esp. pp. 87-88; y J. Lucas, *Les obsessions de Tacite*, Leiden, 1974, en toda la obra.

124. Los propios emperadores romanos se valieron de esta costumbre y de la inquebrantable lealtad de estos jóvenes al adoptar este hábito de las comitivas, formando verdaderas guardias personales de germanos a su alrededor, como la que estuvo a punto de evitar el asesinato de Calígula.

125. En realidad, el número de los seguidores de un noble era la prueba o muestra de su importancia económica y militar. La propia literatura medieval refleja la importancia concedida a los seguidores de los príncipes y caballeros cuando, con minuciosidad sorprendente, detalla el número y calidad de los acompañantes de estos personajes en sus visitas a castillos, torneos y justas. La más antigua mención a un seguidor de un noble en la literatura medieval alemana es la del *Cantar de Hildenbrand*, hallado en un manuscrito del siglo IX en Fulda (curiosamente, en el lugar y la época en que se copió el manuscrito de la *Germania*), en el que el protagonista sería un seguidor del rey Dietrich (Teodorico), según lo que he podido leer en el libro de J. L. Borges, *Antiguas literaturas germánicas*, México, 1951, pp. 139-140. En otro poema del siglo IX, el *Heliand*, los apóstoles eran los guerreros de la comitiva de Cristo, el príncipe, según el libro citado, pág.

14 En la batalla es una vergüenza para el señor ver su valor superado, y para los seguidores no adecuarse al del señor. Pero lo realmente infame para ellos es retirarse del combate sobreviviendo al mismo[126]: defenderle, protegerle y añadir las propias gestas a su gloria es el principal deber. Y es que los señores luchan por la victoria, y sus seguidores, por su caudillo[127]. [2] Si la tribu en la que nacieron se embota por la larga paz y el ocio, gran parte de los jóvenes nobles buscan a otros pueblos que se encuentren en guerra, ya que para esta gente es enojosa la inacción y pueden destacar más fácilmente en los peligros, aparte del hecho de que no se puede mantener una gran comitiva sin guerras ni acciones bélicas[128]; [3] en efecto, piden y obtienen de la liberalidad de su señor aquel famoso caballo de guerra o aquella conocida frámea cruenta y vencedora[129]. Su soldada no son sino unas abundantes, aunque mal preparadas, comilonas. La fuente de esta munificencia la obtienen de las guerras y rapiñas. [4] No se les puede persuadir para que aren la tierra o esperen la cosecha tan fácilmente como para que provoquen al enemigo o se expongan al peligro: y es que les parece cobarde y blando adquirir con sudor lo que puede conseguirse con sangre[130].

15 Cuando no se ocupan de las guerras, cazan un poco, pero pasan más tiempo en el ocio absoluto, dedicados a dormir y a comer: los

---

144. Las relaciones feudovasalláticas son la base temática del más importante cantar germánico, el *Poema de los Nibelungos*, del siglo XII, según J. M. Mínguez Sender, *Los Nibelungos*, Madrid, 2009, pp. 8-9.

126. En su campaña del año 15 d. C., Germánico dijo de los germanos que "huyen sin vergüenza por su infamia, sin cuidarse de sus jefes", lo que refleja un insulto a sus enemigos que, en su mentalidad, consideraban esta cobardía como el más grave deshonor.

127. De ahí la proverbial desunión de los germanos y la causa de su debilidad frente a Roma.

128. Tácito nos dice, de pasada, que no se podrían mantener esas comitivas de guerreros si no se recurría a la violencia de guerras y saqueos, o a las correrías y *razzias*, como la de los catos por el curso medio del Rin en el año 49 (*Ann*. 12.27.2).

129. Otra vez, la importancia de las armas en la mentalidad germana.

130. Es una exageración tacitea, dado que en el siguiente pasaje se admite que cultivaban los campos.

más valientes y belicosos no hacen nada, delegando su hacienda, sus penates y sus campos en las mujeres, los ancianos y los más débiles de su familia, mientras ellos huelgan; admirable mutabilidad de carácter, que lleva a los mismos hombres a amar el ocio y odiar la paz[131]. [2] Las comunidades tienen por costumbre llevar, de grado y voluntariamente, a los señores algún animal o vegetal, lo cual es recibido como honor que se les hace y que, de paso, cubre sus necesidades[132]. [3] Les gustan, en todo caso, los dones de las tribus vecinas, que les son enviados no solo a título individual, sino también oficial[133]: caballos elegidos, armas magníficas[134], jaeces y torques; ahora les hemos enseñado también a recibir dinero[135].

16 Es sabido que las tribus germanas no habitan ciudades, como nosotros, y ni siquiera aguantan que sus casas estén juntas unas a otras. Dispersos y separados, viven en donde una fuente, un campo o un bosquecillo les place[136]. [2] Colocan sus casas no según nuestra costumbre de edificaciones juntas y anexas: la casa de cada uno de ellos tiene un espacio libre alrededor, bien como prevención ante un caso de incendio, bien por desconocimiento del arte de edificar[137]. [3] No usan de mampos-

---

131. En realidad, la paz era un obstáculo para el ocio, por cuanto no les proporcionaba oportunidades para lograr los bienes necesarios para no hacer nada.
132. Es decir, tributos de carácter feudal.
133. Eran impuestos de sumisión o tributos y muestras de vasallaje o alianza.
134. *magn<ific>a arma*. La restitución es de Meiser, ya que en los Códices figura como magna.
135. Ironía de Tácito: se refiere a la costumbre romana de sobornar a los enemigos.
136. Su hábitat es, pues, disperso, como ocurre en ciertas zonas de Galicia, debido a la disposición del terreno: cada casa constituía una unidad económica prácticamente autosuficiente, en la que solo se reservaba lo mínimo para el intercambio. Nótese la simplificación romántica de Tácito, que considera que la causa de esta dispersión era el gusto germano por los paisajes.
137. Otra incomprensión de Tácito; aquí se refiere, probablemente, a las poblaciones germanas, aldeas y pequeñas ciudades, en donde, como ocurre aún en gran parte de la Alemania rural, las casas no forman manzanas, sino que son unifamiliares y están rodeadas de jardines y huertas varias: es una traslación al medio urbano de su hábitat campesino, y no se debe ello a su prevención anti

tería o de tejas; utilizan para todo una materia informe, sin pretensiones estéticas o decorativas. Solo cubren algunos lugares con un estuco que, de puro y brillante que es, asemeja pintura y dibujos de colorines. [4] Suelen excavar subterráneos[138] sobre los que ponen estiércol en gran cantidad, lo que constituye un buen refugio para el invierno y un almacén para las cosechas, dado que este tipo de lugares suaviza el rigor de los fríos. Si alguna vez llega el enemigo, saquea lo que está a la vista, pero lo oculto y enterrado o lo ignoran o el hecho de tener que buscarlo es la causa de que no lo encuentren[139].

17 Su vestido habitual es un sayo sujeto con una hebilla o con una púa: sin otro abrigo, se pasan el día bajo techo, al amor del hogar. Los muy ricos se distinguen por su vestimenta, que no es flotante como la de los sármatas y partos, sino tan ceñida y ajustada que se les adivinan todos sus miembros[140] [2] Llevan además pieles de animales, negligentemente los ribereños[141], y de forma más esmerada los del interior, ya que no obtienen por comercio ningún otro tipo de atavío. Eligen a ciertos animales y entremezclan sus pieles con las de otras bestias que proceden del Océano exterior y su desconocido mar[142]. [3] No es diferente la indumentaria de las mujeres de la de los hombres, salvo que ellas van cubiertas a menudo con mantos de lino adornados con algunas franjas de color púrpura: la parte superior de tal vestido no termina en mangas, sino que deja al descubierto el antebrazo, el brazo y también la parte más

---

incendios, o a su inhabilidad como albañiles.

138. La práctica de excavar almacenes subterráneos está muy extendida por toda la Europa húmeda, y los propios itálicos no son ajenos a ella. La importancia de tales cuevas viene bien reflejada en la literatura germánica, en la que trolls, duendes, enanos y gnomos viven en este tipo de lugares.

139. Es decir, la pérdida de tiempo que la búsqueda de un almacén les comportaría no va bien con la noción de"razzia", en la que la rapidez de la huida es factor importante del éxito de la correría.

140. Lo que daría lugar a las medievales calzas.

141. Los de la orilla del Rin.

142. Probablemente, utilizaban pieles de foca y morsa, o de nutrias marinas y este tipo de mamíferos tan habitual en las costas de Europa tiempo ha, incluso en las españolas, y desaparecidos por la innata avaricia y deseo de posesión del

próxima al pecho[143].

18 Sin embargo, los matrimonios son allí severos, y no se podría alabar más parte alguna de sus costumbres. En efecto, son casi los únicos bárbaros que se contentan con una sola esposa, excepto unos pocos que se ven cercados por muchas nupcias[144], y no por su pasión amorosa, sino por su nobleza. [2] No es la mujer la que da la dote al marido, sino este a la mujer[145]. En la ceremonia se interponen los padres y parientes, que dan su aprobación a estos presentes, regalos que no son para deleite femenil ni para usarse como adorno por la recién casada, sino que consisten en bueyes, un caballo enjaezado, y un escudo con una frámea y una espada. [3] Con estos presentes se acepta a la mujer[146], la cual, a cambio, regala a su hombre algunas armas: consideran que este es el mayor vínculo, estos los arcanos sagrados, estos los dioses del matrimonio[147]. [4] Y para que la mujer no se piense ajena al valor de la milicia y a sus avatares, bajo estos mismos e incipientes augurios del matrimonio se le advierte de que pasa a ser compañera de trabajos y peligros, y de que ha de soportar y arriesgar los mismo, tanto en la paz como en la

---

ser humano.

143. La descripción de Tácito de un tan sencillo ropaje femenil quizá sirva para comparar y criticar la moda romana, tan compleja y extravagante como cara e inadecuada a los ojos del moralista estrecho.

144. El sentido de *ambiuntur* es, etimológicamente, “ser cercado o rodeado”. Conservo esta acepción por lo gráfico, dado que, como se comprenderá, lo que Tácito quiere decir es que muchas mujeres “ambicionan” contraer nupcias con los nobles.

145. En realidad, y como Tácito afirma más abajo, ambos cónyuges llevaban una dote al matrimonio.

146. Queda claro, pues, que eran los parientes del marido los que intervenían en la ceremonia y, con la simple fórmula de aceptar o no los presentes de la novia, daban curso legal o no a este nuevo matrimonio. Los sacerdotes no aparecen por ningún sitio.

147. Ya hemos llamado la atención sobre la importancia de las armas en la mentalidad germana; aquí aparecen como parte importante de las dotes matrimoniales y, más aún, como concreción de los vínculos matrimoniales, con un significado religioso como arcanos sagrados y dioses tutelares del casorio. A ello hay que unir su conocida importancia como símbolos de ciudadanía.

guerra[148]: esto es lo que significan los bueyes, el caballo enjaezado y las armas dadas. Así han de vivir, así han de parir: lo que aceptan para ellas han de entregarlo intacto y cuidado a sus hijos, para que sus nueras lo reciban y vaya a parar luego a sus nietos.

19 Practican, pues, el recato, sin corromperse por los atractivos de los espectáculos o por las tentaciones de los banquetes. Tanto los hombres como las mujeres ignoran la costumbre de las cartas a escondidas[149]. [2] Los adulterios son, tratándose de un pueblo tan numeroso, poquísimos, y sus castigos inmediatos y potestad de los maridos[150]: expulsan de la casa del marido a la culpable, en presencia de los parientes[151], desnuda y con las trenzas cortadas, y la flagelan por todo el poblado. No hay perdón alguno para su honestidad corrupta; no conseguirá un marido ni valiéndose de su belleza, ni de su juventud, ni de sus riquezas[152]. [3] A nadie divierten allí los vicios, y no llaman "moda" a corromper o ser corrompido[153]. Mejores aún son esas tribus en que solo se casan las

148. De ahí la actitud, ya vista, de muchas mujeres que permanecen junto a sus maridos en la batalla, cuidando de sus heridas. Así ocurrió en una de las batallas dadas por Civil, el líder de la rebelión bátava del año 69, cuando "ordena que su propia madre y hermanas, así como las esposas e hijos pequeños de todos, se coloquen a sus espaldas como acicate para la victoria o motivo de vergüenza en la derrota" (*Hist*. 4.18.2).

149. Es decir, el intercambio de billetes y mensajes amorosos, base, en el sentir de Tácito, de los adulterios y la vida disoluta de Roma.

150. Tácito añora los tiempos en que el esposo romano podía, incluso, disponer de la vida de su mujer ante su adulterio.

151. Vimos anteriormente que los parientes eran los testigos y oficiantes del matrimonio, y aquí aparecen como parte importante del "divorcio" o expulsión de la adúltera. Nada se sabe de qué le pasaba al adúltero, aunque parece que quedaba sin castigo. Y es que, según E. Torrego Salcedo, «El adulterio femenino en los Anales de Tácito», en E. Garrido, *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, 1986, pp. 289-297, Tácito tendía a culpar del adulterio a las mujeres, y no siempre por motivos del amor.

152. En Roma eran multitud, si creemos a Plinio y otros autores como Juvenal, las mujeres de la buena sociedad que volvían a casarse tras sus adulterio y divorcios, valiéndose más de sus prendas pecuniarias que de las personales.

153. Tácito cree que la sociedad romana encontraba más divertido y acorde con

vírgenes, quienes juntan en un solo momento deseo y matrimonio. [4] Reciben un solo marido, un solo cuerpo y una sola vida, de tal manera que no habrá lugar en ellas para otro pensamiento u otro deseo posterior, y para que no solo amen al marido como marido, sino como al matrimonio mismo. [5] Fijar de antemano el número de hijos o matar a un agnado[154] se considera criminal, y más valen allí las buenas costumbres que aquí las leyes buenas[155].

20 En cualquier casa, los hijos crecen desnudos y sucios hasta que forman esos miembros y ese cuerpo que nos admiran[156]. Cada madre cría a su prole a sus propios pechos, y no la deja en manos de esclavas o nodrizas[157]. [2] No podrás distinguir al amo del criado por las excelencias de la educación[158]: viven entre los mismos ganados y en el

---

los tempos el libertinaje que la moderación y el recato, que él y otros autores asignaban a los tiempos heroicos de la República. Esto lo hacían más por añoranza política de aquel sistema de gobierno que por considerar que «todo tiempo pasado fue mejor».

154. Hijo nacido después de haber testado el padre. En Roma se le mataba o exponía a la intemperie porque su nacimiento dejaba sin efecto el testamento, y daba lugar a posibles causas legales y trifulcas familiares.

155. Se refiere a la Ley Papia-Popea de época de Augusto. La tradución exacta sería «que en otros lugares las buenas leyes», pero he preferido traducir *alibi* como "aquí" para subrayar el sentido moralista de la alusión a Roma.

156. Ya hemos dicho algo sobre la "admiración" de Tácito por los cuerpos de los germanos. En todo caso, esta es una de las simplificaciones que más han sido esgrimidas por literatos y estudiosos para calificar a la *Germania* de Tácito como obra romántica. En efecto, la imagen de "buen salvaje" que de este capítulo se obtiene es notable y recuerda la obra de Rousseau.

157. El pensamiento de Tácito se manifiesta aquí con total claridad a favor de esta práctica germana. Nuestro autor critica la costumbre romana de las nodrizas, como queda claro también en el *Diálogo de los oradores* 28-29: «antaño, los hijos nacidos de madre honrada no se criaban en el cuartucho de una nodriza alquilada, sino en el regazo y en el seno de su propia madre. […] Pero ahora, el niño recién nacido se entrega a cualquier criadilla griega […] me da la impresión de que se contraen casi en el vientre de la madre los vicios exclusivos de esta ciudad».

158. Aunque aquí se mencione esta característica de forma admirativa, en el pa-

mismo fango hasta que la edad separa a los hombres libres, y su valor los distingue. [3] El deseo sexual se manifiesta tarde en los jóvenes, por lo que su pubertad transcurre intacta[159]; tampoco es muy precoz en las vírgenes, que tienen la misma tersura y similar desarrollo: como son parejas en edad y vigor al marido, sus hijos reproducen la robustez de ambos. [4] Los hijos de las hermanas son honrados del mismo modo por su tío que por su propio padre[160]. Algunos creen que este nexo sanguíneo es más sagrado y prieto y lo exigen al aceptar rehenes, porque piensan que ata más fuertemente el ánimo y afecta a una mayor parte del clan. [5] En todo caso, los herederos y sucesores son los hijos de cada uno[161], y no hay

---

saje del Diálogo mencionado en la nota anterior se critica la vulgaridad de los niños romanos y su semejanza en modales y hablar al de los criados y esclavos.

159. Esto me parece extraño entre críos y jovenzuelos que se crían revueltos en el suelo. Es un clara idealización de Tácito que demuestra el tono romántico y moralista de su librito, como apuntó con su habitual precisión J. Caro Baroja, citado, pág. 212.

160. Se ha interpretado esta frase como rasgo de "matriarcado" en la sociedad germana. En realidad, es un ejemplo de lo que los antropólogos llaman "avunculado". En el texto taciteo se observa que los hijos de las hermanas de un hombre (tío materno) son para él lo mismo que para su padre legítimo (su cuñado). La autoridad en esta sociedad la ostentaba el padre, con lo que este avunculado ha de asociarse con un régimen patrilineal. Esta idea viene reforzada por el hecho, ya comentado por Tácito, de que heredaban los hijos, no los sobrinos maternos. En una sociedad agrícola y ganadera como la germana, este régimen es el más habitual, como demuestran estudios etnográficos como el *Atlas etnográfico* de Murdock. Según Lévi-Strauss, el avunculado en una sociedad patrilineal refleja una pervivencia de matrilinealidad. Pero, en todo caso, no hay referencia al poder (como la alusión a "matriarcado" hace prever), pues en ambos sistemas lineales son los hombres quienes ejercen el control de acceso a las mujeres: en el régimen matrilineal, la autoridad pasa al hermano de la mujer y al tío materno, y en el patrilineal, pasa al padre y al marido. En definitiva, el avunculado que presenta Tácito parece ser una pervivencia de la época pre-familiar y corresponde a un sistema de parentesco patrilineal, patrilocal y, en fin, patriarcal, sistemas propios de sociedades agrícolas y ganaderas como la germana.

161. Excepto entre los ténteros, pueblo en que no heredan los hijos primogénitos, sino aquellos que más destaquen en la guerra, según dice Tácito más adelante: *Germ*. 32.4.

testamento[162]. Si no hay hijos, los grados más próximos en la sucesión son los hermanos, los tíos paternos y los tíos maternos[163]. Cuanto mayor es el número y afinidad de los parientes, tanto mejor atendidos están en su vejez; la falta de los mismos no tiene ninguna ventaja.

21 Es necesario asumir tanto las enemistades del padre o de los parientes, cuanto sus amistades[164]. Pero no insisten en su implacabilidad, pues hasta el homicidio puede resolverse con un cierto número de cabezas de ganado menor y mayor, y el clan se da por satisfecho, lo cual es de total provecho público, pues las enemistades son más peligrosas aún en un régimen de libertad. [2] Ninguna otra nación se entrega más efusivamente a convites y a las relaciones de la hospitalidad[165]. Creen que es impío negarle el techo a cualquier ser humano. Cada cual le acoge con la mesa puesta según su fortuna; cuando esta ya no basta, el que otorgó su hospitalidad acompaña al huésped a buscar a otro protector, llegándose a la más próxima granja sin ser invitados. [3] No importa: son aceptados con la misma humanidad. Nadie diferencia en las reglas de la hospitalidad al conocido del extraño. Es costumbre conceder a quien se

---

162. En este caso, la alusión a hijos "agnados" del 19.5 es una traspolación de Tácito, pues no puede haber agnados si no escriben testamentos.

163. Otra pervivencia de matrilinealidad, pero estos tíos maternos están ya muy alejados en la línea hereditaria.

164. Es el origen de las interminables *vendettas* germanas, que pueden reconocerse, por ejemplo, en la historia altomedieval de francos, visigodos, lombardos, o de otros pueblos germanos.

165. Las relaciones de hospitalidad son consideradas por antropólogos e historiadores de la Antigüedad como la forma más común de comercio en las sociedades aldeanas denominadas "Jefaturas". En efecto, so color de visitas de cumplido a una granja vecina, se intercambiaban productos, de manera también soterrada, bajo el aspecto de regalos. Es el comercio de "don y contradon", atestiguado por la etnología en multitud de pueblos y sociedades preestatales. Es curioso comprobar que, tanto estos antropólogos que han acuñado el término de "Jefaturas", como Karl Marx en su concepto de "modo de producción germánido", han utilizado la *Germania* de Tácito como modelo teórico fundamental. Véase al respecto a J. L. Posadas, «Los conceptos de Modo de Producción y de Jefatura como instrumentos de análisis etnohistórico», en S. Castillo, *La Historia Social en España*, Madrid, 1992, pp. 179-182.

va lo que pida y, a cambio, la misma posibilidad existe de pedirle cualquier cosa[166]. Les gustan los regalos, pero no tienen en mucho lo que dan ni se sienten obligados por lo que reciben[167].

22 Nada más salir del sueño, que prolongan a lo largo de gran parte del día, se lavan con agua generalmente caliente, como suelen hacer donde el invierno es largo[168]. Una vez lavados, toman sus alimentos; cada uno tiene sitios separados y su propia mesa. Después acuden a sus ocupaciones completamente armados, lo cual hacen también, frecuentemente, a los banquetes. [2] No hay deshonra alguna en pasarse el día y la noche bebiendo continuamente. Las peleas, como ocurre entre los dados al vino[169], terminan pocas veces con insultos, y más a menudo con heridas o muertes. [3] Pero en estos banquetes también discuten sobre la reconciliación de los enemigos personales[170], sobre las alianzas de clan, sobre la elección de los príncipes y sobre la paz y la guerra, porque

166. Esta es la verdadera base y motivo de esta costumbre de la hospitalidad: el intercambio de regalos o, más claro aún, el comercio soterrado. Esta declaración de Tácito no pierde ni valor ni fuerza con la frase siguiente.

167. Algunas ediciones críticas añaden la frase *Uictus inter hospites comis*, no tacitea, porque aparece en los códices Vaticanus 1862, Leidensis y Aesinas, pero no la incorporan a sus traducciones.

168. Esto acaba con la idea generalmente admitida de que los bárbaros eran desaseados y malolientes. Dada la frecuencia de sus abluciones y el interés, casi admiración, de Tácito hacia estas costumbres por demás sanas, parece que establece un género de comparación entre germanos y romanos, más civilizados y, por tanto, demasiado dados al uso y abuso de perfumes, afeites y aromas creados para ocultar la falta de aseo.

169. *Uinolentos*. Es curioso que un poco más adelante, Tácito afirme que lo que bebían era una especie de cerveza, y que solo los ribereños del Rin bebían vino, comprado a mercaderes romanos. Quizá esta frase revele el conocimiento directo de Tácito, o a través de informadores romanos, de estas riñas de bebedores de vino de los germanos del Rin. Al vivir casi entre romanos, podrían haber sido una fuente directa, o indirecta a través de mercaderes y oficiales, para un Tácito destinado en la Galia Bélgica o en la propia Roma.

170. Habíamos leído previamente que se podía saldar un asesinato con la entrega de unas cuantas cabezas de ganado; ahora parece que estos arreglos se pactaban en los banquetes.

en ningún otro momento está el ánimo más preparado para la sinceridad o más enardecido para la transcendencia[171]. [4] Pueblo falto de astucia y carente de disimulo, abre aún más su corazón por la licencia del lugar; la mente de todos permanece abierta y sin máscaras. Se continúa al día siguiente, y las reglas de cada momento se conservan; deliberan cuando no saben fingir, deciden cuando no pueden errar.

23 Beben un líquido que obtienen de la fermentación de la cebada o del trigo, con alguna similitud al vino[172]. Los ribereños compran también vino[173]. Son simples en sus comidas: frutos silvestres, caza fresca y leche cuajada[174]; se quitan el hambre sin etiqueta y sin finuras. No tienen igual temperancia a la hora de apagar la sed. [2] Si favorecieses su afición a la borrachera suministrándoles cuando deseen, serían vencidos por esos vicios no menos fácilmente que por las armas[175].

24 La forma de espectáculo que tienen es una sola y común a todas las reuniones: unos jóvenes desnudos, para los que esto es una diversión, se arrojan de un salto entre espadas y frámeas amenazantes[176].

---

171. Los banquetes solían ocurrir antes o después de los concilios populares: quizá eran esas reuniones de nobles preparatorias de los concilios de los que algo se dice en *Germ*. 11.1.

172. Interesante referencia a la cerveza.

173. Su afición al vino fue la causa de un próspero comercio romano en la zona, como atestiguan las vasijas y ánforas encontradas en todo el curso del Rin, incluso en el lado no romano.

174. No menos interesante referencia a una especie de yogur.

175. Esta frase en segunda persona, hasta ahora no muy comentada por los exégetas, *si indulseris ebrietati suggerendo quantum concupiscunt, haud minus facile uitiis quam armis uincentur*, parece estar dirigida a alguien en particular. Me pregunto si en ella no se encierra la clave temática de este libro: una *suasoria* de política exterior, es decir, un consejo a Trajano sobre la política a seguir con los germanos, acompañado de un extenso informe sobre sus costumbres.

176. No parece tratarse de una especie de "danza de la espada", como anota Requejo en su traducción ya citada, pág. 129, nª 32, sino de una prueba de valor, algo así como nuestras luchas de palos, o los paseos sobre brasas: son danzas simbólicas y festivas, de carácter guerrero y taumatúrgico. Sobre el tema he consultado el artículo de F. Tejada, «Danza», en A. Aguirre, *Diccionario temático de antropología*, Barcelona, 1988, pp. 226-232.

[2] Su práctica les ha dado perfección, y la perfección belleza; pero no lo hacen por lucro o por obtener algún favor[177]: lograr el placer de los que les miran es el mejor premio a su lascivia, por peligrosa que sea[178]. [3] Practican, sobrios y serios, los juegos de azar de tal forma y temeridad, tanto en el ganar como en el perder, que, cuando no les queda nada que apostar, se juegan su libertad y su propia persona en un último y extremo acto. [4] El vencido se da a una voluntaria esclavitud[179]. Aunque sea más joven y más robusto, se deja atar y vender: tal es su obstinación en este depravado asunto, aunque ellos lo llaman fidelidad a la palabra. Venden a los esclavos así adquiridos, y de esta forma se libran de la vergüenza por la consecuencia de su victoria.

25 Los otros esclavos no son utilizados, según es nuestra costumbre, con unas funciones domésticas fijas, pues cada cual rige sus casas y sus penates: el señor les impone una carga e trigo, ganado o vestidos, como si se tratara de colonos, y el siervo acata este tributo. Las demás tareas de la casa las realizan la mujer y los hijos[180]. [2] Es raro que se azote a un esclavo, se le pongan cadenas o se les someta a trabajos pesados[181]. Suelen matarlos, no para imponer la disciplina o

177. Tácito compara aquí a estos danzarines con los bailarines y pantomimos de la Roma de su tiempo, los cuales se metían en el ánimo de ricos y ricas, incluso de la casa imperial, logrando cuanto deseaban a cambio del libre acceso a sus prendas físicas.

178. *Lasciuia pretium est*: Con esta frase se refuerza lo sostenido en la nota anterior. Los movimientos de esos jóvenes desnudos, sumados a la excitación de la bebida y el ambiente festivo, no debían ser del todo inocentes. Por otra parte, Tácito es aquí tradicionalista y no deja de censurar la danza, tachándola de algo lascivo.

179. No debía de admirar mucho esto a los romanos, entre los que la esclavitud por deudas (y lo de los germanos no dejan de ser deudas de juego), estaba a la orden del día y era aceptado como práctica legítima, aunque triste.

180. Esta frase es equívoca, pues no se aclara si se refiere a la familia del esclavo o a la del señor. Es probable que sea la del señor.

181. La tortura de los esclavos era práctica habitual en la Roma del siglo I, sobre todo en los juicios, para conseguir pruebas incriminatorias, según P. A. Brunt, «Evidence given under torture in the Principate», *ZRG* 97, 1981, pp. 256-265. No hay aquí crítica de Tácito, ya que nuestro autor, como romano que era, no

por rigurosidad, sino de forma impetuosa e iracunda, como se hace con un enemigo personal, aunque en este caso hay total impunidad. [3] Los libertos no están muy por encima de los esclavos: es raro que alguno adquiera influencia en la vida privada, y nunca lo hacen en la pública[182], excepto entre aquellas tribus en la que hay reyes: allí están por encima incluso de los hombres libres y de los nobles; entre el resto de las tribus, la inferioridad de los libertos es muestra de su libertad[183].

26 No conocen el ejercicio del préstamo o de su aumento hasta la usura, y esto es más útil que prohibirlo[184]. Según el número de los agricultores, se turnan en la posesión del campo cultivable, que se reparten

---

desaprobaba la tortura de los esclavos, siempre y cuando fuera a favor del señor, como se ve en *Hist*. 1.3.1. Véase al respecto a J. L. Posadas, «La tortura en los historiadores romanos: Salustio, Tácito y Suetonio», en G. Bravo-R. González Salinero, *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, 2007, pp. 57-68, esp. pág. 65.

182. Tácito critica aquí la influencia de los libertos imperiales sobre algunos emperadores romanos, como hará más tarde en los *Anales*, al referirse a los libertos de Claudio y Nerón, auténticos ministros plenipotenciarios del emperador.

183. Para un individuo perteneciente a una sociedad de castas u órdenes como la romana, era impensable la igualdad entre personas de diferentes estamentos. Y, como senador, Tácito añora aquí la *libertas* republicana, con la que se alimentaba la acción deliberativa y gubernativa de su orden, por lo que asimila la imparidad de los libertos entre los germanos a la situación existente en Roma cuando había *libertas*. La traducción, sin comprender bien el concepto senatorial de *libertas*, puede quedarse un poco coja, dado que nuestro actual concepto de libertad es igualitario y solidario, proveniente del lema de la revolución francesa. Para los romanos, empero, la defensa de la libertad presupongía la defensa de la imparidad, de un *statu quo* que mantenía a los senadores en el vértice de la pirámide e impedía a los esclavos y a los libertos el ascenso social.

184. Los senadores romanos, desde el siglo III a. C., habían luchado contra el enriquecimiento de ciertos personajes mediante la usura, por razones ideológicas, pero nunca consiguieron más que débiles protestas o proyectos de leyes de abolición que no llegaban a buen fin. Y es que las funciones edilicias o los desembolsos en sobornos, espectáculos públicos y otros gastos por parte de los candidatos a las magistraturas, y de los magistrados mismos, hacían necesaria la figura del prestamista, siempre aborrecida. Este desprecio al préstamo, consi-

según su condición social; el gran espacio disponible hace más fácil la partición. [2] Cambian de campo cada año y aún sobra terreno[185]. Y por ello su esfuerzo no se compara con la riqueza y abundancia de suelo, así que ni plantan árboles frutales, ni separan los prados, ni riegan huertas: solo exigen a la tierra su mies[186]. [3] De ello proviene el hecho de que no distingan en el año los cambios que nosotros otorgamos a sus divisiones: el invierno, la primavera y el verano tienen para ellos un significado y una palabra, pero del otoño ignoran tanto el nombre como sus bondades[187].

27 Sus funerales no son pomposos: solo observan una regla para que los cuerpos de los hombres más preclaros sean incinerados con una determinada leña. [2] No acumulan ni vestidos ni perfumes sobre la pira; cada cual yace con sus armas, y a las llamas de algunos se le añade también su caballo. Erigen su sepulcro bajo un túmulo de césped. Consideran que honrar ese monumento con adornos recargados es pesado para el difunto[188]. Dejan pronto las lágrimas y los lamentos, aunque les

---

derado actualmente la sangre de la economía de mercado porque provee de financiación al emprendedor, hace comprensible el estancamiento económico del Imperio romano durante sus siglos de existencia. Véase a G. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte*, Wiesbaden, 1984, pág. 145.

185. El tipo de agricultura practicada por los germanos a finales del siglo I puede definirse como “saqueo del suelo”, nombre dado por los antropólogos al quemado de bosques y agotamiento de las tierras, lo que obliga a la constante roturación y búsqueda de nuevos terrenos que desbrozar y quemar. Véase a J. L. Acín, «Agricultura», en A. Aguirre, citado, pp. 25-26. Es la primera etapa del desarrollo agrícola de un pueblo, lo que muestra que los germanos ya habían pasado del estadio nómada (que es el que se encontró César) a uno semisedentario (el de época de Trajano).

186. Es decir, los germanos, dado el tipo de agricultura practicado, que les obligaba a un estilo de vida seminómada, no cultivaban huertas ni árboles frutales porque no podían invertir el tiempo suficiente en hacerlos rentables.

187. El invierno, la primavera y el verano significaban para ellos la siembra, la maduración y la recolección de sus cultivos anuales; el otoño, ligado en el clima continental a las frutas y a los cultivos temporales, desconocidos para los germanos, no tenía ningún significado agrícola.

188. Tácito llama la atención de sus lectores romanos sobre la diferencia cultural con los germanos, los cuales, en contraste con aquellos, no despilfarraban en

dura más el dolor y la tristeza. A las mujeres les es lícito llorar, pero a los hombres solo el recordar[189]. [3] Estas son las noticias generales que hemos recogido sobre el origen y las costumbres de los germanos: ahora trataremos de las instituciones y ritos de cada una de las tribus, en lo que difieran de las comunes a todos, y de pueblos procedentes de Germania que han pasado a las Galias[190].

28 En otro tiempo, los galos fueron más fuertes, como nos transmite la mayor autoridad, el divino Julio[191]; por ello se puede creer que lo mismos galos penetraran incluso en Germania. Y es que, ¡qué poco era un río para obstar a cualquier tribu, si se evaluaba a sí misma con

---

inútiles lujos a la hora de enterrar a sus muertos.

189. Tácito, como gran parte de los historiadores de Roma, desdeñaba el llanto y el lamento entre los romanos (véase, por ejemplo, *Ann*. 2.29 y 6.10) por considerarlos "mujeriles" (por ejemplo, en *Agr*. 46), por lo que este párrafo claramente es ejemplificador sobre la moderación en las emociones de los germanos y de sus mujeres, quizá debido al pudor estoico hacia la extroversión. Otra mujer germana, la esposa de Arminio, encontrándose embarazada y siendo apresada por los romanos, "ni se rebajó a llorar ni pronunció una palabra de súplica" (*Ann*. 1.57.4, traducción de Moralejo ya citada). Un ejemplo de virtud para Tácito, su suegro Julio Agrícola, ante la muerte de su hijo, "no (la) soportó… entre lamentaciones y manifestaciones de tristeza, como las mujeres" (*Agr*. 29, traducción de Requejo también citada). Y es que la actitud ante la muerte, en el pensamiento de Tácito, es que el recuerdo de las virtudes del muerto "no debe profanarse con quejas ni llantos" (*Agr*. 46). No hay bibliografía específica sobre el llanto en Tácito, pero puede consultarse el libro lexicográfico, muy útil, de E. Mastellone Iovane, *Paura e angoscia in Tacito: implicazioni ideologiche e politiche*, Nápoles, 1989.

190. Comienza la relación de las distintas tribus germanas y de las diferentes partes de la región conocida como Germania, y que era mucho mayor de la que hoy llamamos Alemania, pues ocupaba, según el mapa de Perret, toda Holanda, Alemania, Dinamarca, sur de Suecia, parte de Suiza, Austria, Polonia, República Checa y partes de Hungría y Eslovenia.

191. Tácito reconoce aquí su deuda con los *Comentarios de la guerra* de las Galias de Julio César, obra en la que se recogen numerosas noticias de los germanos ribereños. J. L. Requejo, pág. 108, cree que, en algunas ocasiones, Tácito rectificó algunas de sus informaciones, debido a que los germanos de César parecen más dados al nomadismo que estos de Tácito, ya sedentarios (o

fuerzas suficientes, en su cambio y ocupación de unos asentamientos hasta entonces comunes y no separados por el poder de rey alguno![192] [2] Los helvecios, pues, ocuparon el territorio que media entre la Selva Hercinia y los ríos Rin y Meno, y el de más allá, los boyos, ambas tribus galas. Permanece todavía el nombre de bohemios[193], que atestigua lo antiguo de esta tradición local, aunque los habitantes sean hoy otros. [3] No puede, sin embargo, saberse de cierto si fueron los araviscos los que emigraron a Panonia desde el territorio de los osos (tribu germana), o los osos a Germania desde el de los araviscos[194], dado que usan de una misma lengua y unas similares instituciones y costumbres; y es que, antaño, las bondades y maldades de ambas orillas eran comunes a causa de una misma pobreza y libertad[195]. [4] Los tréveros y los nervios[196] son en exceso ambiciosos al afectar ser de origen germano, tanto que lo que parece es que desean ocultar su similitud e indolencia galas con esta gloria de consanguinidad[197]. En la misma orilla del Rin, empero, sí

---

casi). La campaña de César al otro lado del Rin, en el año 55 a. C., para vengar una correría de los suevos en la Galia, está narrada por él mismo con todo lujo de detalles etnográficos sobre los germanos, en *BG* 4.1-18.

192. Es un aviso a los romanos: un río, el Rin, es poca salvaguardia contra el ímpetu guerrero de cualquier tribu dispuesta a cruzarlo.

193. *Boihaemi* (bohemios), de *Boii* (boyos).

194. Parece un galimatías. Es posible que Tácito imitara aquí el estilo abigarrado, erudito y pedante de los etnógrafos helenísticos, con sus disquisiciones librescas: por otra parte, parece un sarcasmo taciteo el remarcar la imposibilidad de saber cuál de las tribus emigró ante el dato comprobado de que ambas eran muy similares.

195. Este comentario no cuadra con el sentido irónico de la cita anteror. Quizá aproveche aquí Tácito para reflexionar sobre las relaciones entre Roma y los bárbaros: no puede haber solución cuando solo un río separa el bien del mal, la riqueza de la pobreza, la libertad de la esclavitud. Lo que no nos aclara Tácito es en qué parte de ese río estarían la libertad, la riqueza y el bien, aunque la *seruitudo* parece más propia de un Imperio que de una sociedad tribal.

196. Los tréveros dieron nombre a la colonia romana Augusta Trevirorum (hoy, Trier, en Alemania). Los nervios vivían en Holanda, en la zona del río Escalda.

197. No siempre fueron los galos indolentes a los ojos romanos. Antes de su destrucción por parte de Julio César, la simple mención de la palabra “galo” hacía

habitan algunas tribus germanas, que lo son sin dudar, como son las de los vangiones, tríbocos y németes[198]. [5] Ni siquiera los ubios, que merecieron ser colonia romana y prefieren que se les llame agripinenses por el nombre de su fundador[199], se avergüenzan de su origen, ya que habían pasado el río hacía tiempo y se les instaló sobre la orilla del Rin para probar la alianza y para defender el paso, no para vigilarlos[200].

29 De entre todas estas tribus se distingue por su valor la de los bátavos, que no habitan una gran parte de la orilla, pero sí una isla del Rin[201]. Eran una parte de la tribu de los catos, que pasó a estos territorios por una revuelta interna, en los cuales entró a formar parte del Imperio romano. [2] Permanece la consideración y la traza de la antigua alianza, pues no tienen cargas tributarias ni les arruina el publicano[202]; exentos de

---

estremecerse a cualquier romano consciente de la historia de su República, y de cómo los galos llegaron a destruir Roma y a imponerle un pesado tributo a sus habitantes en el siglo IV a. C.

198. Estos vivían muy cerca del Rin, en la zona de la Lorena, entre Mainz y Spira.

199. En realidad Colonia Claudia Augusta Agripinense (la actual Colonia, en Alemania) fue una de las pocas colonias de ciudadanos romanos, si no la única, fundada por una mujer, ya que el propio Tácito nos cuenta en *Ann*. 12.27.1 que "Agripina (la esposa del emperador Claudio), para hacer ostentación de su poder también ante las naciones aliadas, consiguió que se enviaran veteranos y una colonia a la ciudad de los ubios, donde había nacido, a la cual se puso un nombre derivado del suyo" (traducción de Moralejo citada). El hecho tuvo lugar en el año 50 d. C.

200. El párrafo no está muy claro: no se entiende bien si los ubios eran galos que se habían pasado al otro lado del Rin y fueron luego colocados sobre el mismo río (lo cual podría integrarse en el sentido de todo el pasaje, además de explicar el avergonzamiento de su origen), o germanos que habían pasado a la parte gala.

201. Los bátavos eran aliados de los romanos, y soldados de gran valor y habilidad guerrera. Las alusiones a los bátavos en acciones militares por parte de Tácito son muchas, incluyendo su actividad como unidad auxiliar romana en Britania (*Agr*. 36.1-2) y su militancia al lado de Vitelio durante la guerra civil del año 69 (*Hist*. 1.59, 61, 64, 2.17, 34-35, 43-44, etc.).

202. Es decir, el recaudador privado de los impuestos. La costumbre dictaba que

contribuciones e impuestos, se les reserva para utilizarlos en combate, como si fueran lanzas y corazas[203]. [3] En la misma obediencia está la tribu de los matíacos, pues la grandeza del pueblo romano ha extendido la reverencia ante su poder más allá del río Rin y de sus antiguas fronteras[204]. Y, en su orilla como asentamiento y dominio, están con la mente y el espíritu en la nuestra, semejantes en todo a los bátavos, salvo en que son más corajudos por el suelo y el clima de su tierra[205]. [4] No enumeraré entre los pueblos germanos, aunque se hallen asentados al otro lado del Rin y del Danubio, a los que trabajan los Campos Decumates[206]: son los más miserables de todos los galos, audaces en la pobreza, que ocuparon un suelo de propiedad dudosa; más tarde, al avanzar nuestra frontera, se han convertido en un presidio para nuestro poder, y en parte de una provincia.

30 Mas allá de estos comienza el dominio de los catos, a partir de la Selva Hercinia, en una región no tan llana y pantanosa como la ocupada por los demás pueblos de Germania, pues la Selva Hercinia, a lo largo de unas colinas, que van escaseando paulatinamente, acompaña a los catos como algo propio, ya que acaba donde ellos. [2] Es una gente

---

los gobernadores provinciales arrendaran la recaudación de los impuestos a sociedades de publicanos que, en la mayoría de los casos, abusaban de sus encargos y se enriquecían a costa de los sufridos pobladores. En su *Agrícola*, Tácito observó que los impuestos no levantaban protestas entre los britanos, pero que estos no soportaban los malos tratos y los abusos con que se acompañaban su recaudación (*Agr.* 13.1). Todo ello fue la causa de la rebelión de Budica del año 61, según se narra en Tac. *Ann.* 14.29-39.

203. Esto es, formando *alae* y *turmae* de aliados. Su especialidad era la caballería ligera, con la que podían maniobrar incluso en terrenos de aguas bajas.

204. Habitaban en la orilla bárbara del Rin, en la zona de Nassau, pero eran tributarios de Roma.

205. Otro comentario que sitúa a Tácito en la corriente etnográfica del determinismo climático sobre el carácter de los pueblos y las culturas.

206. Es el territorio comprendido entre los Montes Jura de Suabia y el río Rin, en la actual Baden-Wurttemberg. En esta zona, desde Nassau hasta el Lago Constanza, en Suiza, el *limes* del Imperio romano avanzaba un poco hacia el este del Rin. Véase a S. Wagner, «Neues Licht auf die Decumates agros bei Tacitus, Germania 29, 3», en Ch. Bücker (Ed.), *Festschrift G. Fingerlin, Rahden*,

de cuerpo más duro, miembros pequeños, faz amenazadora y de ánimo más decidido[207]; para lo habitual entre los germanos, son muy racionales y hábiles. Ponen por delante a los caudillos elegidos, los escuchan, está cada uno en su estamento, se dan cuenta de las oportunidades, se guardan el primer impulso, se organizan la labor diaria, se atrincheran por la noche[208], colocan a la fortuna entre las cosas dudosas y al valor entre las certeras[209], y, algo que es rarísimo y solo concedido a la disciplina romana, ponen una mayor esperanza en el caudillo que en el ejército. [3] Toda su fuerza está en los soldados de a pie, a los que cargan con sus armas, con herramientas y provisiones. A otros verás ir a luchar; a los catos, marchar a la guerra[210]. Son muy raras las aventuras y las luchas dejadas al azar[211]. Y es que es más propio de las tropas de a caballo obtener una victoria rápida y retirarse con la misma celeridad, mientras que la velocidad en los infantes se relaciona con el miedo, ya que su firmeza

---

2002, pp. 99-103.

207. En este punto difiere Tácito de su observación del pasaje 4.2, en la que afirma que la constitución física de los germanos, "en tanto ello es posible para un tan gran número de hombres", es similar a todos, con cuerpos grandes, etc. Los catos aparecen en este capítulo como algo aparte en varias características: físico menudo y fiero, mayor habilidad e inteligencia, mayor preparación bélica, costumbres propias en lo referente al aderezo y a una especie de "mística del valor", así como un descuido muy exagerado por Tácito de todo lo "práctico" (casa, labores agrícolas, vejez…).

208. Tácito alecciona a los romanos sobre lo que se debe hacer en el día y sobre las actitudes políticas a adoptar (elegir a los líderes, escucharles con atención, permanecer cada uno en su orden…).

209. Interesante alusión al debate filosófico, social e historiográfico romano sobre el papel a conceder en el curso de los acontecimientos a la fortuna y a la virtud, conceptos en gran medida antagónicos, pues la fortuna es el azar y la virtud el mérito, y lo que este consigue lo puede quitar aquella. Los catos parecen estar en el buen camino, en la alabanza y seguimiento del valor, del mérito, y en la desconfianza en el azar y la casualidad.

210. Segunda frase en segunda persona que parece subrayar el carácter de *suasoria* política, de obra de consejo para Trajano.

211. Tácito alaba en los catos su desprecio por las insidias y las añagazas de la guerra de guerrillas, juzgada como traicionera por los romanos.

se demuestra mejor con su lentitud[212].

31 Hay una cosa rara entre las demás tribus germanas, propia de la valentía individual, y que es habitual entre los catos: cuando comienzan su adolescencia, se dejan la barba y el pelo largos, y solo tras matar a un enemigo se exornan de ese adorno facial y lo consagran y ofrecen a su valor. [2] Sobre la sangre y los despojos dejan libre su frente y solo entonces creen haber condonado la deuda adquirida al nacer y ser dignos de su patria y de sus padres. Los cobardes e ineptos permanecen barbados. [3] Los más valientes se ponen un anillo de hierro (una ignominia para este pueblo)[213], y lo llevan como si fuera un vínculo hasta ser absueltos por la muerte de un enemigo[214]. [4] Los más de los catos gustan de esta costumbre, y aun cuando envejecen lo muestran con orgullo a propios y extraños[215]. En ellos está el inicio de todos los combates; siempre marchan en primera línea, que se presenta de modo extraño, y ni siquiera en la paz se vuelven más mansos[216]. [5] Ni granja, ni campo, ni ocupación

---

212. He relacionado las tres frases para poner de manifiesto lo que Tácito intenta en todo el pasaje: alabar el valor de los catos y su mayor confianza en los infantes y en la lucha ordenada: en ese contexto, la alusión a las fuerzas de caballería y a su velocidad aparece en contraste con la firmeza de los lentos, pero constantes, infantes. Por cierto, acojo aquí la versión [*peditum*] *uelocitas iuxta formidinem*, que aparece en la edición oxoniense que sigo, dado que establece un muy probable paralelo con *equestrium*.

213. Un anillo de hierro era la señal externa del caballero romano, que lo llevaba con un alto orgullo, algo que parece criticar Tácito con esta referencia a lo ignominioso que les resultaba a los catos tal distinción.

214. La primera práctica sería un típico ritual de paso, la conversión del adolescente en adulto por la muerte de un enemigo, simbolizada en el cambio de aspecto; la segunda sería una *consecratio* a los dioses del anillo y la ignominia de llevarlo, que solo podría ser cumplida con la muerte de un enemigo, en cuyo caso el anillo se ofrecía al dios en cuestión. Nótese, en todo caso, el carácter guerrero de todos estos rituales y, sobre todo, la significación ideológica de que Tácito los resalte en su obra.

215. La traducción literal sería “a los enemigos y a los suyos”.

216. En efecto, la fama era que los catos podían ser tremendos soldados. El propio Tácito nos transmite sus correrías y campañas contra diversos pueblos y ejércitos: contra los romanos en el año 15 d. C. (*ann*. 2.7 y 24); contra los

alguna: cuando se llegan a alguien, se les alimenta[217]; pródigos de lo ajeno, desprecian lo suyo, hasta que la senectud los deja incapaces de cumplir con tan duras virtudes[218].

32 Cercanos a los catos, en las proximidades del Rin en que su cauce se ha afianzado y constituye una frontera suficiente[219], habitan los úsipos y los téncteros. [2] Los téncteros, además de la acostumbrada fama guerrera, sobresalen por la excelencia de su caballería; no es mayor la nombradía de los infantes entre los catos que la de los jinetes entre los téncteros. [3] Así lo instituyeron sus antepasados y así lo continúan sus descendientes. De este tipo son los juegos infantiles y las prácticas juveniles, y perseveran en ellas también los ancianos. [4] Los caballos se heredan junto con los esclavos, los penates y los derechos sucesorios; no los obtiene el hijo primogénito, como entre los demás[220], sino el más feroz y mejor en la guerra.

33 Junto a los téncteros estaban antaño los brúcteros [221]. Se dice que los camavos y los angrivarios llegaron allí, tras ser expulsados y exterminados del todo los brúcteros por una alianza de las tribus vecinas, ya por odio a su soberbia, ya por apetencia de botín, ya por una cierta protección hacia nosotros por parte de los dioses; y es que no nos impidieron ver el espectáculo de la batalla. [2] Cayeron más de sesenta mil, y no por las armas romanas, sino, lo que es más magnífico, para deleite de nuestros ojos. Ruego para que permanezca y se mantenga entre estas

---

hermunduros en el año 58 (*ann*. 13.57-58); y contra queruscos y fosos (*Germ*. 36.1-2).

217. La exageración de Tácito es mayúscula: si no poseían casas ni campos, ¿a quién se llegaban para que les alimentaran?

218. Otra idealización de Tácito, que presenta a los catos como si fueran filósofos eremitas dados a la contemplación o a la batalla. En todo caso, creo que los catos no deben ser considerados *exempla uirtutis* en el pensamiento taciteo, sino más bien ejemplos de exageración en la observación de una virtud.

219. En la zona central del Rin, entre los afluentes Lippe y Lahn.

220. Se refiere a las demás tribus que, como se ha visto, observaban la primogenitura en la sucesión.

221. En la zona del Saaerland y Westfalia. En esa zona se asentaron luego los camavos y los angrivarios.

tribus, si no el amor hacia nosotros, sí por lo menos el odio entre ellas, ya que nada mejor puede Fortuna proporcionar al inminente destino del Imperio que la discordia de sus enemigos[222].

34 Los angrivarios y los camavos están cerrados por detrás por los dulgubnios, los casuarios y por otros pueblos menos nombrados[223], y

222. Nótese lo profético del comentario de Tácito sobre la caída del Imperio y su relación con la frontera germana. La frase *quando, urgentibus imperii fatis, nihil iam praestare fortuna maius potest, quam hostium discordiam* tiene paralelos en Liv. 5.36.3 y 12.43.9 y en Virg. *Aen*. 2.653, además de en otros pasajes de estos autores y de Lucano. La bibliografía sobre este *urgentibus imperii fatis* es inmensa. Lo que ofrezco a continuación es selectivo: E. Wolff, «Das geschichtliche Verstehen in Tacitus' Germania», *Hermes* 69, 1934, pp. 121-166; H. Drexler, «Die Germania des Tacitus», *Gymnasium* 59, 1952, pp. 52-70; V. Pöschl, «Tacitus und der Untergand des Römisches Reiches», *WS* 69, 1956, pp. 310-320; W. Schmid, «Urgentibus imperii fatis (Tac., Germ. 33)», *StudAlb* 1961, pp. 381-392; B. Zanco, «Nota sull' interpretazione di urgentibus imperii fatis: Tacito, Germania XXXIII, 3», *Aevum* 36, 1962, pp. 529-531; R. Häussler, *Tacitus und das Historische Bewusstein*, Heidelberg, 1965, pp. 264-266 y 279-280; K. Kraft, «Urgentibus imperii fatis, Tacitus, Germania 33», *Hermes* 96, 1968-1969, pp. 591-608; L. Alfonsi, «Problematicitá della Germania tacitiana», *Mélanges P. Boyancé*, Roma, 1974, pp. 5-19; E. Paratore, «I Germani e i loro rapporti con Roma dalla Germania agli Annales di Tacito», *RomBarb* 2, 1977, pp. 149-182; G. Viré, «Urgentibus imperii fatis (Tac., Germ. 33)», *LEC* 47, 1979, pág. 31; P. Magno, «Note a propós d'un pasaje controversé de Tacite, Germanie 33: urgentibus imperii fatis», *LEC* 49, 1981, pp. 321-325; N. Santos Yanguas, «Tácito y la decadecia del Imperio», *Emerita* 50, 1982, pág. 32. y E. Savino, «Per una reinterpretazione della Germania di Tacito», *AIIS* 11, 1989-1990, pp. 83-107. Pienso que Tácito hace hincapié en el concepto de Fortuna como azar que favorece a Roma, mientras que el Destino aparece amenazador, inminente. Si tenemos en cuenta que el libro de Tácito fue publicado a comienzos del principado de Trajano, la opción de la *suasoria* política, del consejo al emperador, quedaría reafirmada con este pasaje, ya que la amenaza de ruina de Roma se cumpliría si Trajano no aceptara las propuestas del historiador.

223. "Por detrás" significa, en la visión de Tácito, que observa la Germania desde la frontera romana, "más al este". Es decir, estos pueblos ocuparían la zona de Hannover, en el río Wesser.

por el frente por los frisios[224]. El llamarlos Mayores y Menores viene de su diferente fuerza. Ambas tribus están bordeadas por el Rin hasta el Océano, y se hallan también constreñidas por unos inmensos lagos, navegados incluso por flotas romanas[225]. [2] También hemos explorado el mismo Océano. La fama ha divulgado que aún permanecen allí las Columnas de Hércules, sea porque achacamos a Hércules todo lo que sea maravilloso, esté donde esté, sea porque se hallan realmente en ese lugar[226]. [3] Y no es que le abandonara la audacia a Druso Germánico, sino que el mismo Océano le impidió inquirir más sobre él y sobre Hércules[227]. Ninguno más lo ha intentado posteriormente, y parece más piadoso y reverente creer sin más en los hechos de los dioses que saberlos.

35 Estas son nuestras noticias sobre la Germania occidental. Se desvía luego hacia el Septentrión en un ingente arco[228]. Primeramente está la tribu de los caucos, la cual, aunque comienza donde los frisios y ocupa una parte de la costa, se extiende por los lados de todas las tribus que acabo de mencionar, hasta llegar a la zona de los catos, formando una lengua[229]. [2] Esta extensión tan inmensa de territorios no solo la habitan los caucos, sino que la abarrota este el más noble pueblo germa-

224. Entre la desembocadura del Rin y la del Wesser.
225. En los años 16 y 12 a. C., por dos hijos adoptivos de Augusto, Druso y Tiberio (el posterior emperador).
226. Es normal que las columnas de Hércules se pusieran en un lugar lejano e inaccesible, pues el estrecho de Gibraltar era ya un sitio transitadísimo y visitado, sin que nadie hubiera hallado allí resto de columna alguna.
227. Es una referencia a la expedición de Druso del año 12 a. C., en la que navegó por el mar del Norte con poca fortuna. Druso Germánico era hijo de Livia y de Tiberio Claudio Nerón, nacido cuando Livia había desposado ya a Augusto. El hijo fue adoptado por el emperador. Murió en Germania a consecuencia de las heridas causadas por una caída de caballo. Pero su descendencia tuvo mayor fortuna: tanto su hijo Claudio, como su nieto Calígula y su bisnieto Nerón llegaron a imperar.
228. Se refiere al golfo de la llamada Bahía alemana, entre las desembocaduras del Wesser y el Elba y la península de Jutlandia o Dinamarca.
229. Es decir, la región de los caucos comienza en la costa de Hannover, llega hasta el estuario del río Wesser y se adentra por sus riberas hasta el interior, hasta la Sajonia.

no[230], que prefiere sostener su grandeza con la justicia. [3] Sin ambición, sin belicismo, pacíficos e independientes, no provocan nunca guerras, ni saqueos ni rapiñas[231]. [4] La prueba de su valor y de su fuerza es que, aunque sean realmente superiores, no pretenden ejercer su grandeza con el atropello. Pero todos tienen prontas sus armas y, si el momento lo exige, un ejército de muchos hombres y caballos. Y su fama es la misma en la paz[232].

36 En el costado de los caucos y de lo catos, los queruscos, quienes, mientras no fueron atacados, mantuvieron una paz excesiva y enervante. Esto fue más agradable que tranquilizador, porque la paz entre ambiciosos y poderosos es falsa; y es que cuando aparece la guerra, la moderación y la probidad se aplican a los vencedores[233]. [2] Así, antes se les llamaba los buenos y justos queruscos, y ahora se les tacha de indolentes y necios[234]; y la fortuna de los catos se convierte ahora en

---

230. *Populus inter Germanos nobilissimus*: sería interesante un estudio lexicológico sobre el adjetivo *nobilis* en Tácito. Es sabido que, aplicado a un romano en el Imperio, significaba que tuvo antepasados consulares durante la República. Pero, aplicado a un pueblo entero, quizá sirva para destacar la fidelidad, o sus relaciones con Roma.

231. Aunque ambos pueblos merecen serias alabanzas por parte de Tácito, este es el punto en que los caucos difieren de los catos. En todo caso, es un aspecto preferible para un romano.

232. El tono del pasaje da que pensar. Si fuera solo una idealización de Tácito, habría que preguntarse por qué en este pueblo. Pienso, más bien, que el pasaje responde a la fama real de los caucos de respetar los tratados y de no atacar si no son atacados. Quizá Tácito esté recomendando a Trajano la amistad con los caucos. Pero, claro está, son estas meras hipótesis y suposiciones a las que el lector avisado habrá de anteponer una considerable ración de duda.

233. Es una reflexión muy interesante: los vencedores son los que reciben los elogios siempre, aunque realmente fueran menos virtuosos que los vencidos: *ubi manu agitur, modestia ac probitas nomina superioris sunt*.

234. Los queruscos eran aliados de los romanos. Pero se rebelaron entre los años 14 y 19 d. C., al mando del gran jefe Arminio (Hermann), siendo derrotados (poco más o menos) por Germánico. También vencieron a Maroboduo, rey de los marcomanos, en el año 17. Su fortaleza física es descrita por Tácito en *Ann*. 1.64.2: “los queruscos… eran de gran estatura”. Probablemente fueron vencidos

sabiduría[235]. [3] Arrastrados por la ruina de los queruscos, los fosos, tribu vecina, comparten como iguales la adversidad de aquellos, aunque en tiempos más felices fueran inferiores.

37 El saliente de la Germania lo habitan los cimbros, próximos al Océano[236]; pequeña tribu ahora, pero cubierta de gloria. Permanecen grandes vestigios de su fama de antaño: espacios y campamentos en ambas orillas, por cuya extensión se podría imaginar uno hoy el número y la fortaleza de aquellas gentes y dar fe a un éxodo tan grande[237]. [2] Era el año 640 de nuestra Ciudad[238] cuando por primera vez se hicieron sentir las armas de los cimbros, durante el consulado de Cecilio Metelo y de Papirio Carbón. Si computamos los años que median entre esa fecha y la del segundo consulado del emperador Trajano[239], hallamos un total de casi doscientos diez años: ¡tanto tarda la Germania en ser sometida! [3] En un período tan largo se han producido muchos reveses en ambos sentidos. Ni los samnitas, ni los púnicos, ni las Hispanias o las Galias, ni siquiera los partos nos han enseñado tanto[240]. Y es que la monarquía

---

en la guerra por los catos y pasaron a dar esta imagen deplorable de inacción y debilidad.

235. Fortuna es un término que, aplicado a la causalidad histórica, tiene connotaciones negativas, ya que es el azar y no el mérito el que se utiliza para explicar algún suceso. En este caso, la buena suerte de los catos se convierte, con su victoria sobre los queruscos, en sabiduría a los ojos del mundo.

236. Es decir, en la península de Jutlandia, ocupando el extremo norte de la misma.

237. Invadieron las Galias y estuvieron a punto de atacar la misma ciudad de Roma a finales del siglo II a. C., hasta que fueron derrotados por Mario y Catulo en la batalla de Vercelas, en el año 101 a. C. La Historia ha consignado esta victoria a Mario, pero el propio Catulo, que escribió una *Historia de mi consulado y gestas*, dio pruebas de que sin su mando del ala derecha del ejército, hubieran vencido los cimbros (Cat. *De consulatu et de rebus gestis suis* fragmento 3 Peter).

238. Esto es, en el año 113 a. C., a partir de la fecha tradicional de la fundación de Roma en 753 a. C.

239. En el año 98 d. C.: un término *post quem* para datar la publicación de la Germania.

240. Alusión clarísima a la teoría de los *metus* historiográficos púnico o pártico.

de Arsaces[241] nos es menos dura que la libertad de los germanos[242]. [4] Pues, ¿qué otra desgracia, además de la muerte de Craso, nos ha traído el Oriente, el cual perdió a la vez a Pácoro, tras ser sometido por Ventidio[243]? [5] Los germanos, empero, además de derrotar o capturar a Carbón, Casio, Escauro Aurelio, Servilio Cepión y Máximo Manlio[244], destruyeron al tiempo cinco ejércitos consulares del pueblo romano; incluso le ocurrió lo mismo al César y a Varo con sus tres legiones[245]. Aunque no sin pérdidas, los derrotó G. Mario en Italia[246], el divino Julio en la Galia[247],

---

Esta afirmación, de todas formas, no es exacta: en todas esas guerras aprendieron los romanos algo: en la Samnita, el ejército aldeano de Roma se curtió y aprendió disciplina; los cartagineses enseñaron a los romanos la necesidad de dominar el agua y de invadir y sojuzgar tierras de Ultramar; las guerras de Hispania se prolongaron durante doscientos años (218-19 a. C.), y sirvieron a los romanos para adiestrarlos en la lucha de guerrillas; las Galias pusieron a Roma frente a generales de consideración y frente a confederaciones de tribus que precisaban un tratamiento diplomático y militar; y ¿qué decir de los partos, a quienes solo Trajano conseguiría vencer, para ser abandonadas sus conquistas a su muerte por su sucesor Adriano?

241. Rey parto de época de Trajano.

242. Parece una crítica a la sociedad romana. Todo ciudadano romano que se preciara de serlo preferiría la libertad a servir a un rey. Y ello, a pesar de que la República había desaparecido hacía ya siglo y medio.

243. En el año 38 a. C, el general antoniano P. Ventidio derrotó a los partos, que perdieron a su líder Pácoro en la batalla, como años atrás, en el 53 a. C., le ocurriera a Craso en la batalla de Craso.

244. Tácito vuelve los ojos a las derrotas históricas de los romanos durante la invasión de cimbros y teutones de finales del siglo II a. C.: Cn. papirio Carbón, derrotado en 113 a. C. en Carintia; L. Casio Longino, derrotado ese mismo año en el valle del Garona; y M. Aurelio Escauro, Cn. Manlio Máximo y Q. Servilio Cepión, derrotados en Orange en el año 105 a. C.

245. Alusión a la gran derrota y destrucción casi completa de las tres legiones mandados por P. Quintilio Varo en el año 9 d. C., en el bosque de Teotoburgo, por parte de Arminio y sus queruscos. El ejército había sido mandado allí por César Augusto.

246. En la ya citada batalla de Vercelas, en el 101 a. C.

247. La campaña de Julio César contra los germanos invasores de la Galia en el año 56 a. C. En el 53 se atrevió, incluso a atravesar el Rin.

y Druso, Nerón y Germánico en su propio territorio[248]. Luego, las grandes amenazas de G. César se volvieron ridículas[249]. [6] De ahí vino la paz, hasta que, dada la ocasión que les proporcionaban nuestras discordias y guerras civiles, conquistaron nuestros cuarteles de invierno y trataron de invadir las Galias, siendo nuevamente derrotados[250]. En los últimos años nos han dado más triunfos que victorias[251].

38 Es preciso ahora hablar sobre los suevos[252], que no son una sola tribu, como los catos o los téncteros. Habitan la mayor parte de la Germania, y se diferencian por sus respectivos nombres, aunque se les dice comúnmente suevos. [2] Es preclaro en esta gente el peinarse el pelo hacia un lado y sujetárselo con un moño; así se diferencian los sue-

248. Los tres Claudios que cruzaron el Rin, en las campañas que pretendían adelantar la frontera romana desde el Rin hasta el Elba, entre los años 12 a. C. y 16 d. C. Druso y Tiberio eran hermanos, y Germánico era hijo de Druso.

249. Gayo César, conocido como Calígula, quien, hacia el año 40 d. C., proyectó una invasión de Germania, probablemente para emular a padre y abuelo, pero que nada hizo al respecto sino sangrar a las provincias limítrofes.

250. Es la revuelta de los aliados bátavos y caninefates de Civil, de los años 69 y 70 d. C., a los que se añadieron otros germanos, como los brúcteros e, incluso, auxiliares galos de las legiones y otros pueblos menores. Lograron numerosos éxitos contras las legiones vitelianas, al principio con la complicidad de la facción de Vespasiano, pero fueron derrotados, ya durante el gobierno de este emperador, por su general Petilio Cerial.

251. Es decir, habían sido derrotados parcialmente, como excusa (parece querer decir Tácito) para celebrar triunfos.

252. Lo cierto es que Tácito escribe “suebos”, aunque se admite generalmente mejor “suevos”. Se refiere ahora el autor a los habitantes del centro y noreste de Germania, divididos en numerosas tribus. Por los anteriores y siguientes capítulos, parece que Tácito divide a los “germanos” en varios grupos: los germanos occidentales (helvecios, boyos, araviscos, tréveros, nervios, vangiones, tríbocos, németes, ubios, bátavos, matíacos, catos, úsipos, téncteros, brúcteros, camavos, angrivarios, dulgubnios y frisios), los del norte (caucos, queruscos y cimbros), los suevos y sus variantes (semnones, longobardos, reudignos, aviones, anglios, varinos, endoses, suarines, suitones, hermunduros, naristos, marcomanos, cuados, marsignos y buros), los lugios y orientales, los cuales estaban en la parte oriental de la ocupada por los suevos (harios, helvecones, mánimos, helisios,

vos de los demás germanos, y así se distinguen los suevos libres de los esclavos[253]. [3] Entre las otras tribus esto es raro y solo cosa propia de la edad juvenil, quizá por parentesco con los suevos, o, lo que sucede más frecuentemente, por imitación de ellos[254]. Es también usual que, hasta que se vuelven canos, carden sus hirsutos cabellos y que los lleven recogidos en lo alto de la cabeza. [4] Los caudillos lo adornan aún más; este su cuidado por el ornato es inofensivo, pues no les mueve el amar o el ser amados[255], sino el deseo de aparentar mayor estatura entre el enemigo e infundirle terror al entrar en combate[256].

39 Se dice que los semnones[257] son los más antiguos y más nobles[258] de los suevos, lo que queda atestiguado por lo vetusto de su religión. [2] En una época establecida previamente se reúnen los representantes de los clanes del mismo nombre y consanguinidad en un bosque

---

nahárvalos, gotones, rugios, lemovios, suyones, estíos y sitones), y los sureños (peucinos, vénetos y fenos). En realidad, la Germania propiamente dicha incluiría solo a los dos primeros grupos, y se extendería entre los ríos Rin y Elba del norte, así como por la península de Jutlandia, mientras que habría también una "Suevia", que abarcaría a los dos grupos siguientes, entre la Selva Hercinia y las llanuras polacas y rusas, y una Germania-Sarmacia, entre el Danubio y el Vístula, en las actuales República Checa, Eslovaquia y Bielorrusia, con los tres pueblos "sureños", muy influenciados por los vecinos sármatas.

253. Es preferible traducir como preclara la forma de peinarse en este paisaje, porque es evidente que el moño típico de los suevos era un adorno exclusivo de los hombres libres, una seña de identidad de grupo privilegiado.

254. Por ejemplo, los jóvenes catos (ver capítulo 31.1-2) se dejaban crecer el pelo y no se afeitaban hasta haber matado a un enemigo. El ritual aquí es claro, mientras que el moño suevo parece ser solo un signo de distinción social, como las ropas ceñidas de los nobles del capítulo 17.1.

255. Tácito, como estoico moralista, es contrario al excesivo adorno de mujeres y hombres romanos, que considera contrario a los usos y costumbres antiguas; por eso alaba esta afición sueva por el peinado, de significado militar, y por tanto viril, y no por estética o deseo de conquistas amorosas.

256. El efecto pavoroso de un guerrero con moño se me escapa.

257. Habitaban al oeste de Prusia, entre los ríos Elba y Oder.

258. De la misma manera que los caucos eran los más nobles de los germanos (cap. 35.2).

consagrado por los augurios de los patriarcas y por un respeto ancestral[259] y, sacrificando públicamente a un hombre[260], celebran los horribles preliminares de su bárbaro ritual. Hay otra manifestación de su reverencia por el bosque: [3] Nadie entra en él sin ataduras, para manifestar su inferioridad y subordinación al poder del numen; si, fortuitamente cayese, no es lícito levantarlo ni que se incorpore: tiene que arrastrarse por el suelo. [4] Toda esta superstición significa que allí está el origen de la tribu, que allí reside el dios que todo lo gobierna, y que todo lo demás está a su merced[261]. La autoridad de los semnones está, además, subrayada por su riqueza, ya que pueblan tropecientos distritos y creen que, por tener ese gran cuerpo demográfico, son también la cabeza de los suevos[262].

40 Por el contrario, la escasez de su población es lo que ennoblece a los longobardos[263] que, rodeados por muchas y valientísimas tribus,

---

259. He forzado algo la traducción de este fragmento, vertiendo *populi* en "clanes" y *patrum* en "patriarcas", para dar mejor idea de lo que puede querer decir Tácito: un ritual común a todas las familias o clanes de la tribu de los semnones. En él queda clara la significación de unidad tribal del bosque, elegido por los patriarcas o ancianos con sus augurios. La idea de clan queda reforzada por la consanguinidad mencionada.

260. El sacrificio humano parece ser el argumento utilizado por Tácito para demostrar que la religión de los semnones era muy antigua o primitiva. Ya habíamos leído que sacrificaban hombres en el cap. 9.1.

261. Es un párrafo muy importante, dado que señala el valor religioso y tribal del bosque sagrado, como símbolo de unidad de los clanes en torno a una divinidad común, a la que todos estaban sometidos. En otros pasajes habíamos visto que el rey era el encargado de cuidar esos bosques sagrados, y que las insignias que portaban en la batalla se obtenían de la madera de estos bosques: con ello queda establecida la relación fundamental entre la unidad tribal, el culto común, y el rey, base ideológica de los procesos centralizadores que llevarían a las tribus germanas a agruparse en confederaciones y a adquirir un mayor poder militar. Véase a J. L. Posadas, «Ritual de poder…», ya citado.

262. *Centum pagis habitant, magnoque corpore efficitur ut se Sueborum caput credant*. La frase de Tácito es figurada en lo referente a los "cien distritos" (quiere decir muchísimos, "tropecientos"), y además un juego de palabras en el resto (como tiene un gran "cuerpo" de población, se creen que también son la "cabeza" de los suevos).

263. Vivían en el curso medio del Elba.

son independientes y, no pagando tributos, sino combatiendo y peligrando. A su lado están los reudignos, los aviones, los anglios, los varinos, los eudoses, los suarines y los nuitones, protegidos por ríos y bosques[264]. [2] Y no tienen nada notable en particular, salvo que adoran comúnmente a Nertho, esto es, a la Madre Tierra, a la que hacen intervenir en todos los asuntos humanos y la piensan itinerante entre las tribus[265]. En una isla del Océano hay una arboleda santa y, en ella, un carro consagrado y cubierto con un velo. Solo se concede el tocarlo a un sacerdote. [3] Este se percata de la presencia de la diosa en el santuario y, con veneración, la sigue, yendo ella en un tiro de vacas[266]. Los días que siguen son felices, y festivos los lugares a los que se digna ir a hospedarse. [4] Entonces no emprenden guerras, ni toman las armas, que permanecen todas guardadas: es entonces cuando se notan la paz y la quietud, y se las ama, hasta que el mismo sacerdote devuelve la diosa, saciada ya de su contacto con los mortales, al templo[267]. [5] Después se lavan en un lago oculto el vehículo, el velo y, si se quiere creer, la misma divinidad. Cooperan en ello unos esclavos, a los que el mismo lago engulle posteriormente. De aquí proviene ese terror ya antiguo y esa ignorancia santa de lo que ven solo aquellos que mueren inmediatamente[268].

---

264. Tácito describe ahora a los pueblos suevos desde el centro, siguiendo el curso del río Elba, y los longobardos en el medio. Estos pueblos citados se situaban entre la desembocadura del Elba y la región de los cimbros, en las actuales Schleswig-Holstein y Dinamarca. Es una pena que no se nos diga nada de los anglios, antecesores de los anglos invasores de la Britania romana y que dieron su nombre a Inglaterra.

265. Véase el cap. 9.2 y el artículo de E. Polomé citado, ya que a esta Nertho se ha relacionado aquella Isis mencionada.

266. Es decir, una procesión de un carro cubierto, tirado por vacas y conducido por un sacerdote. En verdad, llama mucho la atención este párrafo, porque aún hoy es festiva la jornada en que se saca a una virgen en procesión tirada por bueyes o por los propios romeros (por ejemplo, el Rocío).

267. Es problemática la mención del templo, cuando es sabido que los germanos no los construían (según el propio Tácito), y cuando se nos ha indicado que Nertho residía en un bosque sagrado.

268. Tácito asigna, pues, la reverencia y el temor germano a los bosques sagrados al hecho de que los hombres destinados a servir en sus cultos morían en el

41 Esta facción de los suevos se extiende hasta las partes más profundas de la Germania; más cerca de nosotros (si seguimos ahora el curso del Danubio, como antes seguíamos el del Rin[269]) está la tribu de los hermunduros[270], aliada de los romanos. Por esta razón, son los únicos de los germanos que no solo comercian en la orilla[271], sino en el interior y en la más espléndida colonia de la provincia de Recia[272]. [2] Transitan por ella sin custodia alguna y, mientras que a las demás tribus les mostramos solo nuestras armas o nuestros fortines, a estos les abrimos nuestros hogares y nuestras villas, puesto que no las ambicionan. En la región de los hermunduros nace el río Elba, antaño famoso y conocido, ahora apenas oído[273].

42 Junto a los hermunduros están los narisios y, después, los marcomanos y los cuados[274]. [2] Los más fuertes y gloriosos de ellos son los marcomanos, ya que su mismo territorio lo conquistaron en tiempos, valerosamente, a los boyos, a los que expulsaron de allí[275]. Tampoco han degenerado los naristos y los cuados. Y este es el, digamos, frontal

---

desempeño de su función.

269. Ya ha quedado claro el itinerario descriptivo de Tácito: partió de Suiza y la orilla romana del alto Rin, siguiendo el curso del río hasta su desembocadura, siguiendo luego por las costas del mar del Norte, y por los cursos de los ríos Wesser y Elba desde su nacimiento hasta su desembocadura, para terminar en Dinamarca. Ahora retorna a Suiza y a las fuentes del Danubio y de su cuenca fluvial.

270. Entre Franconia y Baviera, limítrofes con los Alpes.

271. Del río Danubio, claro está.

272. Augusta Vindelicorum, la actual Augsburgo.

273. La política de Augusto con respecto a Germania había consistido en hacer avanzar la frontera del Rin hasta el Elba, consiguiendo incluso atravesarlo en el año 3. a. C. por el general Domicio Enobarbo, el abuelo del emperador Nerón. Sin embargo, tras la derrota de Varo en el año 9 d. C., Augusto abandonó sus conquistas. Tácito parece lamentar aquí la pérdida de la línea del Elba y, quizá, recomendar a Trajano su reconquista.

274. Tácito sigue el curso del Danubio y señala las tribus germanas de la orilla bárbara del río: los naristos vivirían en Baviera, los marcomanos y los cuados en la actual República Checa.

275. Ya se ha señalado que los boyos dieron nombre a la región de Bohemia.

de Germania en la parte que está ceñida por el Danubio. [2] Nuestra memoria recuerda que los marcomanos y los cuados tuvieron reyes de su propia tribu, de los nobles linajes de Maroboduo y de Tudro[276], aunque ahora sufren unos que son extranjeros, cuya fuerza y poder proviene de la aquiescencia romana; raras veces los apoyamos militarmente, aunque sí con dinero, pero no por eso son menos poderosos.

43 Los marsignos, cotinos, osos y buros limitan con los marcomanos y los cuados en su parte posterior[277]. De todos ello, los marsignos y los buros se relacionan con los suevos en lengua y costumbres; pero la lengua gala de los cotinos y la panónica de los osos vienen a demostrar que no son germanos, y también lo hace el hecho de que soportan el pago de tributos[278], [2] una parte de los cuales se los imponen los sármatas, y otra los cuados, como si fuesen extranjeros. Los cotinos, para mayor vergüenza, extraen mineral de hierro[279]. Todas estas tribus se asentaron en algunas campiñas, pero sobre todo en los montes y en las cimas de las montañas. [3] La Suevia[280] está dividida y separada por una cadena de montes[281], al otro lado de la cual viven muchos pueblos, de los que el nombre de lugios[282] es el más extendido y difundido entre más tribus. Será suficiente citar a las más valerosas: los harios, helve-

---

276. Importantes monarcas de comienzos del siglo I d. C. que consiguieron fundar grandes reinos y que llegaron a ser aliados de Roma. Las disensiones dinásticas posteriores pusieron a estos pueblos bajo reyes mandados y protegidos por Roma. De ahí el sentido de mi traducción posterior de *ex auctoritate Romana* por "aquiescencia romana", o sea, bajo el visto bueno y la protección de Roma: el poder de estos reyes se fundaría en la *auctoritas* de la protección imperial.

277. Se extienden entre los territorios de marcomanos y cuados hasta las laderas sureñas de los Montes de los Gigantes y de los Sudetes checos.

278. Para Tácito parece poco menos que imposible que germanos de pura cepa pudieran rebajarse a pagar tributos.

279. La minería es una actividad despreciada por Tácito, y aquí aparece como actividad cuyo desempeño por una tribu prueba que no es germana, o sea, virtuosa.

280. Primera vez que Tácito nombra a la Suevia, o Germania central y oriental.

281. Los Montes de los Gigantes y los Sudetes.

282. Los códices transmiten lugios o legios, y nunca ligios, como se lee habitualmente.

cones, mánimos, helisios y nahárvalos[283]. [4] Entre los nahárvalos es de señalar un bosque dedicado a una antigua religión[284]. Preside en ella un sacerdote con vestimentas mujeriles, pero todo recuerda, según la interpretación romana[285], a los dioses Cástor y Pólux. Este es el carácter de esta deidad, de nombre Alcis[286]: no hay estatuas ni rastros de creencia extranjera; pero se les venera como a hermanos, como a jóvenes. [5] Por otra parte, los harios[287], más fuertes que todas las tribus citadas poco antes, ayudan a su ferocidad con añagazas y con un aprovechamiento de las oportunidades: con escudos negros y con los cuerpos pintados, escogen las noches más oscuras para sus combates e infunden el terror con el solo miedo que da su aparición como ejército de sombras, sin que haya enemigo alguno que pueda aguantar esa visión no usual y como infernal[288]; y es que en todas las batallas los ojos son los primeros en ser vencidos. [6] Tras los lugios están los gotones[289], imperados por un rey, un poco más tutelados que el resto de las tribus germanas, pero no tanto como para que no disfruten de la libertad[290]. A su lado[291], por la parte del

283. Habitaban la Silesia y Polonia en su parte interior.

284. Ya hemos visto, en el caso de Nertho, que los bosques sagrados podían, aparte de su natural místico, albergar cultos diferenciados y singulares. En este caso, el de dos dioses hermanos que Tácito interpreta como similares a Cástor y Pólux. Véase al respecto a E. C. Polomé, «Die Religion der Suebi», en *Beiträge zum Verständnis der Germania des Tacitus*, II, Göttingen, 1992, pp. 167-189.

285. Sobre esta interpretación romana, véase, por ejemplo, a A. A. Lund, «Zur "interpretatio Romana" in der Germania des Tacitus», *ZRGG* 59, 2007, pp. 289-310.

286. No nos informa Tácito del nombre del supuesto hermano de Alcis, por el cual el culto recuerda al de los Dióscuros.

287. Al sur de Polonia, en la zona fronteriza con la antigua Checoslovaquia.

288. Es más creíble el miedo a los espectrales harios que el que inspirarían los moños de los suevos.

289. Son los godos, famosos en las invasiones de los siglos IV y V d. C., instalados aquí todavía en el Bajo Vístula, en pleno Mar Báltico, cerca de Estonia. Es sabido que luego emigrarían hacia el Mar Negro para penetrar en el Imperio por el bajo Danubio.

290. Este parece ser el punto medio político que aconseja Tácito: un régimen tutelar que permita el disfrute de una libertad moderada.

291. Tácito recorre ahora las costas polacas y prusianas del Mar Báltico, desde

Océano, están los rugios y los lemovios; son famosos en estos pueblos los escudos redondos, las espadas cortas y el obsequio para con sus reyes[292].

44 Aquí comienza el territorio de los suyones, en el mismo Océano[293], los cuales se basan en sus flotas, además de en sus hombres y en sus armas. La forma de sus naves difiere de la de los demás en que tienen dos proas siempre dispuestas al abordaje[294]. No se sirven de velas ni de filas de remos a sus lados: el aparejo va suelto, como en algunos ríos, manejable en un sentido u otro, según vaya la cosa. [2] Hay un gran culto a la riqueza entre ellos, por lo que manda solamente uno, al que todos deben obedecer sin excepción, afirmado por un sólido derecho a mandar[295]. [3] No tienen las armas, como el resto de los germanos, a libre disposición, sino guardadas y bajo vigilancia de un esclavo, ya que el Océano impide la incursión de súbitos enemigos, y porque un grupo de hombres armados bien puede alborotar. En realidad, el hecho de que las armas no estén cuidadas por un noble, un libre o, incluso, un liberto, es lo

---

Estonia en dirección a Dinamarca y las islas Bálticas, entre las que coloca a Escandinavia, cuya punta sur confunde con una isla.

292. Es curioso cómo Tácito aprovecha el final de una frase para sus famosas *sententiae* morales o políticas: nada sabíamos de las simpatías o antipatías de Tácito por los lugios y lemovios hasta el final del capítulo, en que nos dice que es en ellos insigne el obsequio para con los reyes, algo no muy del agrado de los romanos.

293. Es decir, en las islas del Mar Báltico y en el sur de Suecia.

294. Se ha aducido que estos suyones fueran los antepasados de los suecos, y, en todo caso, de los vikingos. La forma de sus barcos así parece atestiguarlo; las velas y remos serían incorporaciones posteriores, adecuadas para sus incursiones en Ultramar.

295. Tácito sigue aquí la tradición estoica del desprecio al dinero, base de todos los males: nuestro autor achaca al culto a las riquezas (*opibus honos*) el origen de la tiranía monárquica (*eoque unus imperitat*), del mismo modo que en la baja República se criticaba tal culto porque traía el germen de la degeneración moral y la corrupción política. En todo caso, parece existir en el pensamiento romano una relación entre riquezas y reyes, proveniente, quizá, del lujo y esplendor dinerario de las dinastías helenísticas.

más útil para el rey[296].

45 Tras los suyones hay otro mar calmo y casi inmóvil, el cual se cree que rodea y ciñe el orbe de las tierras, porque el último fulgor del sol poniéndose dura hasta el amanecer, y es tan brillante que apaga el de las estrellas[297]. Los crédulos dicen que se puede escuchar su sonido al emerger y que se ven las figuras de sus caballos y los rayos de su cabeza[298]. Hasta aquí, y solo en esto son ciertas las habladurías, llega el mundo. [2] Volviendo a la costa derecha del mar Suevo[299], esta baña a las tribus de los estíos[300], cuyos ritos y hábitos son propios de los suevos, aunque su lengua es, más bien, británica[301]. [3] Veneran a la madre de los dioses[302]. Lo más destacable de esta superstición es que portan amuletos en forma de jabalíes[303]: esto vale como las armas o la protección de los compañeros al devoto de la diosa, aun en medio de los enemigos[304].

---

296. El rey se aseguraba así el monopolio del uso de la fuerza, y evitaba las conspiraciones armadas contra su trono.
297. Parece la descripción del llamado sol de medianoche, es decir, del día perpetuo que acontece en las latitudes nórdicas.
298. El Sol circulaba por el firmamento a bordo de un carro de caballos, iluminando los sitios por donde pasaba.
299. Es la primera vez que Tácito diferencia el Mar Báltico del Océano Exterior.
300. Probablemente habitaban las tierras letonas y lituanas, fronterizas a las de lo gotones.
301. Al fin y al cabo, ambos troncos lingüísticos, germano y antiguo britano, procedían del indoeuropeo, si bien puede dejar entrever aquí Tácito la creencia romana de que la población de Britania fuera extranjera, debida a una emigración de pueblos noreuropeos. En Agr. 11.2, Tácito asigna la población britana tanto a influencias germanas, como a galas o hispanas.
302. La *Mater Deum* de los asiáticos, que tenía un templo en Roma desde la época de la segunda guerra púnica.
303. Los amuletos con formas de animales eran muy corrientes en las culturas de cazadores y recolectores, o semisedentarias. Tenían funciones totémicas, relacionadas con la protección del que las portaba y con su habilidad como cazador. En la Meseta hispana se documentan también, con formas de caballos, ciervos y jabalíes o cerdos salvajes.
304. Tácito relaciona los amuletos con funciones guerreras.

Es raro el uso del hierro, y frecuente el de palos[305]. [4] Cultivan el trigo y otros frutos del campo con una paciencia insólita para la desidia habitual de los germanos[306]. Pero faenan también en la mar y son los únicos de todos ellos que buscan el ámbar, al que dicen "gleso", y lo recogen en los bajíos y en las mismas orillas[307]. [5] No se han cuestionado, sin embargo, como bárbaros que son, por la naturaleza y la formación de este producto; aún más, durante mucho tiempo permaneció tirado entre los demás despojos del mar, hasta que nuestro gusto por el lujo le dio importancia. Ellos mismos no le dan ningún uso. Se recoge en bruto y se transporta en su presencia informe, y aceptan, admirados, el precio que se les ofrece por ello[308]. [6] Se piensa que es un exudado de los árboles, pues muchas veces se ven en su interior ejemplares de ciertos animales terrestres y volátiles que, engullidos en un líquido viscoso, quedaron apresados en él al solidificarse[309]. [7] Se podría creer que, tal y como sucede en el extremo Oriente, en donde hay árboles que producen incienso y bálsamo, hay bosques y florestas en las islas y tierras del Occidente muy fecundas

---

305. Es decir, que utilizarían más unas astas y lanzas de madera endurecida al fuego que puntas de hierro.

306. En toda la obra, Tácito ha venido oscilando entre el hecho de reconocer que existía la agricultura, y una tendencia a presentar a los germanos como pueblo despreocupado de ella, que prefiere la caza y la diversión; esto es un rasgo del "pintoresquismo" con que Tácito quería admirar a los romanos, pero en este pasaje referente a los estíos, la cuestión no deja lugar a dudas: eran agrícolas, y no malos.

307. Los yacimientos de ámbar del Mar Báltico hicieron posible un importante comercio con las costas norteñas de Europa desde épocas prehistóricas, a través de los cursos de los ríos. El ámbar se utilizaba, frecuentemente, con fines decorativos, como producto de lujo, y, también, para la elaboración de perfumes y medicamentos.

308. Tácito parece decir que eran los mismos estíos los que lo transportaban hasta lugares en que los mercaderes lo compraban por dinero. Más probable parece la presencia de trajineros y comerciantes romanos o bárbaros romanizados en las costas bálticas, como hace suponer la arqueología y los hallazgos de cerámica y monedas romanas en aquellas lejanas latitudes.

309. Todos estos datos sobre el ámbar son ciertos, y es conocida la recuperación de insectos prehistóricos atrapados en él.

en unas sustancias que, exudadas y derretidas por los cercanos rayos del sol, van al mar próximo, y que la fuerza de las tempestades termina depositándolas en las costas de enfrente. [8] Si intentaras averiguar la naturaleza de esta sustancia aplicándole fuego, arderá como una tea con una llama resistente y olorosa; después se derrite como la pez o la resina [310]. [9] Las tribus de los sitones siguen a las de los suyones[311]. No difieren en nada importante, excepto en que son regidos por una mujer: en tan alto grado han degenerado, no solo en la libertad sino, incluso, en la esclavitud[312].

46 Aquí termina la Suevia. Dudo en incluir entre los germanos o entre los sármatas a las tribus de los peucinos, vénetos y fenos[313]. Es verdad que los peucinos, a quienes algunos llaman bastarnos, tienen costumbres germanas en lo referente a la lengua, a la religión y a los asentamientos y a sus domicilios[314]; son sucios todos, y vagos los nobles, y es que, a causa de matrimonios con los sármatas, han acabado por parecerse en lo desagradable a estos. [2] Los vénetos han tomado mucho de las costumbres (sármatas), pues recorren saqueando todos los bosques y montes que se levantan entre los peucinos y los fenos[315]. A estos, sin embargo, hay que ponerlos entre los germanos, ya que fijan sus domicilios, llevan escudos y les place usar las piernas con rapidez,

---

310. Es todo este pasaje un curioso ejemplo de digresión científica y naturalista, muy apropiada de la literatura etnográfica y erudita que Tácito imita en su obra.
311. En la zona de las islas del Báltico, quizá en Suecia. ¿Eran lapones?
312. Tácito es expresa y totalmente contrario al poder de una mujer, como se ve en los *Anales* con sus críticas a la influencia de emperatrices como Livia o Agripina Augusta. En este pasaje llega afirmar que el reinado de una mujer no solo es la degeneración de un régimen de libertades (como podría serlo el de un mal rey), sino, más aún, el de uno de servidumbres.
313. Todos ellos originarios de Rusia y Bulgaria.
314. Hasta aquí enumera Tácito las similitudes con los germanos, pues lo que sigue lo asigna a las influencias étnicas de los sármatas, hacia los que parece sentir un profundísimo desprecio. Los peucinos pueden, pienso, ser considerados como “germanos mixtos”; no así los vénetos.
315. Esta cualidad migratoria de los vénetos es, pues, el principal argumento utilizado por Tácito para descartar su filiación germana. Cf. con A. B. Černâk, «Tacitus on the Veneds: (Germ. 46, 2)», *VDI* 197, 1991, pp. 44-60.

lo cual les diferencia de los sármatas, que viven en carros y caballos. [3] Es tan admirable en los fenos su primitivismo, cuanto detestable su pobreza: ni armas, ni caballos, ni hogares[316]; se alimentan de hierbas, se visten con pieles, se resguardecen en el suelo; ponen toda su esperanza en las flechas que, a falta de hierro, terminan en huesos afilados[317]. El venado alimenta lo mismo a hombres que a mujeres, pues estas les siguen a todos lados y piden su parte del festín. [4] No tienen los niños otro refugio frente a las fieras y la lluvia que una cubierta de ramas[318], y allí acuden también los jóvenes, siendo el receptáculo de los viejos. [5] Pero prefieren esto a sufrir en los campos de labor, a trabajar en las casas, y a mantener sus fortunas y las ajenas expuestas siempre entre la esperanza y el miedo[319]. Plantándole cara a los hombres y a los dioses, han conseguido algo dificilísimo: no echar en falta ni siquiera la tentación. [6] Todo lo demás es fabuloso: que los helusios y oxiones[320] tengan rostros y rasgos y humanos y cuerpos y miembros de animales lo dejaremos en la duda como algo no sabido de cierto.

---

316. ¿No tenían armas pero sí escudos? Tácito dice *non penates*, es decir, "ni dioses penates", lo cual es un circunloquio para afirmar que no tenían hogares, porque los penates eran los protectores de la casa familiar.

317. Es, claramente, una tribu mesolítica: se alimentan de caza y recolección (las hierbas), no conocen los metales, trabajan el hueso, viven en campamentos provisionales, no han domesticado caballos, y visten con pieles.

318. Una choza de ramas y palos, como las atestiguadas entre los pueblos mesolíticos.

319. Como cuando Tácito asigna la dispersión de las casas germanas a su gusto por los paisajes rústicos, aquí idealiza suponiendo que los fenos preferían su primitivismo a los rigores de la civilización, como si hubieran elegido a sabiendas. Pero el pasaje termina con una excelente *sentencia* tacitea: no echan de menos ni siquiera el deseo, la tentación. He aquí la quintaesencia del Buen Salvaje, del Robinsón.

320. Parecen ser tribus fronterizas con Finlandia, quizá, como sugiere Requejo, lapones cuyas vestimentas de pieles de reno explicarían este aspecto semisalvaje. A menos que creamos, como el novelista Crichton, que los hombres antiguos que vivían en la frontera fría del norte de Europa llegaron a convivir y conocer, mal que bien, a los últimos descendientes del *Homo Neanderthalensis*. Porque los rasgos humanos en cuerpos semianimales se parecen a las descripciones de los antropólogos sobre nuestros primos de Neandertal.

Índice de Nombres

Abnoba (Monte): 1.3
Agripinenses: 28.5
África: 2.2
Alcis: 43.4
Alpes Réticos: 1.2
Anglios: 40.1
Angrivarios: 33.1, 34.1
Araviscos: 28.3
Arsaces: 37.3
Asciburgo: 3.3
Asia: 2.2
Aurelio Escauro: 37.5
Aurinia: 8.3
Aviones: 40.1

Bastarnos: 46.1
Bátavos: 29.1-3
Bohemios: 28.2
Boyos: 28.2, 42.1
Brúcteros: 33.1
Buros: 43.1

Cámavos: 33.1, 34.1
Campos Decumates: 29.4
Cartagineses: 37.3
Casio: 37.5
Cástor: 43.4
Catos: 29.1, 30.1-3, 31.1-4, 32.1-2, 35.1, 36.1-2, 38.1
Caucos: 35.1-2, 36.1
Cecilio Metelo: 37.2
César Augusto: 38.5
César, G. (Calígula): 37.5
César, Julio: 28.1, 37.5
Cimbros: 37.1-2
Cotinos: 43.1-2
Craso: 37.4
Cuados: 42.1-2, 43.1-2

Dacios: 1.1
Danubio: 1.1-2, 41.1, 42.1
Druso Germánico: 34.3, 37.5
Dulgubnios: 34.1

Elba: 41.2
Estíos: 45.2
Eudoses: 40.1

Fenos: 46.1-3
Fosos: 36.3
Frisios: 34.1, 35.1

Galias: 5.1, 27.3, 28.2, 29.4, 37.3-5
Galos: 1.1, 2.5, 28.1-4
Gambrivios: 2.4
Germania: 1.1, 2.2-5, 3.3, 4.1, 5.3, 27.3, 28.1-3, 29.4, 30.1. 35.1, 37.1-2, 38.1, 41.1, 42.1
Germanos: 2.1-5, 16.1, 27.3, 28.4,

30.2, 31.1, 35.2, 37.3-5, 38.2, 41.1, 43.1-6, 44.3, 45.4, 46.1-2
Gotones: 43.6

Harios: 43.3-5
Helisios: 43.3
Helusios: 46.6
Helvecios: 28.2
Helvecones: 43.3
Hercinia (Selva): 28.2, 30.1
Hércules: 3.1, 9.1, 34.2-3
Hermiones: 2.3
Hispania: 37.3

Imperio: 29.1-4, 33.2
Ingevones: 2.3
Isis: 9.2
Istevones: 2.3
Italia: 2.2

Laertes: 3.3
Lemovios: 43.6
Longobardos: 40.1
Lugios: 43.3-6

Mánimos: 43.3
Manlio Máximo: 37.5
Manno: 2.3
Mar del Norte: 1.2
Mar Póntico: 1.2
Mario: 37.5
Maroboduo: 42.2
Marsignos: 43.1
Marsos: 2.4
Marte: 9.1
Matíacos: 29.3
Meno (río): 28.2
Mercurio: 9.1

Nahárvalos: 43.3-4
Naristos: 42.1
Németes: 28.4
Nerón: 37.4
Nertho: 40.2
Nervios: 28.4
Nórico: 5.1
Nuitones: 40.1

Océano: 1.1, .1-3, 3.3, 17.2, 34.2-3, 40.2, 44.2-4
Osos: 28.3, 43.1
Oxiones: 46.6

Pácoro: 37.4
Panonia: 5.1, 28.3
Panonios: 1.1
Papirio Carbón: 37.2-5
Partos: 17.1, 37.3
Peucinos: 46.1-2
Pólux: 43.4

Queruscos: 36.1-2

Recia: 3.3, 41.1
Retos: 1.1
Reudignos: 40.1
Rin: 1.1-2, 2.5, 3.3, 28.2-5, 29.1-4, 32.1, 34.1, 41.1
Roma: 42.2
Romanos: 41.1
Rugios: 43.6

Samnio: 37.3
Sármatas: 1.1, 17.1, 43.2, 46.1-2
Semnones: 39.1-3
Servilio Cepión: 37.5
Sitones: 45.9
Suarines: 40.1
Suevia: 43.3, 46.1
Suevos: 2.4, 9.2, 38.1-3, 39.1-3,
41.1, 43.1, 45.2
Suyones: 44.1, 45.1, 45.9

Téncteros: 32.1-2, 33.1, 38.1
Trajano: 37.2
Tréveros: 28.4
Tríbocos: 28.4
Tudro: 42.2
Tuistón: 2.3
Tungros: 2.5

Ubios: 28.5
Ulises: 3.3
Úsipos: 32.1

Vandilios: 2.4
Vangiones: 28.4
Varo: 37.5
Veleda: 8.3
Vénetos: 46.1-2
Ventidio: 37.4
Verinos: 40.1
Vespasiano: 8.3

APÉNDICE: ORIGINAL LATINO[321]

I. Germania omnis a Gallis Raetisque et Pannoniis Rheno et Danubio fluminibus, a Sarmatis Dacisque mutuo metu aut montibus separatur: cetera Oceanus ambit, latos sinus et insularum immensa spatia complectens, nuper cognitis quibusdam gentibus ac regibus, quos bellum aperuit. Rhenus, Raeticarum Alpium inaccesso ac praecipiti uertice ortus, modico flexu in occidentem uersus, septentrionali Oceano miscetur. Danubius, molli et clementer edito montis Abnobae iugo effusus, pluris populos adit, donec in Ponticum mare sex meatibus erumpat: septimum os paludibus hauritur.

II. Ipsos Germanos indigenas crediderim minimeque aliarum gentium aduentibus et hospitiis mixtos, quia nec terra olim sed classibus

321. Acojo, con las revisiones que he comentado en la traducción, la versión latina publicada por J. Perret en Les Belles Lettres de París en 1949, ya citada.

aduehebantur, qui mutare sedes quaerebant, et immensus ultra utque sic dixerim aduersus Oceanus raris ab orbe nostro nauibus aditur. Quis porro, praeter periculum horridi et ignoti maris, Asia aut Africa aut Italia relicta, Germaniam peteret, informem terris, asperam caelo, tristem cultu aspectuque, nisi si patria sit? Celebrant carminibus antiquis, quod unum apud illos memoriae et annalium genus est, Tuistonem deum terra editum et filium Mannum originem gentis, conditoresque Manno tris filios adsignant, e quorum nominibus proximi Oceano Ingaeuones, medii Herminones, ceteri Istaeuones uocentur. Quidam, ut in licentia uetustatis, plures deo ortos plurisque gentis appellationes, Marsos, Gambriuios, Sueuos, Uandilios adfirmant, eaque uera et antiqua nomina. Ceterum Germaniae uocabulum recens et nuper additum quoniam qui primi Rhenum transgressi Gallos expulerint ac nunc Tungri, tunc Germani uocati sint: ita nationis nomen, non gentis, eualuisse paulatim, ut omnes primum a uictore, ob metum, mox et a se ipsis inuento nomine Germani uocarentur.

III. Fuisse apud eos et Herculem memorant, primumque omnium uirorum fortium ituri in proelia canunt. Sunt illis haec quoque carmina, quorum relatu, quem baritum uocant, accendunt animos futuraeque pugnae fortunam ipso cantu augurantur: terrent enim trepidantue, prout sonuit acies, nec tam uoces illae quam uirtutis concentus uidentur. Adfectatur praecipue asperitas soni et fractum murmur, obiectis ad os scutis, quo plenior et grauior uox repercussu intumescat. Ceterum et Ulixen quidam opinantur longo illo et fabuloso errore in hunc Oceanum delatum adiisse Germaniae terras, Asciburgiumque, quod in ripa Rheni situm hodieque incolitur, ab illo constitutum nominatumque; aram quin etiam Ulixi consecratam, adiecto Laertae patris nomine, eodem loco olim repertam, monumentaque et tumulos quosdam Graecis litteris inscriptos in confinio Germaniae Raetiaeque adhuc exstare: quae neque confirmare argumentis, neque refellere in animo est; ex ingenio suo quisque demat uel addat fidem.

IV. Ipse eorum opinionibus accedo, qui Germaniae populos nullis aliis aliarum nationum conubiis infectos propriam et sinceram et tantum sui similem gentem extitisse arbitrantur: unde habitus quoque corporum, tanquam in tanto hominum numero, idem omnibus; truces et caerulei oculi, rutilae comae, magna corpora et tantum ad impetum ualida; laboris atque operum non eadem patientia: minimeque sitim aestumque tolerare,

frigora atque inediam caelo soloue adsueuerunt.

V. Terra etsi aliquanto specie differt, in uniuersum tamen aut siluis horrida aut paludibus foeda, umidior, qua Gallias, uentosior, qua Noricum ac Pannoniam aspicit; satis ferax, frugiferarum arborum inpatiens, pecorum fecunda, sed plerumque inprocera. Ne armentis quidem suus honor aut gloria frontis: numero gaudent, eaeque solae et gratissimae opes sunt. Argentum et aurum propitiine an irati di negauerint dubito. Nec tamen adfirmauerim nullam Germaniae uenam argentum aurumue gignere: quis enim scrutatus est? possessione et usu haud perinde adficiuntur. Est uidere apud illos argentea uasa, legatis et principibus eorum muneri data, non in alia uilitate quam quae humo finguntur; quanquam proximi ob usum commerciorum aurum et argentum in pretio habent formasque quasdam nostrae pecuniae adgnoscunt atque eligunt: interiores simplicius et antiquius permutatione mercium utuntur. Pecuniam probant ueterem et diu notam, serratos bigatosque; argentum quoque magis quam aurum sequuntur, nulla adfectione animi, sed quia numerus argenteorum facilior usui est promiscua ac uilia mercantibus.

VI. Ne ferrum quidem superest, sicut ex genere telorum colligitur. Rari gladiis aut maioribus lanceis utuntur: hastas, uel ipsorum uocabulo frameas gerunt angusto et breui ferro, sed ita acri et ad usum habili ut eodem telo, prout ratio poscit, uel comminus uel eminus pugnent. Et eques quidem scuto frameaque contentus est, pedites et missilia spargunt, pluraque singuli, atque in inmensum uibrant, nudi aut sagulo leues. Nulla cultus iactatio; scuta tantum lectissimis coloribus distinguunt. Paucis loricae, uix uni alteriue cassis aut galeae. Equi non forma, non uelocitate conspicui. Sed nec uariare gyros in morem nostrum docentur: in rectum aut uno flexu dextros agunt, ita coniuncto orbe ut nemo posterior sit. In uniuersum aestimanti plus penes peditem roboris; eoque mixti proeliantur, apta et congruente ad equestrem pugnam uelocitate peditum, quos ex omni iuuentute delectos ante aciem locant. Definitur et numerus: centeni ex singulis pagis sunt: idque ipsum inter suos uocantur, et quod primo numerus fuit, iam nomen et honor est. Acies per cuneos componitur. Cedere loco, dummodo rursus instes, consilii quam formidinis arbitrantur. Corpora suorum etiam in dubiis proeliis referunt. Scutum reliquisse praecipuum flagitium, nec aut sacris adesse aut concilium inire ignominioso fas; multique superstites bellorum infamiam laqueo finierunt.

VII. Reges ex nobilitate, duces ex uirtute sumunt. Nec regibus infinita aut libera potestas, et duces exemplo potius quam imperio, si prompti, si conspicui, si ante aciem agant, admiratione praesunt. Ceterum neque animaduertere neque uincire, ne uerberare quidem nisi sacerdotibus permissum, non quasi in poenam nec ducis iussu, sed uelut deo imperante, quem adesse bellantibus credunt. Effigiesque et signa quaedam detracta lucis, in proelium ferunt; quodque praecipuum fortitudinis incitamentum est, non casus nec fortuita conglobatio turmam aut cuneum facit, sed familiae et propinquitates; et in proximo pignora, unde feminarum ululatus audiri, unde uagitus infantium. Hi cuique sanctissimi testes, hi maximi laudatores. Ad matres, ad coniuges uulnera ferunt; nec illae numerare aut exigere plagas pauent, cibosque et hortamina pugnantibus gestant.

VIII. Memoriae proditur quasdam acies inclinatas iam et labantes a feminis restitutas constantia precum et obiectu pectorum et monstrata comminus captiuitate, quam longe inpatientius feminarum suarum nomine timent, adeo ut efficacius obligentur animi ciuitatum quibus inter obsides puellae quoque nobiles imperantur. Inesse quin etiam sanctum aliquid et prouidum putant, nec aut consilia earum aspernantur aut responsa neglegunt. Uidimus sub diuo Uespasiano Ueledam diu apud plerosque numinis loco habitam; sed et olim Auriniam et complures alias uenerati sunt, non adulatione nec tanquam facerent deas.

IX. Deorum maxime Mercurium colunt, cui certis diebus humanis quoque hostiis litare fas habent. Herculem ac Martem concessis animalibus placant. Pars Sueborum et Isidi sacrificat; unde causa et origo peregrino sacro parum comperi, nisi quod signum ipsum in modum liburnae figuratum docet aduectam religionem. Ceterum nec cohibere parietibus deos neque in ullam humani oris speciem adsimulare ex magnitudine caelestium arbitrantur; lucos ac nemora consecrant deorumque nominibus appellant secretum illud quod sola reuerentia uident.

X. Auspicia sortesque ut qui maxime obseruant; sortium consuetudo simplex: uirgam frugiferae arbori decisam in surculos amputant eosque notis quibusdam discretos super candidam uestem temere ac fortuito spargunt. Mox, si publice consulitur, sacerdos ciuitatis, sin priuatim, ipse pater familiae, precatus deos caelumque suspiciens ter singulos tollit, sublatos secundum impressam ante notam interpretatur. Si prohibuerunt, nulla de eadem re in eundem diem consultatio; sin permissum, auspi-

ciorum adhuc fides exigitur: et illud quidem etiam hic notum, auium uoces uolatusque interrogare. Proprium gentis equorum quoque praesagia ac monitus experiri: publice aluntur isdem nemoribus ac lucis, candidi et nullo mortali opere contacti; quos pressos sacro curru sacerdos ac rex uel princeps ciuitatis comitantur hinnitusque ac fremitus obseruant. Nec ulli auspicio maior fides, non solum apud plebem: apud proceres, apud sacerdotes; se enim ministros deorum, illos conscios putant. Est et alia obseruatio auspiciorum, qua grauium bellorum euentus explorant: eius gentis cum qua bellum est captiuum quoquo modo interceptum cum electo popularium suorum, patriis quemque armis, committunt; uictoria huius uel illius pro praeiudicio accipitur.

XI. De minoribus rebus principes consultant, de maioribus omnes, ita tamen ut ea quoque, quorum penes plebem arbitrium est, apud principes pertractentur. Coeunt, nisi quid fortuitum et subitum inciderit, certis diebus, cum aut incohatur luna aut impletur: nam agendis rebus hoc auspicatissimum initium credunt. Nec dierum numerum, ut nos, sed noctium computant; sic constituunt, sic condicunt; nox ducere diem uidetur. Illud ex libertate uitium, quod non simul nec ut iussi conueniunt, sed et alter et tertius dies cunctatione coeuntium absumitur. Ut turbae placuit, considunt armati. Silentium per sacerdotes, quibus tum et coercendi ius est, imperatur. Mox rex uel princeps, prout aetas cuique, prout nobilitas, prout decus bellorum, prout facundia est, audiuntur, auctoritate suadendi magis quam iubendi potestate. Si displicuit sententia, fremitu aspernantur; sin placuit, frameas concutiunt: honoratissimum adsensus genus est armis laudare.

XII. Licet apud concilium accusare quoque et discrimen capitis intendere. Distinctio poenarum ex delicto. Proditores et transfugas arboribus suspendunt, ignauos et inbellis et corpore infamis caeno ac palude, iniecta insuper crate, mergunt. Diuersitas supplicii illuc respicit, tanquam scelera ostendi oporteat dum puniuntur, flagitia abscondi. Sed et leuioribus delictis pro modo poena: equorum pecorumque numero conuicti multantur. Pars multae regi uel ciuitati, pars ipsi qui uindicatur uel propinquis eius exsoluitur. Eliguntur in isdem conciliis et principes, qui iura per pagos uicosque reddunt; centeni singulis ex plebe comites consilium simul et auctoritas adsunt.

XIII. Nihil autem neque publicae neque priuatae rei nisi armati agunt; sed arma sumere non ante cuiquam moris quam ciuitas suffec-

turum probauerit. Tum in ipso concilio uel principum aliquis uel pater uel propinqui scuto frameaque iuuenem ornant: haec apud illos toga, hic primus iuuentae honos; ante hoc domus pars uidentur, mox rei publicae. Insignis nobilitas aut magna patrum merita principis dignationem etiam adolescentulis adsignant; ceteris robustioribus ac iam pridem probatis adgregantur, nec rubor inter comites adspici. Gradus quin etiam et ipse comitatus habet, iudicio eius quem sectantur; magnaque et comitum aemulatio, quibus primus apud principem suum locus, et principum, cui plurimi et acerrimi comites. Haec dignitas, hae uires, magno semper electorum iuuenum globo circumdari, in pace decus, in bello praesidium. Nec solum in sua gente cuique, sed apud finitimas quoque ciuitates id nomen, ea gloria est, si numero ac uirtute comitatus emineat: expetuntur enim legationibus et muneribus ornantur et ipsa plerumque fama bella profligant.

XIV. Cum uentum in aciem, turpe principi uirtute uinci, turpe comitatui uirtutem principis non adaequare. Iam uero infame in omnem uitam ac probrosum superstitem principi suo ex acie recessisse; illum defendere, tueri, sua quoque fortia facta gloriae eius adsignare praecipuum sacramentum est; principes pro uictoria pugnant, comites pro principe. Si ciuitas in qua orti sunt longa pace et otio torpeat, plerique nobilium adulescentium petunt ultro eas nationes quae tum bellum aliquod gerunt, quia et ingrata genti quies et facilius inter ancipitia clarescunt magnumque comitatum non nisi ui belloque tueare; exigunt enim principis sui liberalitate illum bellatorem equum, illam cruentam uictricemque frameam; nam epulae et quamquam incompti, largi tamen apparatus pro stipendio cedunt; materia munificentiae per bella et raptus. Nec arare terram aut expectare annum tam facile persuaseris quam uocare hostes et uulnera mereri. Pigrum quin immo et iners uidetur sudore acquirere quod possis sanguine parare.

XV. Quotiens bella non ineunt, non multum uenatibus, plus per otium transigunt, dediti somno ciboque, fortissimus quisque ac bellicosissimus nihil agens, delegata domus et penatium et agrorum cura feminis senibusque et infirmissimo cuique ex familia; ipsi hebent, mira diuersitate naturae, cum idem homines sic ament inertiam et oderint quietem. Mos est ciuitatibus ultro ac uiritim conferre principibus uel armentorum uel frugum, quod pro honore acceptum etiam necessitatibus subuenit. Gaudent praecipue finitimarum gentium donis, quae non modo a singulis, sed pu-

blice mittuntur, electi equi, magn<ific>a arma, phalerae torquesque; iam et pecuniam accipere docuimus.

XVI. Nullas Germanorum populis urbes habitari satis notum est, ne pati quidem inter se iunctas sedes: colunt discreti ac diuersi, ut fons, ut campus, ut nemus placuit. Uicos locant non in nostrum morem connexis et cohaerentibus aedificiis: suam quisque domum spatio circumdat, siue aduersus casus ignis remedium siue inscientia aedificandi. Ne caementorum quidem apud illos aut tegularum usus: materia ad omnia utuntur informi et citra speciem aut delectationem; quaedam loca diligentius inlinunt terra ita pura ac splendente, ut picturam ac liniamenta colorum imitetur. Solent et subterraneos specus aperire eosque multo insuper fimo onerant, suffugium hiemi et receptaculum frugibus, quia rigorem frigorum eius modi locis molliunt, et si quando hostis aduenit, aperta populatur, abdita autem et defossa aut ignorantur aut eo ipso fallunt quod quaerenda sunt.

XVII. Tegumen omnibus sagum fibula aut, si desit, spina consertum; cetera intecti totos dies iuxta focum atque ignem agunt. Locupletissimi ueste distinguuntur, non fluitante, sicut Sarmatae ac Parthi, sed stricta et singulos artus exprimente. Gerunt et ferarum pellis, proximi ripae neglegenter, ulteriores exquisitius, ut quibus nullus per commercia cultus. Eligunt feras et detracta uelamina spargunt maculis pellibusque beluarum, quas exterior Oceanus atque ignotum mare gignit. Nec alius feminis quam uiris habitus, nisi quod feminae saepius lineis amictibus uelantur eosque purpura uariant, partemque uestitus superioris in manicas non extendunt, nudae bracchia ac lacertos; sed et proxima pars pectoris patet.

XVIII. Quanquam seuera illic matrimonia, nec ullam morum partem magis laudaueris, nam prope soli barbarorum singulis uxoribus contenti sunt, exceptis admodum paucis, qui non libidine sed ob nobilitatem plurimis nuptiis ambiuntur. Dotem non uxor marito, sed uxori maritus offert; intersunt parentes et propinqui, ac munera probant, munera non ad delicias muliebres quaesita nec quibus noua nupta comatur, sed boues et frenatum equum et scutum cum framea gladioque. In haec munera uxor accipitur, atque in uicem ipsa armorum aliquid uiro adfert: hoc maximum uinculum, haec arcana sacra, hos coniugales deos arbitrantur. Ne se mulier extra uirtutum cogitationes extraque bellorum casus putet, ipsis incipientis matrimonii auspiciis admonetur uenire se laborum periculorumque

sociam, idem in pace, idem in proelio passuram ausuramque: hoc iuncti boues, hoc paratus equus, hoc data arma denuntiant. Sic uiuendum, sic pariendum: accipere se quae liberis inuiolata ac digna reddat, quae nurus accipiant rursusque ad nepotes referantur.

XIX. Ergo saepta pudicitia agunt, nullis spectaculorum ilecebris, nullis conuiuiorum irritationibus corruptae; litterarum secreta uiri pariter ac feminae ignorant. Paucissima in tam numerosa gente adulteria, quorum poena praesens et maritis permissa: abscisis crinibus nudatam coram propinquis expellit domo maritus ac per omnem uicum uerbere agit; publicatae enim pudicitiae nulla uenia: non forma, non aetate, non opibus maritum inuenerit. Nemo enim illic uitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum uocatur. Melius quidem adhuc eae ciuitates in quibus tantum uirgines nubunt et cum spe uotoque uxoris semel transigitur. Sic unum accipiunt maritum quo modo unum corpus unamque uitam, ne ulla cogitatio ultra, ne longior cupiditas, ne tanquam maritum sed tanquam matrimonium ament. Numerum liberorum finire aut quemquam ex adgnatis necare flagitium habetur, plusque ibi boni mores ualent quam alibi bonae leges.

XX. In omni domo nudi ac sordidi in hos artus, in haec corpora quae miramur, excrescunt. Sua quemque mater uberibus alit, nec ancillis ac nutricibus delegantur. Dominum ac seruum nullis educationis deliciis dignoscas: inter eadem pecora, in eadem humo degunt, donec aetas separet ingenuos, uirtus adnoscat. Sera iuuenum uenus, eoque inexhausta pubertas. Nec uirgines festinantur; eadem iuuenta, similis proceritas; pares ualidaeque miscentur, ac robora parentum liberi referunt. Sororum filiis idem apud auunculum qui ad patrem honor; quidam sanctiorem artioremque hunc nexum sanguinis arbitrantur et in accipiendis obsidibus magis exigunt, tamquam et in animum firmius et domum latius teneant. Heredes tamen successoresque sui cuique liberi, et nullum testamentum; si liberi non sunt, proximus gradus in possessione fratres, patrui, auunculi. Quanto plus propinquorum, quanto maior adfinium numerus, tanto gratiosior senectus; nec ulla orbitatis pretia.

XXI. Suscipere tam inimicitias seu patris seu propinqui quam amicitias necesse est; nec implacabiles durant: luitur enim etiam homicidium certo armentorum ac pecorum numero recipitque satisfactionem uniuersa domus, utiliter in publicum, quia periculosiores sunt inimicitiae iuxta liber-

tatem.
Conuictibus et hospitiis non alia gens effusius indulget: quemcunque mortalium arcere tecto nefas habetur; uictus inter hospites communis; pro fortuna quisque apparatis epulis excipit. Cum defecere, qui modo hospes fuerat, monstrator hospitii et comes; proximam domum non inuitati adeunt, nec interest: pari humanitate accipiuntur. Notum ignotumque quantum ad ius hospitis nemo discernit; abeunti, si quid poposcerit, concedere moris; et poscendi in uicem eadem facilitas. Gaudent muneribus, sed nec data imputant nec acceptis obligantur. Uictus inter hospites comis.

XXII. Statim e somno, quem plerumque in diem extrahunt, lauantur, saepius calida, ut apud quos plurimum hiems occupat. Lauti cibum capiunt; separatae singulis sedes et sua cuique mensa. Tum ad negotia nec minus saepe ad conuiuia procedunt armati. Diem noctemque continuare potando nulli probrum. Crebrae, ut inter uinolentos, rixae raro conuiciis, saepius caede et uulneribus transiguntur. Sed et de reconciliandis inuicem inimicis et iungendis adfinitatibus et adsciscendis principibus, de pace denique ac bello plerumque in conuiuiis consultant, tanquam nullo magis tempore aut ad simplicis cogitationes pateat animus aut ad magnas incalescat. Gens non astuta nec callida aperit adhuc secreta pectoris licentia ioci; ergo detecta et nuda omnium mens. Postera die retractatur, et salua utriusque temporis ratio est: deliberant, dum fingere nesciunt, constituunt dum errare non possunt.

XXIII. Potui umor ex hordeo aut frumento, in quandam similitudinem uini corruptus; proximi ripae et uinum mercantur. Cibi simplices, agrestia poma, recens fera, aut lac concretum; sine apparatu, sine blandimentis expellunt famem. Aduersus sitim non eadem temperantia: si indulseris ebrietati suggerendo quantum concupiscunt, haud minus facile uitiis quam armis uincentur.

XXIV. Genus spectaculorum unum atque in omni coetu idem: nudi iuuenes, quibus id ludicrum est, inter gladios se atque infestas frameas saltu iaciunt. Exercitatio artem parauit, ars decorem, non in quaestum tamen aut mercedem: quamuis audacis lasciuiae pretium est uoluptas spectantium. Aleam, quod mirere, sobrii inter seria exercent, tanta lucrandi perdendiue temeritate ut, cum omnia defecerunt, extremo ac nouissimo iactu de libertate ac de corpore contendant. Uictus uoluntariam seruitutem adit: quamuis iuuenior, quamuis robustior, adligari se ac uenire patitur. Ea

est in re praua peruicacia; ipsi fidem uocant. Seruos condicionis huius per commercia tradunt, ut se quoque pudore uictoriae exsoluant.

XXV. Ceteris seruis non in nostrum morem descriptis per familiam ministeriis utuntur: suam quisque sedem, suos penates regit. Frumenti modum dominus aut pecoris aut uestis ut colono iniungit, et seruus hactenus paret; cetera domus officia uxor ac liberi exsequuntur. Uerberare seruum ac uinculis et opere coercere rarum: occidere solent, non disciplina et seueritate, sed impetu et ira, ut inimicum, nisi quod inpune est. Liberti non multum supra seruos sunt, raro aliquod momentum in domo, nunquam in ciuitate, exceptis dumtaxat iis gentibus quae regnantur. Ibi enim et super ingenuos et super nobilis ascendunt; apud ceteros inpares libertini libertatis argumentum sunt.

XXVI. Faenus agitare et in usuras extendere ignotum; ideoque magis seruatur quam si uetitum esset. Agri pro numero cultorum ab uniuersis uicis occupantur, quos mox inter se secundum dignationem partiuntur; facilitatem partiendi camporum spatia praestant. Arua per annos mutant, et superest ager; nec enim cum ubertate et amplitudine soli labore contendunt, ut pomaria conserant et prata separent, ut hortos rigent: sola terrae seges imperatur. Unde annum quoque ipsum non in totidem digerunt species: hiems et uer et aestas intellectum ac uocabula habent, autumni perinde nomen ac bona ignorantur.

XXVII. Funerum nulla ambitio: id solum obseruatur ut corpora clarorum uirorum certis lignis crementur. Struem rogi nec uestibus nec odoribus cumulant: sua cuique arma, quorundam igni et equus adicitur. Sepulcrum caespes erigit; monumentorum arduum et operosum honorem ut grauem defunctis aspernantur. Lamenta ac lacrimas cito, dolorem et tristitiam tarde ponunt: feminis lugere honestum est, uiris meminisse.

Haec in commune de omnium Germanorum origine ac moribus accepimus; nunc singularum gentium instituta ritusque, quatenus differant, quae nationes e Germania in Gallias commigrauerint, expediam.

XXVIII. Ualidiores olim Gallorum res fuisse summus auctorum diuus Iulius tradit; eoque credibile est etiam Gallos in Germaniam transgressos: quantulum enim amnis obstabat quo minus, ut quaeque gens eualuerat, occuparet permutaretque sedes promiscas adhuc et nulla regnorum potentia diuisas? Igitur inter Hercyniam siluam Rhenumque et Moenum amnes Heluetii, ulteriora Boii, Gallica utraque gens, tenue-

re. Manet adhuc Boihaemi nomen significatque loci ueterem memoriam quamuis mutatis cultoribus. Sed utrum Arauisci in Pannoniam ab Osis, Germanorum natione, an Osi ab Arauiscis in Germaniam commigrauerint, cum eodem adhuc sermone, institutis, moribus utantur, incertum est, quia pari olim inopia ac libertate eadem utriusque ripae bona malaque erant. Treueri et Neruii circa adfectationem Germanicae originis ultro ambitiosi sunt, tanquam per hanc gloriam sanguinis a similitudine et inertia Gallorum separentur. Ipsam Rheni ripam haud dubie Germanorum populi colunt, Uangiones, Triboci, Nemetes. Ne Ubii quidem, quamquam Romana colonia esse meruerint ac libentius Agrippinenses conditoris sui nomine uocentur, origine erubescunt, transgressi olim et experimento fidei super ipsam Rheni ripam collocati, ut arcerent, non ut custodirentur.

XXIX. Omnium harum gentium uirtute praecipui Bataui non multum ex ripa, sed insulam Rheni amnis colunt, Chattorum quondam populus et seditione domestica in eas sedes transgressus, in quibus pars Romani imperii fierent. Manet honos et antiquae societatis insigne: nam nec tributis contemnuntur nec publicanis atterit; exempti oneribus et collationibus et tantum in usum proeliorum sepositi, uelut tela atque arma, bellis reseruantur. Est in eodem obsequio et Mattiacorum gens; protulit enim magnitudo populi Romani ultra Rhenum ultraque ueteres terminos imperii reuerentiam. Ita sede finibusque in sua ripa, mente animoque nobiscum agunt, cetera similes Batauis, nisi quod ipso adhuc terrae suae solo et caelo acrius animantur.

Non numerauerim inter Germaniae populos, quamquam trans Rhenum Danuuiumque consederint, eos qui decumates agros exercent: leuissimus quisque Gallorum et inopia audax dubiae possessionis solum occupauere; mox limite acto promotisque praesidiis sinus imperii et pars prouinciae habentur.

XXX. Ultra hos Chatti initium sedis ab Hercynio saltu incohant, non ita effusis ac palustribus locis ut ceterae ciuitates in quas Germania patescit; durant siquidem colles, paulatim rarescunt, et Chattos suos saltus Hercynius prosequitur simul atque deponit. Duriora genti corpora, stricti artus, minax uultus et maior animi uigor. Multum, ut inter Germanos, rationis ac solertiae: praeponere electos, audire praepositos, nosse ordines, intelligere occasiones, differre impetus, disponere diem, uallare noctem, fortunam inter dubia, uirtutem inter certa numerare, quodque rarissimum

nec nisi Romanae disciplinae concessum, plus reponere in duce quam in exercitu. Omne robur in pedite, quem super arma, ferramentis quoque et copiis onerant; alios ad proelium ire uideas, Chattos ad bellum. Rari excursus et fortuita pugna. Equestrium sane uirium id proprium, cito parare uictoriam, cito cedere: [peditum] uelocitas iuxta formidinem, cunctatio propior constantiae est.

XXXI. Et aliis Germanorum populis usurpatum raro et priuata cuiusque audentia apud Chattos in consensum uertit, ut primum adoleuerint, crinem barbamque submittere, nec nisi hoste caeso exuere uotiuum obligatumque uirtuti oris habitum. Super sanguinem et spolia reuelant frontem, seque tum demum pretia nascendi retulisse dignosque patria ac parentibus ferunt: ignauis et imbellibus manet squalor. Fortissimus quisque ferreum insuper annulum (ignominiosum id genti) uelut uinculum gestat, donec se caede hostis absoluat. Plurimis Chattorum hic placet habitus, iamque canent insignes et hostibus simul suisque monstrati. Omnium penes hos initia pugnarum; haec prima semper acies, uisu noua: nam ne in pace quidem cultu mitiore mansuescunt. Nulli domus aut ager aut aliqua cura: prout ad quemque uenere, aluntur, prodigi alieni, contemptores sui, donec exsanguis senectus tam durae uirtuti inpares faciat.

XXXII. Proximi Chattis certum iam alueo Rhenum quique terminus esse sufficiat Usipii ac Tencteri colunt. Tencteri super solitum bellorum decus equestris disciplinae arte praecellunt; nec maior apud Chattos peditum laus quam Tencteris equitum. Sic instituere maiores: posteri imitantur. Hi lusus infantium, haec iuuenum aemulatio; perseuerant senes. Inter familiam et penates et iura successionum equi traduntur: excipit filius, non ut cetera maximus natu, sed prout ferox bello et melior.

XXXIII. Iuxta Tencteros Bructeri olim occurrebant; nunc Chamauos et Angriuarios inmigrasse narratur, pulsis Bructeris ac penitus excisis uicinarum consensu nationum, seu superbiae odio seu praedae dulcedine seu fauore quodam erga nos deorum; nam ne spectaculo quidem proelii inuidere: super sexaginta millia non armis telisque Romanis sed, quod magnificentius est, oblectationi oculisque ceciderunt. Maneat, quaeso, duretque gentibus, si non amor nostri, at certe odium sui, quando, urgentibus imperii fatis nihil iam praestare fortuna maius potest quam hostium discordiam.

XXXIV. Angriuarios et Chamauos a tergo Dulgubini et Chasua-

rii cludunt aliaeque gentes haud perinde memoratae, a fronte Frisii excipiunt. Maioribus minoribusque Frisiis uocabulum est ex modo uirium. Utraeque nationes usque ad Oceanum Rheno praetexuntur ambiuntque inmensos insuper lacus et Romanis classibus nauigatos. Ipsum quin etiam Oceanum illa tentauimus: et superesse adhuc Herculis columnas fama uolgauit, siue adiit Hercules, seu quidquid ubique magnificum est in claritatem eius referre consensimus. Nec defuit audentia Druso Germanico, sed obstitit Oceanus in se simul atque in Herculem inquiri. Mox nemo tentauit, sanctiusque ac reuerentius uisum de actis deorum credere quam scire.

XXXV. Hactenus in Occidentem Germaniam nouimus; in septentrionem ingenti flexu redit. Ac primo statim Chaucorum gens, quanquam incipiat a Frisiis ac partem litoris occupet, omnium quas exposui gentium lateribus obtenditur, donec in Chattos usque sinuetur. Tam inmensum terrarum spatium non tenent tantum Chauci sed et implent, populus inter Germanos nobilissimus quique magnitudinem suam malit iustitia tueri. Sine cupiditate, sine inpotentia, quieti secretique nulla prouocant bella, nullis raptibus aut latrociniis populantur. Id praecipuum uirtutis ac uirium argumentum est, quod, ut superiores agant, non per iniurias adsequuntur; prompta tamen omnibus arma ac, si res poscat, exercitus, plurimum uirorum equorumque; et quiescentibus eadem fama.

XXXVI. In latere Chaucorum Chattorumque Cherusci nimiam ac marcentem diu pacem inlacessiti nutrierunt; idque iucundius quam tutius fuit, quia inter inpotentes et ualidos falso quiescas; ubi manu agitur, modestia ac probitas nomina superioris sunt. Ita qui olim boni aequique Cherusci, nunc inertes ac stulti uocantur; Chattis uictoribus fortuna in sapientiam cessit. Tracti ruina Cheruscorum et Fosi, contermina gens, aduersarum rerum ex aequo socii sunt, cum in secundis minores fuissent.

XXXVII. Eundem Germaniae sinum proximi Oceano Cimbri tenent, parua nunc ciuitas, sed gloria ingens. Ueterisque famae lata uestigia manent, utraque ripa castra ac spatia, quorum ambitu nunc quoque metiaris molem manusque gentis et tam magni exitus fidem. Sescentesimum et quadragesimum annum urbs nostra agebat, cum primum Cimbrorum audita sunt arma Caecilio Metello et Papirio Carbone consulibus. Ex quo si ad alterum Imperatoris Traiani consulatum computemus, ducenti ferme et

decem anni colliguntur; tam diu Germania uincitur. Medio tam longi aeui spatio multa in uicem damna. Non Samnis, non Poeni, non Hispaniae Galliaeue, ne Parthi quidem saepius admonuere: quippe regno Arsacis acrior est Germanorum libertas. Quid enim aliud nobis quam caedem Crassi, amisso et ipse Pacoro, infra Uentidium deiectus Oriens obiecerit? At Germani Carbone et Cassio et Scauro Aurelio et Seruilio Caepione maximoque Mallio fusis uel captis quinque simul consularis exercitus Populi Romani, Uarum trisque cum eo legiones etiam Caesari abstulerunt; nec inpune C. Marius in Italia, diuus Iulius in Gallia, Drusus ac Nero et Germanicus in suis eos sedibus perculerunt: mox ingentes C. Caesaris minae in ludibrium uersae. Inde otium, donec occasione discordiae nostrae et ciuilium armorum expugnatis legionum hibernis etiam Gallias adfectauere, ac rursus pulsi; inde proximis temporibus triumphati magis quam uicti sunt.

XXXVIII. Nunc de Suebis dicendum est, quorum non una, ut Chattorum Tencterorumue, gens: maiorem enim Germaniae partem obtinent, propriis adhuc nationibus nominibusque discreti, quamquam in commune Suebi uocentur. Insigne gentis obliquare crinem nodoque substringere: sic Suebi a ceteris Germanis, sic Sueborum ingenui a seruis separantur; in aliis gentibus seu cognatione aliqua Sueborum seu, quod saepe accidit, imitatione, rarum et intra iuuentae spatium; apud Suebos usque ad canitiem horrentem capillum retorquent, ac saepe in ipso solo uertice religant; principes et ornatiorem habent. Ea cura formae, sed innoxiae; neque enim ut ament amenturue, in altitudinem quandam et terrorem adituri bella compti ut hostium oculis ornantur.

XXXIX. Uetustissimos nobilissimosque Sueborum Semnones memorant; fides antiquitatis religione firmatur. Stato tempore in siluam auguriis patrum et prisca formidine sacram nominis eiusdem eiusdemque sanguinis populi legationibus coeunt caesoque publice homine celebrant barbari ritus horrenda primordia. Est et alia luco reuerentia: nemo nisi uinculo ligatus ingreditur, ut minor et potestatem numinis prae se ferens. Si forte prolapsus est, attolli et insurgere haud licitum: per humum euoluuntur. Eoque omnis superstitio respicit, tamquam inde initia gentis, ibi regnator omnium deus, cetera subiecta atque parentia. Adicit auctoritatem fortuna Semnonum: centum pagis habitant, magnoque corpore efficitur ut se Sueborum caput credant.

XL. Contra Langobardos paucitas nobilitat: plurimis ac ualentissimis nationibus cincti non per obsequium sed proeliis et periclitando tuti sunt. Reudigni deinde et Auiones et Anglii et Uarini et Eudoses et Suardones et Nuithones fluminibus aut siluis muniuntur. Nec quicquam notabile in singulis, nisi quod in commune Nerthum, id est Terram matrem, colunt eamque interuenire rebus hominum, inuehi populis arbitrantur. Est in insula Oceani castum nemus, dicatumque in eo uehiculum, ueste contectum; attingere uni sacerdoti concessum. Is adesse penetrali deam intelligit uectamque bubus feminis multa cum ueneratione prosequitur. Laeti tunc dies, festa loca, quaecumque aduentu hospitioque dignatur. Non bella ineunt, non arma sumunt; clausum omne ferrum; pax et quies tunc tantum nota, tunc tantum amata, donec idem sacerdos satiatam conuersatione mortalium deam templo reddat. Mox uehiculum et uestes et, si credere uelis, numen ipsum secreto lacu abluitur. Serui ministrant, quos statim idem lacus haurit. Arcanus hinc terror sanctaque ignorantia, quid sit illud quod tantum perituri uident.

XLI. Et haec quidem pars Sueborum in secretiora Germaniae porrigitur: propior, ut, quo modo paulo ante Rhenum, sic nunc Danuuium sequar, Hermundurorum ciuitas, fida Romanis; eoque solis Germanorum non in ripa commercium, sed penitus atque in splendidissima Raetiae prouinciae colonia. Passim et sine custode transeunt; et cum ceteris gentibus arma modo castraque nostra ostendamus, his domos uillasque patefecimus non concupiscentibus. In Hermunduris Albis oritur, flumen inclutum et notum olim; nunc tantum auditur.

XLII. Iuxta Hermunduros Narisci ac deinde Marcomani et Quadi agunt. Praecipua Marcomanorum gloria uiresque, atque ipsa etiam sedes pulsis olim Bois uirtute parta. Nec Naristi Quadiue degenerant. Eaque Germaniae uelut frons est, quatenus Danuuio praecingitur. Marcomanis Quadisque usque ad nostram memoriam reges manserunt ex gente ipsorum, nobile Marobodui et Tudri genus (iam et externos patiuntur), sed uis et potentia regibus ex auctoritate Romana. Raro armis nostris, saepius pecunia iuuantur, nec minus ualent.

XLIII. Retro Marsigni, Gothini, Osi, Buri terga Marcomanorum Quadorumque claudunt. E quibus Marsigni et Buri sermone cultuque Suebos referunt. Cotinos Gallica, Osos Pannonica lingua coarguit non esse Germanos, et quod tributa patiuntur. Partem tributorum Sarmatae,

partem Quadi ut alienigenis imponunt: Cotini, quo magis pudeat, et ferrum effodiunt. Omnesque hi populi pauca campestrium, ceterum saltus et uertices montium iugumque insederunt. Dirimit enim scinditque Suebiam continuum montium iugum, ultra quod plurimae gentes agunt, ex quibus latissime patet Lygiorum nomen in pluris ciuitates diffusum. Ualentissimas nominasse sufficiet, Harios, Helueconas, Manimos, Halysios, Naharualos. Apud Naharualos antiquae religionis lucus ostenditur. Praesidet sacerdos muliebri ornatu, sed deos interpretatione Romana Castorem Pollucemque memorant. Ea uis numini, nomen Alcis. Nulla simulacra, nullum peregrinae superstitionis uestigium; ut fratres tamen, ut iuuenes uenerantur. Ceterum Harii super uires, quibus enumeratos paulo ante populos antecedunt, truces insitae feritati arte ac tempore lenocinantur: nigra scuta, tincta corpora; atras ad proelia noctes legunt ipsaque formidine atque umbra feralis exercitus terrorem inferunt, nullo hostium sustinente nouum ac uelut infernum adspectum; nam primi in omnibus proeliis oculi uincuntur.

Trans Lygios Gothones regnantur, paulo iam adductius quam ceterae Germanorum gentes, nondum tamen supra libertatem. Protinus deinde ab Oceano Rugii et Lemonii; omniumque harum gentium insigne rotunda scuta, breues gladii et erga reges obsequium.

XLIV. Suionum hinc ciuitates, ipso in Oceano, praeter uiros armaque classibus ualent. Forma nauium eo differt quod utrimque prora paratam semper adpulsui frontem agit. Nec uelis ministrantur nec remos in ordinem lateribus adiungunt: solutum, ut in quibusdam fluminum, et mutabile, ut res poscit, hinc uel illinc remigium. Est apud illos et opibus honos, eoque unus imperitat, nullis iam exceptionibus, non precario iure parendi. Nec arma, ut apud ceteros Germanos, in promiscuo, sed clausa sub custode, et quidem seruo, quia subitos hostium incursus prohibet Oceanus, otiosa porro armatorum manus facile lasciuiunt: enimuero neque nobilem neque ingenuum, ne libertinum quidem armis praeponere regia utilitas est.

XLV. Trans Suionas aliud mare, pigrum ac prope inmotum, quo cingi claudique terrarum orbem hinc fides, quod extremus cadentis iam solis fulgor in ortus edurat adeo clarus ut sidera hebetet; sonum insuper emergentis audiri formasque equorum et radios capitis adspici persuasio adicit. Illuc usque, et fama uera, tantum natura.

Ergo iam dextro Suebici maris littore Aestiorum gentes adluuntur, quibus ritus habitusque Sueborum, lingua Britannicae propior. Matrem deum uenerantur. Insigne superstitionis formas aprorum gestant: id pro armis omnique tutela securum deae cultorem etiam inter hostes praestat. Rarus ferri, frequens fustium usus. Frumenta ceterosque fructus patientius quam pro solita Germanorum inertia laborant; sed et mare scrutantur, ac soli omnium succinum, quod ipsi glesum uocant, inter uada atque in ipso littore legunt. Nec quae natura quaeue ratio gignat, ut barbaris, quaesitum compertumue; diu quin etiam inter cetera eiectamenta maris iacebat, donec luxuria nostra dedit nomen. Ipsis in nullo usu: rude legitur, informe perfertur, pretiumque mirantes accipiunt. Succum tamen arborum esse intellegas, quia terrena quaedam atque etiam uolucria animalia plerumque interlucent, quae implicata umore mox durescente materia clauduntur. Fecundiora igitur nemora lucosque sicut Orientis secretis, ubi tura balsamaque sudantur, ita Occidentis insulis terrisque inesse crediderim, quae uicini solis radiis expressa atque liquentia in proximum mare labuntur ac ui tempestatum in aduersa littora exundant. Si naturam succini admoto igne temptes, in modum taedae accenditur alitque flammam pinguem et olentem: mox ut in picem resinamue lentescit.

Suionibus Sitonum gentes continuantur. Cetera similes uno differunt, quod femina dominatur: in tantum non modo a libertate sed etiam a seruitute degenerant.

XLVI. Hic Suebiae finis. Peucinorum Uenethorumque et Fennorum nationes Germanis an Sarmatis adscribam dubito. Quanquam Peucini, quos quidam Bastarnas uocant, sermone, cultu, sede ac domiciliis, ut Germani agunt sordes omnium ac torpor procerum, connubiis mixtis nonnihil in Sarmatarum habitum foedantur. Uenethi multum ex moribus traxerunt: nam quidquid inter Peucinos Fennosque siluarum ac montium erigitur latrociniis pererrant; hi tamen inter Germanos potius referuntur, quia et domos figunt et scuta gestant et peditum usu ac pernicitate gaudent: quae omnia diuersa Sarmatis sunt in plaustro equoque uiuentibus. Fennis mira feritas, foeda paupertas; non arma, non equi, non penates: uictui herba, uestitui pelles, cubile humus: solae in sagittis spes, quas inopia ferri ossibus asperant. Idemque uenatus uiros pariter ac feminas alit; passim enim comitantur partemque praedae petunt. Nec aliud infantibus ferarum imbriumque suffugium quam ut in aliquo ramorum nexu

contegantur: huc redeunt iuuenes, hoc senum receptaculum. Sed beatius arbitrantur quam ingemere agris, inlaborare domibus, suas alienasque fortunas spe metuque uersare: securi aduersus homines, securi aduersus deos, rem difficillimam adsecuti sunt, ut illis ne uoto quidem opus esset. Cetera iam fabulosa: Hellusios et Oxionas ora hominum uultusque, corpora atque artus ferarum gerere; quod ego ut incompertum in medium relinquam.